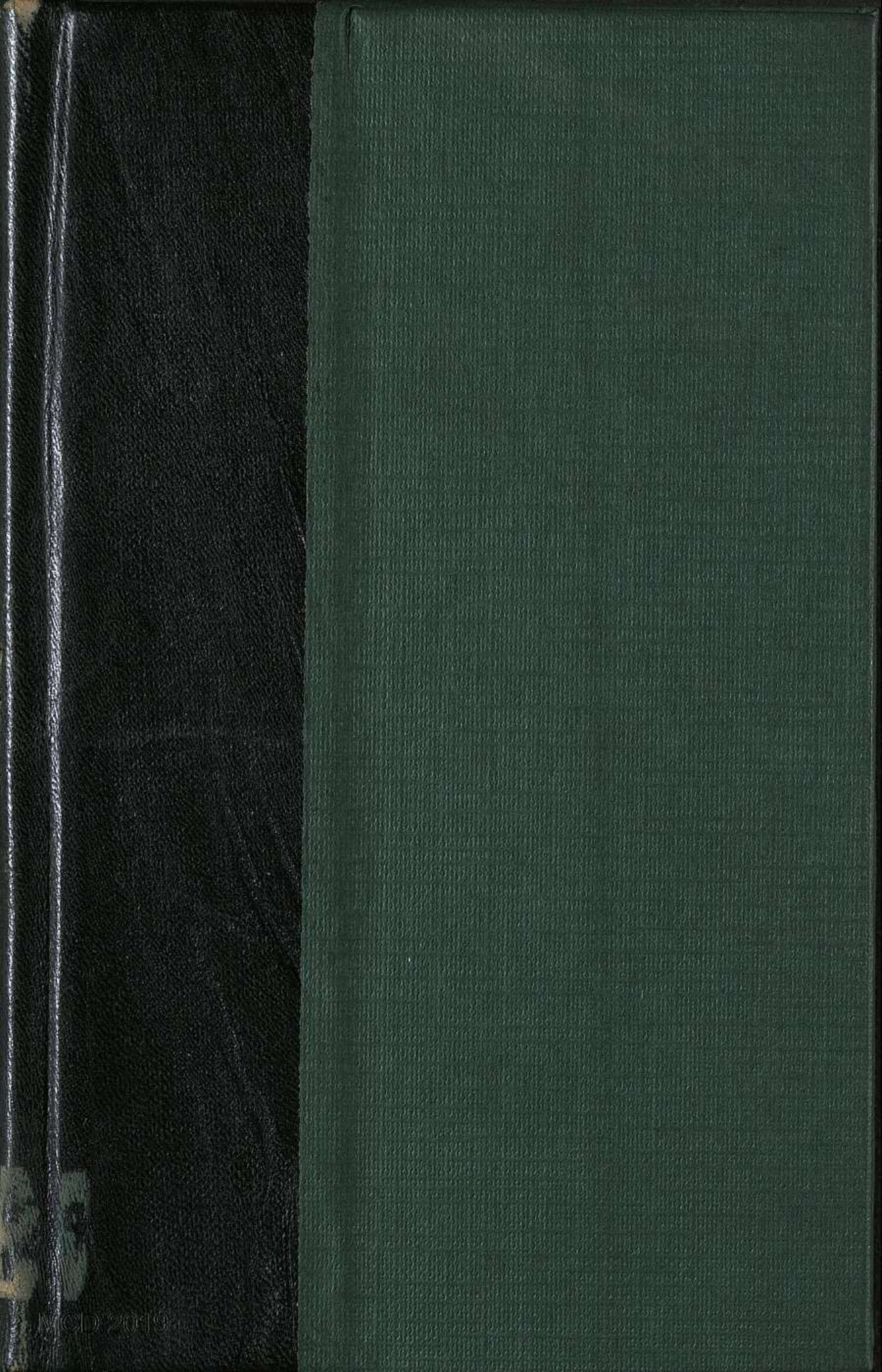


WILLIAM B. FLEMING

COMMUNIST

WASHINGTON

AM 2710870



7A.49
Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada

Sección 4.ª—Historia

TRADICIONES ESPAÑOLAS

VALENCIA

Y SU PROVINCIA

POR

D. JUAN B. PERALES

—
Tomo I



MADRID
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Doctor Fourquet, 7.

Esta obra es propiedad del Editor de la BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA, y será perseguido ante los tribunales el que la reimprima sin su permiso. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Madrid 1882. — Est. Tip.-Editorial de G. Estrada, Dr. Fourquet, 7.

À LA SOCIÉTÉ
ECONÓMICA MATRITENSE
DE AMIGOS DEL PAÍS

legítima representante

de los intereses morales y materiales del país

DEDICA LA

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

El Socio

GREGORIO ESTRADA



AL LECTOR.

Independientemente de los grandes hechos de la historia, encierran todas las provincias y ciudades españolas una série de tradiciones más ó ménos interesantes y verosímiles, escritas algunas de ellas, transmitidas las más de padres á hijos, y conservadas á través de los siglos y las generaciones. Cada una forma por sí una leyenda, y cítanse algunas, cuyos hechos són rigurosamente históricos; otras esencialmente fantásticas, como inventadas por la febril imaginacion de un pueblo oriental, de quien descenden no pocos cuentos llenos de interés y que han servido de base á buenos libros, compuestos por hábiles narradores. Históricas y fantásticas, religiosas y profa-

nas, verdaderas ó fabulosas, las tradiciones antiguas constituirán siempre el libro más querido de los pueblos, mientras subsiste un sentimiento de amor patrio y se profesa algún respeto á las obras y á las creencias de nuestros mayores.

Las sociedades modernas no tienen tradiciones, porque carecen de viejos edificios, de recuerdos históricos, de cavernas prodigiosas, como la célebre y nunca bien ponderada cueva de Artá, verdadera y asombrosa maravilla de las Baleares, para cuya descripción se necesita un libro, una pluma y una inteligencia de primer orden: ni poseen alcázares como el de Sevilla, aljamas como la de Córdoba, palacios como la Alhambra y el Generalife, en cuyos sorprendentes salones y filigranados adornos y perfumados baños y cristalinas fuentes se lee la historia de un pueblo y de una raza vigorosa y la epopeya de una dinastía gigante, que de los girones de su gloriosa bandera supo hacer el imperio más grande y poderoso de la tierra. El viajero observador de las maravillas del arte, de la naturaleza y del vigor de las razas, no puede

contemplar en los pueblos modernos obras antiguas, como el renombrado puente de Segovia; murallas como las de Mérida y Tarragona; galerías subterráneas, como las de Sierra Tejada y Cartagena y los valla-dares ó cloacas de Valencia; teatros como el de Sagunto; ruinas como las de Numancia; recuerdos como los de Itálica; monasterios como el de Piedra, el de Poblet, el de Portaceli, el de San Miguel de los Reyes; cate-drales como la de Búrgos; imágenes como la del Pilar, la de Monserrat, la de los Des-amparados; joyas como las de nuestros tem-plos; sepulcros como el de los Escipiones, el de Entenza, el de Gonzalo, el de Pulgar, el de Zenete; maravillas como el Escorial; mo-numentos como los de Toledo; puertas como la del Cid, la de Serranos y la de Cuarte; mercados como el Zacatin; barrios como el Albaicin; plazas como la de Bib-Rambla; casas como la del Carbon en Gra-nada, la de Walda en Valencia y la de Pilatos en Tarragona; torres como el Mi-guelete, la Giralda, la de la Vela, la del Cid, la de los Lujanes; alcazabas como la Lonja de Valencia, como el Alcázar de Se-

govia; escombros como los de Montesa; columnas como las de Hércules; puertos como el de Palos; rios como el Guadalete y el Salado; sierras como la de Elvira, Mariola, de Espadan y las Alpujarras; campos como los de las Navas, de Clavijo, de Villalar, Almansa y Villaviciosa; ni en su historia pueden destacarse figuras como las atléticas de los Pelayo, los Ramon Berenguer, los Jaimes, los Pedros, los Alfonsos y los Fernandos; ni en las artes pueden citarse muchos Herreras, ni Murillos, ni Vergaras; ni historiadores como Zurita y Mariana; ni se encuentran códigos como el Fuero Juzgo, ni como el marítimo y mercantil de los antiguos catalanes, ni cantores como Manrique y Ausias March, ni libros como el Quijote, ni satíricos como Quevedo, ni musa como la de Lope, ni genios como Calderon.

Todo esto y otros millares más de prodigios, de maravillas, de grandezas y de gloriosos recuerdos que subsisten aún en las ciudades, en las villas y en los campos, son otros tantos libros abiertos, llenos de curiosas tradiciones, de episodios dramáticos,

no ménos interesantes que las baladas de los alemanes y los cuentos fantásticos del Rhin y las leyendas de las naciones slavas; tradiciones que conviene recoger, coleccionar y dar al público, ántes que se pierdan muchas de ellas por la mano destructora de una época vertiginosa, que marcha con la rapidez del vapor y de la electricidad, á estrechar su mano con la del siglo venidero, cuyos asombrosos adelantos anuncian ya los progresos del presente.

Las notables reformas que se están llevando á cabo en todas las ciudades, por las exigencias de la moderna civilización; los derribos de antiguos monumentos religiosos ó civiles, para el ensanche de las plazas, para la apertura de nuevas calles, para la instalación de alegres y caprichosos jardines, y para dar más espacio á la vía pública y un nuevo carácter al aspecto de las poblaciones, conforme á los adelantos y á las necesidades del progreso, embellecen indudablemente las ciudades; pero cada edificio antiguo que cae derrumbado á los golpes de la piqueta demoledora, arrastra en pos de sí un recuerdo de las generacio-

nes que pasaron; y uno tras otro van desapareciendo todos con gran sentimiento de muchas personas ilustradas que se lamentan, con sobrada razon, de la sensible pérdida de nuestras tradiciones.

Este género de leyendas ó episodios de la historia particular de algunos edificios, de viejas ruinas, de determinados sitios y diversos puntos de las ciudades, villas y capitales de cada provincia, constituyen la historia íntima ó privada de los pueblos, y cada una de por sí, y todas en conjunto, revelan el carácter de las diferentes regiones, el espíritu de los tiempos y la marcha progresiva de la poblacion en su respectiva localidad y en las diferentes zonas de la nacion ibérica. ¿Quién podrá dudar de la diferencia de carácter de las tradiciones antiguas al de las tradiciones modernas? ¿Y quién se preciará de conocer, por lo general, otras tradiciones que las de su tierra nativa ó las del pueblo ó ciudad de su residencia?

Accediendo, pues, á la constante petition de personas entendidas y apasionadas por los recuerdos de hechos pasados, hemos comenzado á coleccionar, con el título

de TRADICIONES ESPAÑOLAS, las de todas las provincias y ciudades, esparcidas hasta ahora en los archivos locales y particulares, ó grabadas solamente en la memoria de algunas familias. Las tradiciones coleccionadas de cada provincia forman un volúmen, por lo ménos, pudiendo el lector que de ellas necesite, consultar las de todas las provincias y ciudades, sin más trabajo que repasar los volúmenes de esta série de la BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA.

Como lectura recreativa no podríamos ofrecer nada más interesante, más ameno é instructivo, más curioso é inocente que las TRADICIONES ESPAÑOLAS puestas en manos de las familias. Ofrece además esta sección un caudal inagotable de caractéres originales, de hechos curiosos, de episodios nuevos, de asuntos desconocidos, que vienen á proporcionar un copioso arsenal de datos para el artista, el poeta, el dramaturgo, el filósofo, el novelista, y todos cuantos se dedican al estudio del corazón humano y á los trabajos de fantasía.

Así es que al emprender la publicación de las TRADICIONES ESPAÑOLAS, creemos

prestar un servicio á las provincias y ciudades de la madre patria, á los amantes de los recuerdos antiguos, á los artistas y literatos, y al público en general aficionado á la lectura, á quien dedicamos los desvelos de nuestras tareas, y de quien esperamos la recompensa de nuestros afanes.

TRADICIONES ESPAÑOLAS

V A L E N C I A

Y

SU PROVINCIA

ADON HIRAM.

I.

La tradición más antigua que se encuentra en el reino de Valencia, se remonta á una época lejana, en los primeros albores de la prosperidad comercial de Sagunto. Los cronistas del reino atribuyen la fundacion de esta ciudad á los Sagas armenios, sacerdotes antiguos que vinieron á España con sus primeros pobladores; pero la opinion más comunmente admitida, es que fué fundada por las gentes de un capitan griego llamado Zazinto, de cuyo nombre se hace derivar el de la ciudad, y recuerda á la vez el trágico fin de aquel aventurero.

Es indudable que si los griegos de Zante no fueron los primeros pobladores de la ciudad de Sagunto, fueron por lo ménos los que la edificaron y embellecieron, dándole importancia, riquezas, esplendor y poderío. Por los restos

antiguos que de ella se conservan, y por la línea de los cimientos que todavía se descubren, anteriores á la época romana, se designa aún el perímetro que ocupaba, como la anchura y dirección de sus calles, rectas y regulares, hasta donde permitían las ondulaciones del terreno. Las casas eran pequeñas y no parece que tuvieran altos, dotadas casi todas ellas de agua, jardín y corral para el desahogo de las familias y usos de la economía doméstica. La población en su primera época era de forma triangular, según revelan antiguos vestigios, y en el centro estaba la plaza pública, donde se reunía la asamblea, se celebraban los juicios y las fiestas y espectáculos, entre los cuales alcanzaron gran boga los cantos populares. Toda ella estaba rodeada de asientos de piedra, que ocupaban los próceres y los magistrados que administraban justicia.

Las construcciones eran sencillas, como las costumbres y las leyes; mas para defenderse de las invasiones levantaron respetables fortalezas en la cumbre del monte donde se asentaba la ciudad, cercándola toda de fuertes muros y altas torres. Como importadas de la Grecia, las leyes eran las mismas que regían en las ciudades jónicas, pero modificadas naturalmente con el trato y comunicación de otras gentes; de donde tenían que resultar nuevos usos y costumbres, más en armonía con las condiciones del clima y de las necesidades locales.

La ciudad estaba gobernada por los patricios y la corporación municipal llevaba el nombre

de Senado. No dependia de príncipe alguno ni de ningun otro poder; así constituía la ciudad por sí sola un estado independiente, que si fué envidiada por largo tiempo, fué causa tambien de su ruina. Rendían culto á los dioses de la teogonia pagana, extendida por los pueblos de la Grecia, y el templo levantado en Sagunto estaba dedicado á Diana.

El traje de los hombres consistia en un sayo que llegaba hasta los piés, un manto sujeto al hombro y una túnica ceñida á la cintura. Vestian las mujeres traje largo, recogido con broches de oro; lucian brazaletes del mismo metal y zarcillos de perlas, y se esmeraban en conservar la belleza del rostro y en cuidar de los adornos de su tocado. A todos, sin embargo, prescribia la ley la mayor sencillez en el vestir; y los extranjeros que venian á establecerse á la ciudad, estaban obligados á someterse al traje nacional, para que los jóvenes no se aficionasen á las novedades de las modas, juzgadas entón-ces como perjudiciales á la república.

Perseguíase la holganza por los vicios que reporta; y si los extranjeros que acudian á la ciudad no podian establecerse en ella si no ejercian oficios útiles, tampoco los hijos del país podian permanecer ociosos desde que cumplian catorce años, quedando obligados los padres á dedicarles á algun oficio, á fin de que todos atendiesen á sus propias necesidades, contribuyendo á sostener las cargas del Estado.

El cultivo de la tierra fué objeto de preferente atencion entre los saguntinos, como lo prue-

ban los diferentes canales de riego que llevaron á sus campos, no sólo del rio Serabis ó Palancia, sino tambien del rio Túria (Tyris en aquel tiempo), sangrado al intento, cuyas aguas conducidas por los campos de Puzol, iban á fertilizar las tierras de los saguntinos. De otra acequia se reconocen aún vestigios que parecia recoger las aguas muertas de las marjales, cultivadas entónces en virtud de las sangrías y recipientes que absorbían la humedad, y cuya corriente era dirigida al mar para su desagüe.

Para los usos de la poblacion y de las familias se llevó á la ciudad el caudal del Serabis en cañerías de plomo, sin otro acueducto de cal y canto, cuyas aguas tomaba del mismo rio, las cuales cortó Anibal al poner sitio á la ciudad. En la parte alta de la poblacion abrieron hondos algibes como recipientes de las aguas pluviales, y no hace mucho contábanse aún más de veinte en el castillo, y uno entre los demas, construido de argamasa muy firme, que medía más de ochenta varas de longitud, por seis y media de latitud y cinco de profundidad.

Nuestros antiguos cronistas hablan del sin-número de pozos y cisternas que se descubrian á cada paso, en el sitio donde estaba asentada la poblacion, lo cual hace presumir que todas las casas lo tenían, como lo tienen hoy todos los vecinos de estas comarcas.

A más de las riquezas de la agricultura, cuyos productos eran trasportados á diversas regiones por la fama que alcanzaron muy en breve, y en

especial sus riquísimos vinos y sabrosos frutos, eran igualmente muy apreciados de los extranjeros algunos productos de la industria saguntina, como las velas de los buques, cuyo tejido no conocia rival por lo consistente, y otros lienzos de lino y telas de lana que alcanzaron gran crédito por el esmero de su elaboracion y de sus fuertes tejidos.

La cerámica llegó á un alto grado de perfeccion, no sólo por la delicadeza con que estaba labrada la vajilla, fina y delgada hasta el extremo y de trasparente nitidez, sino porque reunia á estas cualidades, la más recomendable de todas, cual era la baratura; así estaba al alcance de pobres y ricos, y era solicitada en todos los países y elogiada por los poetas de Roma. Tambien fabricaban armas de guerra muy celebradas, como la *falarica* saguntina.

Al par de las producciones de su suelo y de sus industrias, reunia Sagunto la envidiable ventaja de ser ciudad marítima, y de fomentar por este medio las inmensas riquezas que brotan del movimiento mercantil y de las industrias navales, hábilmente desarrolladas por los saguntinos de aquel tiempo. Con tales medios de prosperidad, aumentó la poblacion rápidamente al par de las riquezas y del poder envidiado ya y temido de muchos pueblos; el perímetro de la ciudad hubo de extenderse desde la falda del monte á la llanura, en una línea de más de média legua, corriéndose hácia el mar, como lo justifica Polibio, cuando dice que sólo distaba siete estadios del mar, ó sean ochocien-

tos setenta y cinco pasos, de los tres mil que contó Plinio: éste, estudiando el perimetro antiguo, y examinando aquél el de su mayor extension.

Las familias de los antiguos españoles que habitaban la primitiva ciudad de los Sagas, y aldeas limítrofes, no tardaron en fundirse con los griegos zazintios, y los rútuos de Ardea, que á las playas de Sagunto aportaron, formando unos y otros reunidos la poblacion más populosa y distinguida de la España oriental, cuya fama y renombre vino á extenderse por todos los ámbitos de la tierra. Aunque griega en sus costumbres, en sus leyes, en su lengua y en su religion, la poblacion de Sagunto hizose con el tiempo española, sin conservar más que un débil recuerdo de su origen; y española en toda la extension de la palabra era cuando el ambicioso y renombrado Anibal vino á ponerla sitio para rendirla y sujetarla á las armas de Cartago.

Rudos y sencillos los antiguos iberos, nada ó muy poco podian enseñar á los griegos que pudiera tener aplicacion á las artes y á las ciencias; pero asimismo aprendieron éstos de los naturales á forjar las espadas españolas, á darles el temple que ningun otro pueblo imitó en lo antiguo, como la manera de escribir, de izquierda á derecha, sistema que prevaleció sobre el suyo habituados á escribir al reves. Es evidente que las costumbres de los indígenas se fundirian con las importadas de la Jonia y de Ardea, hasta perder completamente el carácter

de aquellos pueblos, para tomar carta de naturaleza en el país donde nacieran. Así se unificaron varias razas, confundiéndose en una sola y prevaleciendo sobre las demás la sangre ibera.

La fama de Sagunto atraía entretanto multitud de extranjeros que venían á visitarla, unos para practicar operaciones mercantiles, y otros para admirar sus maravillas, sus leyes y su gobierno, y la grandeza de sus templos, como una de las ciudades más cultas y poderosas de los pueblos de Occidente. Su puerto, situado á corta distancia de la población, era frecuentado por naves de todos los países, y sostenían con la carga y descarga de sus mercancías, el movimiento de su activo y pingüe comercio. Contábase entre aquellos extranjeros multitud de familias de hebreos establecidos en la ciudad, los cuales sostenían por medio del comercio, relaciones directas con sus hermanos de la Palestina y pagaban tributos á los reyes de Israel.

De este hecho, reconocido por los historiadores y justificado en las Escrituras, ha nacido la especie admitida y cementada por los antiguos cronistas, de que la ciudad de Sagunto pagaba tributos al rey Salomon. Dejando aparte este difícil punto, en el que han desplegado su erudición y vastos conocimientos algunos historiadores, parece fuera de duda que las naves de aquel monarca hacían viajes periódicos á las costas de España, al par de las flotas fenicias que servíanles de guía y de escolta en tan largo y peligroso derrotero. Así se cuenta que en la época en que el sábido rey dedicaba su inteligencia, sus cuida-

dos y sus tesoros á la construccion del Templo, aparecieron sus naves en el puerto de Sagunto, en las que venía su tesorero y delegado Adon Hiram.

II.

Era este personaje de la entera confianza de Salomon, á quien habia prestado señalados servicios y mostróle su fidelidad y aptitud. Refiere la tradicion que cuando aquel monarca trató de levantar el grandioso Templo dedicado al culto de la religion verdadera, solicitó de su amigo Hiram, rey de los tirios, le dejase cortar en el monte Líbano la madera necesaria para la suntuosa obra que iba á llevar á cabo. Concedida la autorizacion, envió el rey Salomon al monte Líbano las brigadas de obreros que juzgó convenientes para la corta y acopio de maderas, encargando de la direccion y administracion de aquellos trabajos á su tesorero Adon Hiram, hijo de Abda, hombre leal y experimentado en los negocios de la contabilidad. Trasportada á Jerusalem toda la madera que debia invertirse en el suntuoso Templo, necesitaba aún el rey Salomon reunir cuantiosos tesoros para dar cima á tan grandiosa obra, y uno de sus recursos fué enviar á España al hijo de Abda para que recaudase fondos y los remitiese á las arcas reales.

Cada tres años venian á nuestras costas las flotas del rey Salomon unidas á las del rey de Tiro, como se lee en el libro tercero de los Reyes; y

en la primera de aquellas vino á Tharsis ó Tartesia (despues Bética y hoy Andalucía), Adon Hiram, de donde pasó á la ciudad de Sagunto á recaudar los tributos que debíanle los judíos mercaderes allí establecidos, como vasallos del rey Salomon. Sabedores los judíos saguntinos de la llegada de Adon Hiram, como intendente ó delegado del sábio monarca, apresuráronse los más caracterizados de entre ellos á salirle al encuentro, yendo á recibirle al puerto, para acompañarle á la ciudad desde la nave real. No parece que los judíos prestaban acatamiento al gran Salomon sólo por su dignidad de rey, sino que le reconocian ademas como jefe de una vasta sociedad extendida en muchas regiones y lejanos países, donde los afiliados á su secta prestábanle obediencia y sumision, y suministrábanle recursos para el sostenimiento del verdadero culto y de sus especiales atenciones.

Congregados los principales judíos en lugar secreto, conocido tan sólo de ellos, y presididos por Adon Hiram, á quien saludaron respetuosamente con graves acatamientos y extrañas ceremonias, que no podian usar jamás en público, les fué comunicada por el delegado del monarca la necesidad de reunir la mayor cantidad posible de oro y plata y joyas de precio para invertir aquellas riquezas en la construccion del Templo que el hijo de David levantaba en Jerusalem. Trasmitida por los ancianos venerables la peticion de Adon Hiram á las familias judías, reunieron en breve cuantiosas riquezas que presentaron al delegado del rey de Judea,

creyendo satisfacerle con aquel tesoro. Parecióle á Adon Hiran mezquina la oferta y exigió que aumentasen la cantidad. Comunicaron los venerables á sus hermanos lo que ocurría, y no tardaron los buenos judíos en reunir un nuevo tesoro. Tambien parecieron mezquinas aquellas riquezas al enviado de Judea, y creyó que no las debía admitir si no le presentaban mayor tesoro.

—Con esa cantidad, no me atreveria yo á llegar á la presencia del sábio rey. Haced un supremo esfuerzo y presentadme los tributos de los tres años que debeis, y de otros tres que trascurrirán hasta la llegada de las nuevas flotas de Judea que á la Hesperia envia el rey Salomon.

—Hemos reunido cuanto podemos dar, y más quisiéramos poder ofrecer: pero advierte, Adon Hiram, que somos extranjeros en esta ciudad de Sagunto, donde no poseemos tierras, ni ganados, ni otra propiedad que nuestras miserables tiendas de mercaderes, y pesan sobre nosotros onerosos tributos que nos exigen los magistrados de la ciudad, á más de los que debemos al sábio rey ungido de Dios.

—En igual caso se encuentran nuestros hermanos de Gades, y de otros pueblos de Tartesia, y me han presentado riquezas centuplicadas á las vuestras, para mayor brillo y majestad del grandioso Templo de Jerusalem. Haced vosotros lo mismo, hermanos de Sagunto, y no escatimeis el oro, la plata y las piedras preciosas que debeis facilitarme, como es de vuestra obligacion, y cumple á mi delicada mision. Bien

sabeis que no podeis dar mejor empleo á vuestras riquezas que colocándolas en el Templo de Jerusalem, donde podrán contemplarlas perpetuamente vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos, á traves de los siglos y de las generaciones, y miéntras subsista el culto del Dios verdadero. Esta es la mision que me impuso el gran rey á quien á todos debeis obediencia, y cuyo mandato háñse apresurado á obedecer nuestros hermanos de otras regiones, con buena voluntad y mejor propósito. Haced lo mismo vosotros, pues corre el tiempo y no puedo darme á la vela si no reunis los tesoros que debeis aprontarme.

Los venerables hicieron un nuevo llamamiento á las familias de los judios, que reunieron nuevas sumas y las entregaron á Adon Hiram: parecióle á éste que era todavía exígua la cantidad presentada, y exclamó con enojo:

—¿Es eso todo lo que me presentais para el Templo de Jerusalem?

—Dí al ungido de Dios, contestaron con humildad los venerables, que esas son todas las riquezas que poseemos, inferiores, es verdad á nuestro gran deseo; mas lo que no pueda llenar el oro y plata que le enviamos, lo suplirá el amor que le profesamos y las preces y alabanzas que dirigimos al Dios verdadero, para que derrame sus dones sobre el rey de Israel.

—Dios castiga la hipocresía, y vosotros sois los hipócritas del pueblo hebreo, metalizados con el brillo del oro; contagiados con el paganismo del pueblo en que vivís. Por última vez

os amonesto á que lleneis los deberes que os impone la religion; la fidelidad que debeis al monarca y vuestra condicion de judios. Apresuraos, luégo, hijos de Israel; está aparejada la flota para dar la vuelta á Judea, y no he de salir de Sagunto si no me dais la cantidad que os pido en nombre del rey Salomon.

—Te damos cuanto tenemos, Adon Hiram; no nos resta ni una piedra preciosa, ni un grano de oro, ni un átomo de plata.

—Pues bien; si os obstinais en no facilitarme mayor cantidad de riquezas, os ofrezco en cambio abandonaros á vuestra propia suerte, entregándoos á la justa cólera de nuestro sapientísimo monarca, que os segregará de su grey, é invocará el celestial enojo del Dios omnipotente para que arroje sobre vosotros las siete plagas de Faraon.

—Es demasiado grande y magnánimo el poderoso Salomon, para que así se deje arrebatarse de la cólera, contra unos súbditos que le tienen amor y le veneran como elegido del Eterno, y de cuyo tronco y descendencia nacerá el Mesías que esperamos para la redencion del pueblo hebreo. ¿Qué adelantaría el ungido de Dios con segregarnos de su grey?

—Cerraros para siempre las puertas de la patria.

—Castigo es, en verdad, que no soportaríamos sin morir de pena y de dolor. Mas no adviertes que si tomase semejante medida, de la que Dios nos libre, perdería en cambio los tributos que cada tres años le enviamos.

—Dios le aumentaría las rentas reales, dándole quizá otro pueblo más rico ó más generoso que vosotros. Pero, ¿creeis, por ventura, avaros mercaderes, que si esto sucediera, pagaríais ménos á vuestros dominadores de lo que ahora pagais á vuestro legítimo monarca? ¿No sabeis que vuestra ruina era cierta y segura, y que tengo perfectamente previsto este caso, y dispuesto estoy á hundiros en el abismo de vuestra desgracia, de vuestra deshonra é ignominia?

—¿Cómo, pues?

—Delatándoos al Senado de Sagunto, en nombre y á petición de nuestro rey, como una sociedad secreta y misteriosa dedicada á escavar los cimientos del poder y de la soberanía de la ciudad en que vivís; presentándoos como mercaderes de tráficos ilícitos y como enemigos de las leyes que os protejen y á cuya sombra y amparo os enriqueceis.

—¡Eso harías, oh hijo de Abda!

—Negadme los tesoros que os pide el monarca más grande de la tierra, y mañana quedais reducidos á la extrema miseria de la esclavitud, de las enfermedades y de la muerte, adonde os arrastra vuestra avaricia y obstinacion.

—Basta, cruel Hiram: se hará una requisicion general en las familias de los judios avecindados en Sagunto; arrancaremos de sus arcas cuanto oro, plata y pedrería se encuentre, hasta el último brazalete y el más modesto collar que ciñan en su garganta las hijas de Sion; y cuando ya no quede ni una sola moneda con que cubrir las atenciones de las familias, reunire-

mos en informe monton todas las riquezas habidas, y te serán entregadas para que puedas trasladarte al fondo de tus naves y trasportarlas á la Judea, donde las entregarás á Salomon.

—Así os quiero, hermanos míos, y así confío que lo cumplireis.

—Mañana, Adon Hiram, tendrás en tu poder todas las riquezas de los judios de Sagunto.

—Hasta mañana, pues.

Los ancianos venerables despidiéronse de Adon Hiram con las mayores muestras de sumision y respecto, disponiéndose á cumplimentar la promesa ofrecida, miéntras el enviado del sábio rey se cuidaba de trasladar á sus naves los tesoros ya reunidos, en tanto llegaban las nuevas riquezas que debian aprontarle al siguiente dia para hacerse al instante á la vela y dar la vuelta con la flota á las playas de Oriente.

III.

Adon Hiram se durmió tranquilamente sin penetrar el profundo misterio de su destino. No pudo adivinar ni entrever siquiera que en el frágil alimento de su colacion deslizó una mano osada el principio de mortal ponzoña, que pasó de la vianda á su cuerpo, para cortar el hilo de su vida.

Al dia siguiente amaneció cadáver el cuerpo de Adon Hiram, viniendo á morir á la ciudad de Sagunto, «donde España, dice un antiguo

cronista, en venganza de tanto oro y plata como le habia robado de sus entrañas, se le quiso tragar y enterrarle en ellas.»

Los judios residentes en Sagunto derramaron abundantes lágrimas por la muerte de Adon Hiram, cuya pérdida lloraron igualmente los demas hebreos esparcidos por España é islas vecinas. Para honrar el cadáver preparáronle digna sepultura delante de la puerta principal del antiguo castillo, donde fué depositado con gran pompa, y puesta sobre la losa sepulcral una inscripcion hebráica que decia: «*Este es el sepulcro de Adon Hiram, criado de Salomon, que llegó hasta aquí, por cobrarle los tributo.*»

Allí permaneció olvidado largos siglos, como si temiese el tiempo descubrir el horrendo secreto que encerraba la lobreguez de una tumba. Pero al fin en las escavaciones practicadas en aquellas ruinas, hácia el año 1517, fué descubierto el sepulcro con el esqueleto que contenía. Leyó la inscripcion, y tradújola en lengua vulgar, un docto en lenguas sábias, llamado el maestro Francisco Estrella, que vivia á la sazón en Valencia.

Los judíos conversos residentes en el país, agitáronse al enterarse de aquel hecho, lo que dió motivo á la Inquisicion para mandar destruir la lápida y hacer desaparecer el sepulcro con el esqueleto, á fin de que no fuese objeto de idolatría.

Tal es la tradicion escrita de Adon Hiram, que corre en nuestras crónicas, como leemos en antiguos monumentos de la historia de Valencia.

II.

INDIBIL Y MANDONIO.

Todos los que han saludado la historia antigua de España, conocen el famoso sitio de Sagunto y su bárbara destrucción por las tropas cartaginesas que acaudillaba el celebre Anibal. La sublime heroicidad de los saguntinos, no impidió que los invasores cartagineses convirtiesen en montones de escombros la primera ciudad española de aquellos tiempos, y se posesionasen de sus ruinas para aprovecharse de los tesoros que no fueron consumidos por las llamas.

Anibal permaneció algun tiempo en Sagunto, cuya plaza y castillo destinó á prision ó depósito de los rehenes que arrancó de las principales familias españolas, para asegurarse de su fidelidad, mientras él llevaba á cabo su famosa expedición á Italia. La destrucción de Sagunto hizo exhalar en Roma, como en España, un grito de indignación, que debia trocarse en breve en grito de espanto y terror, declarada la segunda guerra púnica, y apenas llegó al Capitolio la terrible derrota de Cannas. No supo Anibal aprovecharse de aquella notable victoria que le hubiese hecho dueño de Roma y del mundo, como le aconsejaba el experimentado

Maharbal, y dió á Roma tiempo de reponerse y de enviar á España sus guerreras legiones para batir á los diez y seis mil cartagineses que habian quedado en la Península al mando de Asdrúbal, hermano de Anibal. Los hermanos Escipiones, encargados de arrojar de España á los cartagineses, supieron libertar á la ciudad de Sagunto del yugo de Anibal y de Cartago; dieron libertad á los rehenes allí depositados ó prisioneros, reedificaron y embellecieron la ciudad, y eleváronla á la categoría de *Municipio*; honor que sólo disfrutaban muy contadas ciudades; y así mejorada y engrandecida, volvió á renacer la animacion y el movimiento, con la vuelta á su hogar de muchas familias expatriadas durante el sitio, con la libertad de algunos vecinos vendidos como esclavos por Anibal, y la aglomeracion de otras familias que acudian á disfrutar de los beneficios que concedió á sus habitantes el senado romano. Sagunto volvió á ser tan grande, tan rica, tan laboriosa como era, á las industrias antiguas añadieron otras nuevas como la fabricacion de armas de guerra; tomó nuevo desarrollo y gran incremento la agricultura con los nuevos mercados que á sus productos les ofrecia Roma; renació igualmente la marina mercante, llegando á ser la primera ciudad marítima de España en aquellos tiempos; y á esta época ó algo más tarde corresponde la edificacion de su magnífico y grandioso teatro y de todos sus monumentos.

Si los romanos desplegaron tanta generosidad, como debian en justicia, háciá aquella po-

blacion que habian dejado perecer y sucumbir negligentemente, cuando debieron haberla amparado y socorrido con más eficacia y prontitud, no era en rigor porque descollasen nunca los cónsules y prefectos que á España enviaba Roma, por el amor á la justicia ni por sentimientos de nobleza, sino porque necesitaban en esta ocasion el apoyo de los españoles, á los que procuraron atraerse por todos los medios que les sugería su ingenio, y la marcha de su engañosa política. Ya los españoles comenzaban á despertar del letargo en que hasta entónces vivieran, sirviendo ora en las filas de los cartagineses, ora en las legiones romanas, y siempre en provecho de éste ó de aquél invasor. No eran muchos, sin embargo, los españoles que comenzaban á suspirar por la independendencia nacional, de la que aún no se tenia formada clara idea, pues dividida la nacion en tantos pueblos como ciudades ó familias, no conocian los sencillos iberos otra independendencia que la de su localidad, sin que bastára á servirles de ejemplo la esclavitud de sus vecinos.

Pero aunque pocos, hubo algunos españoles que creyeron deber combatir á los romanos y cartagineses indistintamente, pues unos y otros eran extranjeros é invasores por igual y enemigos de la patria. Los dignos mantenedores de tan noble idea, eran los hermanos Indibil y Mandonio, á quienes la tradicion supone hijos de *Setaba* (Játiva), y príncipes soberanos, cada uno de su respectivo territorio. Indibil era príncipe de los pueblos ilerjavones, y tambien

á lo que parece de los ilergetes y ausetanos, ó sea desde el Mijares hasta Vich. Mandonio lo era de los setabitanos y demas pueblos de aquende y allende el Júcar, cuyos estados confinarían probablemente con los de su hermano, ó más bien sería el primero príncipe de la Edetania y el segundo de la Contestania, que es lo que parece desprenderse de la relacion que nos transmiten los historiadores.

Tambien nos inclinamos á creer que los referidos personajes eran simplemente hijos de algun potentado de aquellos tiempos, cuyos bienes radicarian en Játiva, y la tradicion les ha elevado al rango de príncipes, porque ámbos fueron caudillos de numerosas tropas procedentes de los pueblos ya citados, con las cuales militaron al servicio de Anibal. Como quiera que fuese, es indudable que tenian gran prestigio y autoridad entre los sencillos españoles de estas comarcas, ora fuesen súbditos ó conciudadanos, y no les sienta mal el dictado de príncipes, hijos de sangre real, como dicen los historiadores, si bien no tenemos otras noticias de su ascendencia y genealogía.

Indibil y Mandonio eran cuando ménos dos valerosos patricios que tomaron armas al principio de su carrera militar, en favor de los cartagineses y en contra de los romanos; más apenas sucumbió Sagunto á las armas de Anibal, sin que los romanos hubiesen acudido en auxilio de la ciudad sitiada, como estaban obligados por sus compromisos anteriores con el pueblo saguntino, se operó una reaccion entre

los españoles sensatos aleccionados con la experiencia de los hechos pasados, y se formó entonces un partido en defensa de la independencia nacional, á cuya cabeza estaban los hermanos Indibil y Mandonio. Dignos ascendientes de aquella raza indomable de iberos, que por espacio de tantos siglos guerrearon contra los ejércitos invasores, Indibil y Mandonio aprovecharon todas las ocasiones propicias para rebelarse contra los cartagineses y romanos, siendo éstos los primeros campeones de la independencia española, y los primeros mártires sacrificados en aras de la libertad de la patria.

Para engrosar su partido y atraerse nuevos prosélitos, recorrieron Indibil y Mandonio los diferentes pueblos y ciudades del litoral, propagando las ideas de libertad é independencia y predicando de continuo contra la invasion de los extranjeros. «No os fieis, decian aludiendo á los romanos, no os fieis de unos extranjeros que con pretesto de abatir el orgullo de los cartagineses, vienen á quitaros vuestra libertad y á usurparos vuestros bienes. Así han venido antes los griegos, así los mismo cartagineses, prometiéndonos felicidad con dulces palabras, para levantarse despues con el mando y ponernos una vergonzosa servidumbre. ¿Qué, necesitamos del auxilio de los romanos para sacudir el yugo de los cartagineses? Los que se han unido á ellos son traidores á su pátria y á su libertad.»

Eran aún demasiado sencillos los españoles para comprender el lenguaje de la pátria al re-

clamar el apoyo de sus hijos; desconocieron el noble impulso de sus valientes caudillos, y continuaron peleando en las filas de cartagineses y romanos hasta la completa derrota de aquéllos, que fueron rechazados al fin del país, quedando España esclava de Roma. Indibil y Mandonio trataron, no obstante, de oponerse á los progresos de las águilas romanas y rebeláronse abiertamente contra Escipion en los campos de Sueca ó Cullera; pero abandonados de los suyos, inferiores en número, en disciplina y en armamento al enemigo, sucumbieron como buenos y leales, quedando prisioneros de los invasores.

Igual suerte cupo á la familia de ambos hermanos, pues así la esposa de Mandonio como las hijas de Indibil, cayeron en poder de Publio Cornelio Escipion, á quien cupo en suerte arrojar de España á los cartagineses y posesionarse de gran parte de la Península, agregándola á los dominios de Roma. El afortunado vencedor estaba dotado de cualidades muy sobresalientes y de sentimientos superiores á todos los cónsules quizá, que de Roma vinieron á España, pero sólo tenía veinticuatro años, cuando se encargó del mando del ejército y del gobierno supremo de la Península, y aunque tuvo arranques de generosidad y rasgos de verdadera nobleza, los tuvo también de debilidad como hombre, al fin, que se hallaba en la edad de las pasiones y colocado para satisfacerla, en una posición superior á la de un soberano.

Sus buenas cualidades apreciábanlas como nadie los saguntinos, y amábanle hasta la ido-

latría, como padre y protector de la pátria, por los grandes beneficios que el jóven cónsul derramára sobre la famosa ciudad destruida por Anibal. Era Sagunto la primera plaza de la España Oriental, y por su inquebrantable fidelidad á Roma y la gran confianza que al cónsul merecia, habíala constituido en depósito de sus más preciados rehenes, en cárcel de los prisioneros de Estado y en arca de sus tesoros públicos y particulares.

II.

En el castillo de esta ciudad y en una de las estancias recientemente construidas bajo la proteccion de los romanos, se encuentran tres hermosas jóvenes y una respetable matrona jóven y hermosa tambien, á quien dan aquellas niñas el respetuoso título de madre, y tal lo parece por el cariño y solitud que demuestra á sus bellas sobrinas. Las tres adolescentes, son hijas del valeroso Indibil, y la noble matrona, que apénas cuenta cinco lustros de edad, es la mujer de Mandonio. Todas cuatro son prisioneras de guerra del soberbio romano Publio Cornelio Escipion, á cuya galantería y elevados sentimientos deben, no obstante su situacion, las consideraciones con que son tratadas por sus carceleros y la comodidad relativa que disfrutan en aquella estancia donde el caudillo romano procura aliviarles su desgraciada suerte. El velo de la tristeza cubre sin embargo el hermoso rostro de las tres niñas, tiradas por el sue

lo sobre una finísima estera de juncos, cuyo caprichoso y artístico tejido, revela ser obra de los laboriosos celtíberos. Abundantes lágrimas anublan los negros ojos de aquellas criaturas abandonadas á su dolor, como el músico gilguero que enmudece en su jaula al arrancarle de la selva, donde saludaba la venida de la aurora con sus trinos de amor y de libertad. Minurra, la mujer de Mandonio, sentada sobre un escaño de toscas labores, contempla el dolor de sus sobrinas y acrecientan el suyo que parece herirle en lo más hondo de su corazón; pero procura contenerse y consolar á las jóvenes, revelando la serenidad de carácter de un talento superior.

—No lloreis, hijas mías, dice Minurra entono grave, pero dando á su voz el acento de un cariño que conmueve, como sólo sabe emplear la mujer. Nada tiene de triste nuestra situación; ni es dolorosa, ni es amarga; hemos sufrido un contratiempo y nada más. Pero tened presente que todo es pasajero en el mundo, y la carrera de la vida está llena de escollos, que es preciso arrostrar con el corazón sereno y la mirada altiva, cual cumple á las hijas de príncipe tan valeroso como vuestro padre Indibil.

—¡Ay, madre! prorumpen en coro las tres doncellas, cubriéndose el rostro con sus blancas y diminutas manos.

—¿Qué quereis decirme? ¿Qué os falta valor para permanecer encerradas en este castillo?

—No, madre; no lloramos el rigor de nuestro encierro, ni la falta de libertad; sino la au-

sencia de Indibil y de Mandonio, aherrojados quizá en hedionda mazmorra; esclavos, tal vez, de algun mercader extranjero, ó sacrificados, acaso, por la bárbara venganza de los verdugos de la patria.

—Nada sabemos de ellos, es verdad: prisioneros como nosotras del romano vencedor, fueron separados de nuestra presencia por orden del tirano, para aumentar nuestra angustia y dolor, como armas de que se vale el enemigo, contra los míseros prisioneros que gimen bajo su poder. Creo que vuestro padre y mi marido, deben permanecer encerrados en este castillo, no lejos de nosotras; quizá nos separe sólo un muro y se hallen cerca de nuestra prision; pero nada de cierto sabemos respecto de su suerte ni ellos de la nuestra, que juzgarán quizá ménos llevadera de lo que es en realidad nuestra situacion.

—¿Y cuál será el destino que les reserva el tirano á ellos y á nosotras? Preguntó la mayor de las tres jóvenes.

—Hijas mias, sólo á los dioses inmortales les es dado leer en el porvenir de las criaturas; nadie sabe lo que puede sucederle en el breve espacio de dos pulsaciones; pero todos los hechos y acontecimientos de la vida están relacionados unos con otros, y subordinados los de hoy á los de ayer, y los de mañana á los de hoy. Los romanos han invadido nuestra patria para arrebatarnos nuestras riquezas, de que ayer disponian los cartagineses, á quienes han arrojado de España para saquearla ellos á mansalva, ape-

lando á la arbitraria ley del más fuerte, única que reconoce el conquistador. Oro es lo que ellos desean, y para obtenerle por cualquier medio, juzgo probable que exijan un crecido rescate por la vida y libertad de Indibil y de Mandonio.

—¡Ah, si eso fuera así! Exclamó la mayor como asiéndose de una esperanza que parecía tranquilizar su corazón.

—¿No podían venderles como esclavos de algun inhumano centurion, ó arrebatárles la vida para satisfacer un acto de bárbara venganza? Añadió la menor de las tres.

—De la esclavitud se redime todo el que puede comprar su libertad; pero si el romano fuese tan cruel y feroz que se gozase en la agonia de los vencidos, lo que ningun provecho podria reportar á su sórdida avaricia ni al brillo de su poder, tened presente, hijas mias, que Indibil y Mandonio sabrian morir como héroes celtiberos, sin humillarse ni palidecer; su muerte sería gloriosa para la patria, en cuya defensa lucharon como dignos hijos de ella; y por cada gota de su sangre brotarian millares de celtiberos, y de iberos, contestanos y edetanos, que vengarian á sus príncipes segando á millares, como espigas de centeno, las cabezas de los soldados enemigos.

La entereza que mostrára Minurra en su breve razonamiento no era la más á propósito para tranquilizar el atribulado corazón de las pobres niñas, que podian quedar huérfanas y á merced de la brutalidad de su enemigo, consti-

tuido en dueño, y con derecho absoluto de vida y muerte sobre sus débiles prisioneras.

Todas tres prorumpieron en copioso llanto, y sólo monosílabos y palabras incoherentes, entrecortadas por los sollozos, salían de sus labios. Hondamente afectada la noble matrona, dejó su asiento, levantó entre sus brazos á cada una de sus sobrinas, y oprimiéndolas contra su pecho, procuró consolarlas y transmitirles su tranquilidad de espíritu y sus propios sentimientos.

—Enjugad, niñas mías, esas lágrimas de debilidad y cobardía, y guardaos bien de que asomen á vuestros ojos delante del tirano. Tened presente que las mujeres españolas deben ser dignas del valor y heroísmo de los hombres que por nosotras pelean sin volver la cara atrás, y sin contar el número de sus enemigos. A cada cual le está reservado el destino que plugo á los dioses concederle; si á Indibil y Mandonio les toca morir bajo la cuchilla del invasor, designio será de los dioses; de sus cabezas quedará dueño el tirano, y sus cuerpos pagarán el tributo que deben á la tierra; mas su espíritu quedará entre nosotras, realentando constantemente á los españoles de una y otra generacion, para que no cesen de lanzarse á la pelea hasta arrojar de la patria al fiero invasor, proclamando al fin, victoriosos, el triunfo de su independencia. ¿Qué más gloria quereis para vuestro padre? ¿Qué mayor honra puedo desear para mi marido? Si ellos sucumben, sabemos lo que á su mujer y á sus hijas nos toca: imitar su ejemplo con

no ménos altivez y heroismo; morir tambien como mujeres de corazon, y espirar entonando himnos á la patria con la sonrisa en los labios y despreciando el furor de nuestros enemigos. Tal es nuestro deber, y hemos de cumplirlo.

—¿Y si en vez de la muerte nos condenasen á la esclavitud ó al rubor de la deshonra?

—¿No guardais entre los recónditos pliegues de la túnica, junto al seno, el principio letal de eficaz ponzoña?

—Ah, sí, tienes razon, madre; seremos dignas de Indibil y de Mandonio; seremos dignas de tí, y nos mostraremos ante todo valerosas como mujeres celtíberas. Moriremos, madre, por nuestra honra.

Y las cuatro mujeres, derramando lágrimas de consuelo, se confundieron en un sólo abrazo, pendientes las jóvenes del cuello de Minurra, como formando un ramo de jazmines, salpicados con las gotas del rocío, entorno de una hermosa y fragante azucena.

En este instante se abrió la puerta de la estancia y se presentó el carcelero. Enmudecieron las mujeres desprendiéndose del grupo, y sólo Minurra dirigió á aquel hombre su tranquila y penetrante mirada.

—¿Qué quieres? preguntó.

—El invicto cónsul Publio Cornelio Escipion, á quien los dioses protegen para honra y prosperidad de la república romana, te espera, hermosa Minurra, y te envia á decir que me sigas para conducirte á su presencia.

—¿No te ha hablado Escipion de las doncellas que me acompañan?

—Desea hablarte á tí sola; tus sobrinas quedarán aquí bajo llave.

—¿Qué me querrá? murmuró entre sí Minurra. Y añadió dirigiéndose á sus sobrinas: Supongo que regresaré en breve, hijas mías; mas si algun incidente inesperado, de los que no es dado preveer al humano entendimiento, prolongára mi ausencia más allá de un término prudente, no desmayeis; acordaos de mis consejos, y mostraos dignas de la sangre que circula por vuestras venas.

Otra vez se colgaron las jóvenes del cuello de Minurra, y despidiéndose tiernamente como si no hubieran de volverse á ver, salió la respectable matrona en pos del carcelero, que echó el cerrojo de la puerta, dejando sumidas en su cárcel á las afligidas doncellas.

III.

Corto trecho necesitó recorrer la mujer de Mandonio para llegar á la presencia del cónsul Publio Cornelio Escipion.

Hallábase el afortunado vencedor de los cartagineses en una pieza del mismo castillo, adornado con todo el lujo que comenzaba ya á ostentar la molicie romana. Cubierto su cuerpo con una túnica blanca y un manto de púrpura, y medio calzados sus piés con ricas sandalias sobrecargadas de oro y pedrería, esperaba Escipion recostado sobre un lecho de salon, especie

de ancho y cómodo divan, con muchos cogines de preciosas telas de la India, con los cuales se buscaba la posición mas cómoda para entregarse al sueño ó á los placeres. El cónsul parecia acabar de salir del baño, segun indicaban los perfumes que despedia su cuerpo, y se observaba en su cabeza no ménos olorosa y el cuidado que mostraba en no ajar el tocado de sus recién rizados cabellos. Lo mismo indicaba su cara, cuidadosamente afeitada la barba, como era costumbre entre los romanos, y todo su rostro cubierto de afeites. Dos pebeteros colocados en los ángulos extremos de aquella pieza, sobrecargada de estátuas y de muebles inútiles, pero curiosos y deslumbrantes por su lujo y riqueza, despedian igualmente suaves perfumes de los más preciados de la Arabia, que embalsamaban el ambiente y parecian excitar las pasiones de la voluptuosidad, como mansion dedicada al amor en los fugaces momentos del deleite.

Aquí era donde esperaba Escipion á la bella esposa de Mandonio.

Cuando Minurra penetró en la estancia, se sobrecogió de sorpresa al percibir el grato aroma de los perfumes, para ella desagradables y repulsivos, no estando habituada á otros olores que á los que exhalan con más pureza y aromamiento las delicadas flores del campo; pero recobróse muy pronto de su estupor, y abarcando de una sola mirada el mobiliario y ricos adornos de la estancia, dirigió la vista hácia el romano, que la contemplaba tambien, y mos.

trando una sonrisa cuidadosamente estudiada, que envidiaría una coqueta de nuestros tiempos, indicó á la celtíbera que se acercase, con un ligero movimiento de cabeza.

—Ven, Minurra, te esperaba.

Avanzó la matrona maquinalmente hasta llegar junto á Escipion, que pareció incorporarse un tanto, añadiendo un nuevo cojin á los que ya oprimía su espalda. Asegurado ya de que se hallaba su cuerpo con toda la comodidad apetecible, indicó á Minurra un taburete colocado tan cerca de sí, que no sólo podía contemplar á su prisionera frente á frente y sentir su contacto, sino las palpitaciones de su seno y la indignacion de su alma.

Minurra vaciló un momento, y aún pareció dudar acerca del sexo á que pertenecía el romano, extrañando hasta el asombro de que aquel hombre afeminado, cubierto de galas, de perfumes y de innobles afeites, fuese el vencedor de los aguerridos cartagineses, el rayo de la guerra que ganó á España para Roma, el terror de los arrojados iberos y celtíberos, siendo así que cada uno de estos podía luchar ventajosamente con diez de aquellos; y mentalmente se preguntaba cómo unos hombres tan muelles y afeminados, que parecían mujeres, habian vencido á tantos héroes, casi tan valerosos como los mismos dioses.

—Sientate, añadió el cónsul sacando de su abstraccion á la matrona.

Minurra obedeció:

—¿Erestú, preguntó respetuosamente al ocu-

par el asiento, el cónsul Publio Cornelio Escipion, que ha dado orden para que llegue hasta aquí la pobre prisionera?

—¿Pues qué, no me conocias?

—Una sola vez te he visto, á caballo, con armadura de guerra..... y no recuerdo bien si eres el mismo que entónces vi.

—En cambio, recuerdo yo perfectamente aquella escena; y por recordarla, te hallas ahora en mi presencia. Iban contigo tres bellas jóvenes, que por la edad no pueden ser tus hijas.

—Sobrinas, señor: hijas del valeroso Indibil, tu prisionero, como mi marido, su hermano Mandonio.

—Las ocupaciones de la guerra no me permitieron otra cosa que contemplarte un momento, y fué lo suficiente para acariciar el proyecto de labrar tu fortuna. Ordené que te custodiasen dignamente y á las jóvenes, tus sobrinas, y que os tratasen con las consideraciones y respetos que se tienen con las matronas romanas. Terminada la guerra, y pudiendo al fin disfrutar de los beneficios de la paz, acudo en alas de mi caballo á la ciudad de Sagunto, en vez de permanecer en Gades ó en Cartagena, sólo porque en este castillo recordaba haber dejado á mi bella prisionera.

Minurra se sobrecogió al oír el lenguaje del romano, pues habia creído, al principio de su plática, que movido de un arranque de generosidad trataba de ponerla incondicionalmente en libertad, no sólo á ella sino á toda su familia. Ahora pareció vislumbrar los verdaderos senti-

mientos de su opresor, y sintió que el carmin del rubor se agolpaba á sus mejillas, y bajó los ojos instintivamente é inclinó la cabeza, esperando el término de aquel extraño razonamiento tan repulsivo para ella como todo cuanto la rodeaba.

Escipion continuó:

—Es la primera vez que siento batallar en mi pecho los impulsos de una pasión desconocida, y no es extraño, despues de todo. Era demasiado jóven cuando salí de Roma para dejarme subyugar por el sentimiento del amor. Mi corazon respiraba venganza contra los cartagineses. Mi padre y su hermano, los valientes y renombrados Escipiones, habian sucumbido gloriosamente en la guerra de España; Roma se sobrecogió de espanto por aquella pérdida que entrañaba la ruina de su poder; yo me sentí con fuerzas para reparar tantos males, y sediento de venganza y de gloria vine á la Península á luchar con los cartagineses, á quienes vencí en cien batallas y combates; les tomé sus plazas de guerra, aniquilé sus ejércitos, y arrojé sus reliquias al otro lado del mar, para que no vuelvan más á pisar vuestro territorio ni á inquietar á la altiva y poderosa Roma. Al cumplir pues, con mi deber y mis sentimientos de patriotismo, como caballero romano, satisfice á la vez todos mis deseos y aspiraciones: vengué la muerte de mi padre y de mi tio: aplasté la cabeza de Cartago, salvé á Roma y quedé vencedor de todos los enemigos que me combatiéron en España, de cuyo territorio soy dueño

absoluto en nombre del Capitolio, cuya autoridad represento. Los dioses, que tantos y tan inmerecidos dones quisieron concederme, te arrastraron á mi presencia para que posase los ojos en tu belleza, para que sintiese mi corazón los embates de un amor extraño, violento, imperioso y desconocido, que me subyuga y me arrastra hácia tí; porque el vencedor de tantas batallas, ciudades y ejércitos, quedó vencido por tu hermosura, y cautivo de tus gracias, y esclavo de tus encantos, quedando tú dueña y señora del invicto cónsul, que se rinde á tus piés prisionero de tu amor. No eres ya mi prisionera; manda, pide, ordena cuanto te plazca: Escipion te autoriza para que midas tu voluntad por tu deseo. Pide, pues.

—¿Posible es, señor, que una pobre mujer de los escasos méritos de tu prisionera, pueda embargar el corazón y ofuscar la clara inteligencia de un ilustre general, casi tan poderoso como el senado de Roma que aquí le envía? ¿Ignoras, noble Escipion, que la mujer á quien hablas es esposa de Mandonio?

—No lo ignoro, Minurra, no: ántes recuerdo y apelo á ese título que invocas, para que examines tu verdadera posición y puedas labrarte la ventura que te ofrezco para tí y los tuyos.

—Pues qué, ¿en Roma no hay doncellas dignas de tí, ni en España hay bellezas que envidiaran los mismos dioses, ni has visto esas lindas jóvenes apenas entradas en la aurora de su vida, para que fijes tus ojos en una matrona que no se pertenece, ni puedes apetecer sin atro-

pellar las leyes del honor que debo á Mandonio; de la justicia y dignidad que te debes como primer magistrado de la república romana en tierra española? Medita bien tus palabras, Escipion, y vuelve en tí. Ni tú puedes descender de la cumbre de tus grandezas para mancillar tu fama consagrandó tu amor á una pobre prisionera, ni la mujer de Mandonio puede llegar hasta tí como princesa de los setabitamos, ni como esclava de Roma faltará jamás al honor de su marido ni á la fe de sus sagrados juramentos.

—¡Minurra!

—Piensa además que ocupo el lugar de madre, y lo soy casi realmente de tres nobles doncellas que necesitan de mis cuidados, de mi cariño, de mis consejos, de mi ternura. ¿Qué ejemplo quieres que dé á esas niñas á quienes debo guiar por el camino de la virtud, cuando tratas de envilecerme á la ceguedad de tu capricho y convertirme en la criatura más despreciable de mi pueblo?

—Escucha, Minurra. Que no he dejado de encontrar en mi camino doncellas de singular hermosura, adornadas de gracias y de encantos, las cuales pude llevar fácilmente al tálamo sin ruegos ni súplicas, te lo dice con harta elocuencia la alcurnia de mi linaje, el rango de mi posición. Si he sido noble y generoso con las mujeres españolas, que pude hacer mias por las leyes de la guerra y mi voluntad de vencedor, lo pregona á voces la fama que dejé en Cartagena, dando libertad á mis cautivas, entre las

que se hallaba una princesa recién casada, y de rara hermosura, que devolví graciosamente á su marido, y labré así su ventura, recibiendo en cambio la gratitud y adhesión de los esposos que me son adictos desde entónces, como sus gentes y sus pueblos. Que ninguna de cuantas vi llenó hasta hoy los deseos de mi corazón, te lo prueba suficientemente el encontrarme hoy en Sagunto, porque aquí te encuentras tú, á quien busco y á quien amo sin cuidarme de tu estado y condición. Pues bien: si trato de honrarte ó de envilecerte elevándote hasta mí, juzgalo tú misma, por lo que me resta decir. La mujer, como las hijas del enemigo vencido y prisionero, pasan, según las leyes de la guerra, al tálamo del vencedor: después á los oficiales, más allegados del jefe: más tarde á los cabos de última escala, y finalmente son entregadas á la brutalidad de la soldadesca, hasta que nuevas victorias presentan nuevo botín y nuevos placeres, rechazando entónces como vil desecho las ajadas meretrices que nos parecieran aceptables en el festín anterior. Si reconoces mi dignidad de cónsul, mis victorias de general y mi omnímodo poder, como supremo magistrado de esta tierra que gané con mi espada, reconoce también el derecho que me asiste para hacer mío cuanto encierra el país que he conquistado, y que no necesito pedir lo que puedo tomar con mi mano, ni ménos suplicar favores de una infeliz prisionera que me pertenece de derecho, y que si osas mostrarte más altiva de lo que cumple á tu condición, no por eso evitarás el desti-

no que te aguarda. Serás mía, porque place así á mi voluntad; si te muestras esquiva y te disgusta satisfacer mis caprichos, te entregaré juntamente con tus sobrinas al desenfreno de mis soldados como presente de algun precio que me agradecerán, poniendo á mi servicio el valor de su brazo y el sacrificio de la vida; prendas que para un buen general son de más consideracion que las lágrimas y las caricias de una mujer. Dime tú, si despues de lo que acabas de oír, serás tan necia que renuncies á obtener tu libertad y la de toda tu familia.

—Basta, poderoso Escipion: y advierte que no he solicitado mi libertad; lo que pido es que respetes mi honor y el de las jóvenes doncellas que me acompañan en mi cautiverio.

El romano se sintió humillado ante aquel arranque de altivez y de virtud propio de las mujeres españolas: á pesar suyo sintió que el rubor se le agolpaba al rostro y que parecia reaccionarse su corazon; pero fué corta la lucha, porque ántes que general y caballero era hombre, contaba pocos años, y el vigor de las pasiones sobrepusiéronse sobre sus generosos sentimientos, y si por un instante bajó los ojos con la timidez de una dama, sintió tambien ofendido su amor propio, y que no debia quedar vencido en la lucha quien tenía por su más constante aliada á la diosa victoria. Compuso, pues, su semblante un tanto contraído, y descubriendo en sus labios una sonrisa cariñosa, replicó en tono afectuoso.

—Tratas de labrar tu desventura engañándo.

te á tí misma, y yo me opongo, pues aunque te pese oirlo, te digo, Minurra, que te amo.

Antes de terminar estas palabras avanzó su cuerpo hácia la matrona estrechándola por la cintura. Quiso ella levantarse de un salto, como si hubiese sentido la mordedura de un reptil, pero Escipion que llevaba la otra mano al seno de la dama, la sujetó por la túnica, y no pudiendo resistir el fino lienzo la presión de dos fuerzas encontradas, rasgóse de arriba abajo dejando al descubierto las seductoras formas de aquella mujer peregrina, superior quizá en hermosura á la celebrada Vénus de la Grecia, debida al cincel de Fidias.

Minurra exhaló un grito de rubor, que contrastó con la sonrisa de satisfacción del romano, y sintió que aquellas manos blancas y pulidas que ella creía de un hombre afeminado, oprimian como anillos de hierro su delicada cintura, y que la arrastraban hácia Escipion, cuyo aliento aspiró á pesar suyo, y vibraron en sus labios é hirieron sus oídos las concisas y ardorosas palabras:

—¡Ya eres mía!

IV.

Han trascurrido algunos meses desde los últimos acontecimientos que quedan referidos.

No lejos de la población de Sagunto se prepara un horrendo espectáculo al que acude mucha gente á celebrarle, en cambio de algunos

pocos que apartan la vista con horror, si no comentan el hecho altamente indignados.

Un peloton de españoles de diversos pueblos de la costa, confundidos entre sí, y escoltados por buen número de sayones, á quienes mandaba y dirigia un centurion, bajaron de las prisiones del castillo de Sagunto y caminaban hácia la playa entre los empellones y denuestos de los soldados, y la befa y el escarnio de algunos malos celtíberos, griegos de origen y adictos á los romanos. Otros más valientes, de los que habian derramado su sangre en defensa de la pátria, protestaban enérgicamente contra la conducta del invasor, y se formaban en corrillos buscándose unos á otros como si quisieran reunirse en número suficiente para atacar á los sayones y arrancarles los prisioneros españoles. Pero los soldados vigilaban cuidadosamente los ademanes de la multitud, sacudiendo de vez en cuando algunos golpes con el asta de sus lanzas, para mantener el órden por medio de la fuerza, y contener á los más osados en los límites de la prudencia y del respeto.

Ignoraban los prisioneros á donde se les conducia, y tambien lo ignoraba el pueblo espectador de aquella escena; pero al salir de la ciudad, y cruzar la llanura en direccion á la playa, creyeron los más de ellos que iban á ser deportados por mar á tierras distantes, donde se les condenaria á morir al servicio de Roma, lejos de la pátria. Algunos de ellos, abrigaban, no obstante, más lóbregos presentimientos acerca de su suerte, y todos silenciosos y abá-

tidos caminaban á paso lento, recordando sin duda la ausencia de sus más caras afecciones.

Llegados á la playa dirigieron todos la vista al mar, ansiosos de vislumbrar el desenlace de aquella escena.

Ni un buque, ni un esquife, ni un bote se descubria sobre las olas, fuera de las embarcaciones de guerra y mercantes ancladas en el puerto, á larga distancia del punto donde se encontraban. Para unos renació la esperanza, y para otros se redoblaron sus temores.

El jefe de la fuerza mandó hacer alto, mientras llegaba un prefecto y trasmitia al centurion las órdenes del cónsul respecto de los prisioneros.

Formaron las tropas en cuadro en torno de los españoles que ocuparon el centro. Distingúanse entre aquellos infelices, rotos, destrozados, pálidos y macilentos, de larga barba, y crecidos los cabellos, dos hombres de altivo semblante, de mirada tranquila y serena, de porte superior y de más finos modales, á quienes los demas prisioneros trataban con gran respeto, y agrupábanse en torno suyo como si trataran de proteger su vida contra algun desman de los sayones.

El mayor de ellos revelaba haber cumplido cuarenta y cuatro años; el menor representaba tener diez ménos, pero ambos tenian gran semejanza entre sí, dejando adivinar que habian nacido de un mismo seno materno, porque todo en ellos revelaba que eran hermanos.

El primero era Indibil: el segundo Mandonio.

Miéntras toda aquella gente permanecía en la playa esperando al oficial portador de las órdenes del cónsul, para resolver de la suerte de los prisioneros, apareció á lo léjos una mujer que venía á todo correr, como si le faltase tiempo para llegar á la playa, donde se presentó en breve; y llegado que hubo, se abrió plaza á traves de las filas de soldados que no opusieron la menor resistenciamante el estado lastimoso de miseria y demacracion de la infeliz matrona, á quien todos conocieron y respetaron, recordando sin duda su nacimiento y posicion, y reciente desgracia. El nombre de Minurra corrió de boca en boca, en tanto que la infeliz matrona se lanzaba al centro del grupo de prisioneros, llamando á grandes voces á Mandonio.

El príncipe setabitano salió al encuentro de su mujer con los brazos abiertos; pero ella retrocedió espantada apénas le distinguió, sin dejar de exclamar con dolorido acento:

—No te acerques, Mandonio, no me toques ni te llegues á mí, hasta que yo te hable; escucha.

—¡Minurra, Minurra! Exclamó Indibil, acercándose con paso trémulo por la emocion y con voz delirante. Minurra, ¡qué has hecho de mis hijas?

—¡Tus hijas! No he sabido guardarlas cual cumplia á mi condicion y á mi deber.

—¡Qué dices!

—Quiso el romano prostituirlas.

—¡Infames!

—¡Oh, no temas, Indibil, no temas!

—¡Acaba, pues!

—Las hijas de los valientes celtíberos, sucumben con valor al rigor de su destino, pero no se rinden á las amenazas, ni á las seducciones, ni á los halagos del enemigo.

—¡Hijas mías! Es decir..... que han muerto!

—Sí, llevándose á la tumba la pureza de su honra inmaculada; demostrando al mundo el lustre varonil de una raza de héroes, que sucumben como tales, sin rendirse ni doblegarse al enemigo.

—¡Oh! ¡Loados sean los dioses que no han dejado cubrir mis canas con la mancha de la deshonra!

—Y tú, Minurra, ¿qué es de tí? ¿Cómo encuentro tan pálido tu semblante, y ajada tu belleza?

—Escucha, Mandonio: aún eres príncipe de tu pueblo, y vengo á pedirte justicia.

—¡Minurra!

—Oyeme. Vas á morir, ¿lo sabes?

Un grito unánime de aflicción, de rabia, de de impotente venganza resonó ante el inmenso grupo de españoles que rodeaban á la infeliz matrona, cuyos ojos extraviados revelaban el delirio, la locura quizá de la pobre mujer, que se desentendió del inmenso alarido de toda aquella gente, y continuó con firmeza.

—Sí, á morir todos, por orden de Escipion, cansado ya de teneros prisioneros; hartos de insurrecciones de parte de los españoles, á quienes trata de amedrentar con un ejemplar casti-

go, cuyas víctimas sois vosotros, desgraciados vencidos, conducidos hasta aquí para arrojar vuestros cadáveres á las olas.

—Minurra, esposa mia; ¿cómo sabes tú esas cosas?

—La infamia de una vil setabitana me lo ha revelado todo. Pero eres príncipe aún, Mandonio, puedes hacer justicia, y vengo á recoger de tus labios la sentencia contra la culpable, cuyo solemne fallo vas á pronunciar.

—¡Habla!

—Una mujer noble, de ilustre estirpe, honrada con el amor de los suyos, con la nobleza de su sangre, que debió morir valientemente como las hijas de Indibil puestas bajo mi cuidado; una matrona considerada y respetada, que en vez de convertirse en valerosa amazona y recorrer los lugares todos de nuestras comarcas para levantar en masa á los pueblos contestanos y edetanos al grito de ¡guerra y venganza! y correr á libertar á los cautivos, bebiendo la sangre del invasor; en vez de proclamar en fin, la libertad de la patria, se entregó cual lúbrica meretriz á los romanos, convirtiendo en lodo inmundo el honor acrisolado de su marido y de su noble familia; entregándose cual vil mercancía, no sólo al cónsul Escipion, á sus lictores y pretores, sino hasta el último soldado de la vil cohorte de extranjeros invasores.

—¡Infame! ¡Infame!

—¡Muera! repitieron cien voces distintas: ¡Muera quien quiera que fuere tan vil mujer!

—Debe morir, sí: ¿verdad que debe morir la

culpable? Habla, Mandonio: eres príncipe aún: dicta tú su sentencia.

—¡Sí, debe morir!

—Basta, pues; la sentencia está pronunciada, y entre los pliegues de mi túnica traigo escondido el puñal que debe herirla, y derramar su impura sangre. Toma, Mandonio, hiere y haz justicia, porque la culpable soy yo, tu esposa Minurra.

—¡Tú!..... ¡Miserable!

Ciego, loco, fuera de sí al oír la horrible declaración de su esposa, la arrebató el puñal y lo hundió hasta el pomo en aquel pecho alabastro, que quedó rojo como todo el cuerpo de la infeliz matrona, por la sangre que manaba su herida.

Quiso Indibil cortar la acción de su hermano, pero llegó tarde, y cuando le sujetó el brazo, ya el cuerpo de Minurra había caído como pesada masa sobre la arena.

—Herida por tu mano, pronunció confusamente la matrona en el estertor de su agonía; todavía muero honrada, y es digna de tí, Mandonio, tu esposa Minurra.

—Desdichado, ¿qué has hecho? Exclamó Indibil, ¿no has conocido que está loca, que se extravió su razón por la muerte de mis hijas?

—Sólo sé que mi honra ha sido pisoteada por los romanos; que esa mujer cayó en el lodazal del vicio ó de la desgracia, y cuando la honra se pierde, debe terminar de una vez, el último soplo de la vida.

No dijo más porque, ya el puñal dirigido con

toda la fuerza de su brazo, habia caido en su pecho, dividiéndole el corazon. Su cuerpo cayó exánime junto al de Minurra, cuyos ojos cerráronse para siempre á la vista de aquellos prisioneros mudos de terror y de espanto.

Indibil sacó el ensangrentado puñal del pecho de su hermano, y dirigiéndose á los españoles, gritó con voz ronca.

— ¡Caiga sobre la cabeza de los romanos, tanta sangre villanamente derramada. Quieran los dioses devolver un dia á ese pueblo infame y homicida, las desgracias y tribulaciones que ocasiona á nuestra pátria! ¡Venganza, españoles, venganza contra Roma!

Rápido como el pensamiento, cortó el hilo de su vida la hoja del puñal que quedó clavado en su pecho, confundiéndose su sangre con la de Mandonio y Minurra; los tres cuerpos formaron un sólo grupo, como si no permitieran los dioses que los que vivieran tan unidos en vida formando una sola familia, los separase la misma muerte dándoles una sola sepultura.

V.

En aquel instante se presentó el prefecto; dió una orden al centurion y éste la trasmitió á sus soldados.

Los míseros prisioneros fueron alanceados por los romanos; y cuando no quedó uno sólo con vida, fueron arrojados sus cuerpos al mar; y se les vió flotar á merced de las olas, dando por cumplida la bárbara orden del cónsul, que

habia destinado á tantos valerosos españoles á servir de pasto á los peces.

Cuando todo hubo terminado, una voz sonora, enérgica y vibrante, salió de entre la multitud de espectadores.

—¡Venganza, españoles, venganza contra los romanos!

Grito que resonó en el espacio, permaneciendo vivo el eco sombrío que recordaba aquella catástrofe, y que trasmitiéndose de generacion en generacion, vino á herir los oidos de un valiente lusitano, para inmortalizar su nombre en los fastos del mundo, despues de haber acosado como manada de lobos carniceros á las legiones romanas.

Aquel héroe era Viriato.

III.

LA VIRTUOSA LAURONESA.

I.

Tranquilos y resignados con su suerte, vivían bajo el yugo del Capitolio los habitantes de la antigua Edeta, cuando llegó á sus oídos el rumor de una lucha civil que acababa de estallar en Roma entre dos hombres que se disputaban el poder, llamados Sila y Mario. Uno y otro, aunque adornados de cualidades y virtudes opuestas, eran igualmente ambiciosos y temibles: disponían de grandes masas de combatientes, contaban con buenos generales y acreditados guerreros, con elocuentes tribunos, con capacidades, en fin, de primer orden y con la co-da igualmente en dos bandos.

Nadie podía creer que el núcleo de aquella guerra cruenta y gigantesca, como son siempre las guerras civiles, traspasase los límites de las comarcas del Tíber; pero los azares de la fortuna arrojaron á España á uno de los generales más valerosos y entendidos de la parcialidad de Mario, el cual habiendo hecho la guerra en la Península de oficial subalterno, recordaba perfectamente las condiciones del país y el partido que podía prometerse del valor de los españoles. Era este audaz y renombrado

caudillo, el valiente y denonado Quinto Sertorio.

Pobre, fugitivo y errante, llegó á España el famoso general despues de haber sufrido los reveses de su adversa fortuna, y no tardó en crearse un partido fuerte y numeroso, lo bastante para declararse abiertamente contra Roma. Por una rareza que no se explica bien al analizar su bieñ combinado y profundo plan de operaciones, Quinto Sertorio en vez de situarse en Tarragona ó Cartagena, capitales de la España Citerior y Ulterior, fijó sus miras en las riberas valencianas, y ya porque no le inspirase confianza la ciudad de Sagunto, ó por otras causas difíciles hoy de fijar con acierto, vino á establecerse en Valencia, quizá por su proximidad al mar, pues que era inferior esta ciudad á la de Palancia su vecina, y ambas como dependientes de Edeta, llamada ya Laurona por los romanos, la cual era capital del vasto distrito comprendido bajo el antiguo nombre de Ede-tania.

Constituida Valencia en asiento y córte del romano Sertorio, forzosamente tenia que crecer con suma rapidez en poblacion, en riquezas y en importancia, pues aquí acudieron los romanos dispersos por la Península ó procedentes de otros pueblos donde habian sido batidos por las tropas de Sila, llegando á reunir Sertorio de éstos, de los que voluntariamente se le adherian y de los que hacia prisioneros en los repetidos combates y encuentros, gruesas y formidables legiones bajo cuyo pié, uniforme y

armamento organizó nuevas cohortes de españoles que vinieron á constituir, por el número y valor, el núcleo de sus fuerzas.

Por medio de la persuasión, de la afabilidad y buen trato, del estímulo y de la victoria, consiguió Sertorio atraerse á su bando á los indómitos españoles, y naturalmente se posesionó de Palancia, Edeta ó Laurona, Sucro, Dianium y otras ciudades vecinas, hasta dominar completamente el país desde Valencia al Pirineo, incluso todo el territorio comprendido más tarde en el reino de Aragon. Como asiento y cuartel general de tan numeroso ejército y de tan insigne caudillo, la ciudad de Valencia se creció como la espuma, alcanzando en breve la importancia y categoría que no habían logrado aún otras ciudades más populosas y de mayor antigüedad y riquezas que la perla del Túria, á la que estaban reservados, no obstante, amargos días de prueba; pues si Quinto Sertorio la engrandeció en poco tiempo, bastóle á Pompeyo un sólo día para arruinarla, hasta que otra vez pudo Sertorio reedificarla y engrandecerla.

No hemos de seguir paso á paso la relacion de las batallas, de los encuentros varios y de los sucesos prósperos ó adversos de aquella guerra, en la que tomaron parte diferentes pueblos de España en pro ó en contra de los formidables ejércitos, que en busca de Sertorio enviaba Roma. Tanto los detalles de los más señalados hechos de este ilustre caudillo, como sus grandes victorias y contratiempos, se hallan consignados en la historia patria y en los ana-

les de Roma, donde remitimos á los lectores que de aquellos datos necesiten. Por nuestra parte, vamos á referir simplemente un hecho aislado, ocurrido en aquel tiempo entre una doncella de Liria ó Laurona y un soldado romano, tal como lo refiere la tradicion recogida por los antiguos historiadores, y trasmitida de generacion en generacion hasta nuestros dias.

II.

Setenta y seis años faltaban ~~no más para la~~ inauguracion de una nueva era, que debia comenzar en el nacimiento de Jesucristo y regir más tarde en todos los pueblos cultos, bajo el nombre de era cristiana.

A la hora en que el astro del dia declina hácia el ocaso, dejando abrasada la tierra y marchitas las plantas por el sofocante calor de un estío bochornoso, acudian las mujeres lauronesas en busca de una fuente cercana, origen de la fundacion de la ciudad, á la que daba vida y animacion, cuyo trayecto recorrían diariamente á la caida de la tarde, provistas de cántaros y otras vasijas, bien de corcho, como aún se usan en estas comarcas, bien de barro cocido, ó lo que era más comun en aquel tiempo, odres de cuero de diversos tamaños, y grandes calabazas de tan perfecta construccion como todas las obras de la naturaleza.

Recorrian tambien aquel camino algunos ancianos ya encorvados por el peso de los años, pero aptos aún para prestar servicios á la fami-

lia, yendo á la fuente con una dócil béstia auxiliar de su carga, como acontecia á los muchachos de corta edad, si bien éstos llenaban aquellas funciones con gran bullicio y algazara, formando cierta armonía con los cantos y envidiables risotadas de las jóvenes, siempre alegres, parleras como jilgueros, juguetonas como ardillas y fugaces como el céfiro. Doncellas y casadas, hijas y madres, ancianos y niños, iban todos á abastecerse de agua fresca para refrigerar las secas fáuces de los hombres laboriosos, que regresaban del campo abrasados por los ardores del sol, miéntras recolectaban sus cosechas, cuyas tareas debian renovar al dia siguiente.

Era costumbre que las doncellas se encargasen de la provision de agua para las necesidades de las familias, miéntras sus madres preparaban el frugal alimento de los hombres, que éstos hallaban ya prevenido cuando regresaban á sus casas. Así salian todas al declinar de la tarde, como alegres golondrinas escapadas del nido de sus amores, para disfrutar un momento de la brisa vespertina, aspirando las áuras de su dicha y libertad. Era aquella hora como la cita general de las muchachas lauronesas, buscándose unas á otras para recorrer juntas el delicioso camino, formando encantadores grupos en torno de la fuente, donde entonaban sus cantos de júbilo por la expansion del momento, ó se referian los secretos de sus íntimas afecciones, ó murmuraban unas de otras, riendo ó suspirando y sin dejar de charlar como aturdidas

cigarras, ajenas á todo acontecimiento público ó privado, interior ó exterior.

Atraídos por el aleteo de tan bellas y pintadas mariposas como venian á reunirse por las tardes en torno de la fuente, acudian igualmente á aquel ameno sitio infinitos abejorros, que tal lo parecian mezclados con las doncellas, los soldados romanos al servicio de Sertorio, y puestos de guarnicion para la custodia de la plaza adicta al ilustre caudillo. Aunque las muchachas no lo digieran á nadie, porque rara vez comunican sus verdaderas impresiones, era evidente que tenía para ellas un poderoso atractivo la presencia de los soldadotes en aquel sitio, al que se dejaban arrastrar por una fuerza superior subordinada á las imperiosas leyes de la naturaleza, en pugna muchas veces con los derechos políticos y las conveniencias sociales. Buena prueba es de ello el sinnúmero de españoles que entónces vinieron al mundo hijos de padres romanos, como nos revelan los datos estadísticos que de aquella época se conservan.

Retozaban los soldados con las jóvenes haciéndolas reir y animarse á vueltas de alguna palabra obscena que heria sus castos oídos y agolpaba á sus mejillas el carmin del rubor, no sin grandes risotadas por parte de otras jóvenes más desenvueltas, á las que solian dirigir una mirada de reprension las mujeres casadas que por allí se encontraban, con alguna palabra de enojo escapada de los balbucientes labios de los viejos.

Destacábase entre aquéllos soldados uno de

alta estatura, de facciones pronunciadas, de aire taciturno, indiferente al parecer á cuanto le rodeaba, y fijos sus ojos á lo largo del camino como el que espera distinguir un objeto que no aparece, á semejanza del gato montés cuando acecha una presa que no alcanza. Procuraban distraerle sus compañeros llamándole la atención acerca de las jóvenes que se acercaban por agua á la fuente donde ellos estaban; pero Lupo, este era el nombre del soldado, contestaba evasivamente á las preguntas, á las interjecciones y á las pullas de sus camaradas, sin apartar la vista del camino, cubierto á la sazón de jóvenes que lo recorrian, entre las cuales parecia que queria distinguir Lupo alguna beldad que no se presentaba. Mas de pronto abandonó su asiento, y sin dirigir la palabra á sus compañeros, se internó por un bosquecillo de árboles, testigos mudos de algunas escenas de amor, y desapareció entre la espesura, como astuto reptil que busca un rodeo para salir al frente de la víctima que acecha.

—¡Buen viaje!

—Buena suerte, Lupo, exclamaron sus compañeros al verle desaparecer.

—Cuida que no te arañe tu bella Phorcía.

—¿Es ese el nombre de la amada de Lupo? Preguntó uno de los soldados recién llegado á la guarnición de Liria.

—Ese es el nombre de la mujer que él solicita; pero ella ¡cá! es la beldad más huraña que he visto en mi vida.

—¡Bah! ya se amansará, ¡qué diantrel

—Eso mismo pensé yo no hace mucho, pues dije para mí: las jóvenes son como los gatos, cuanto más bellas más ariscas; tratas de hacerlas una caricia y te sueltan un arañazo; les pasas la mano por el lomo, y contestan con un bufido; pero al fin se acostumbran á los mimos y se suben á las rodillas y restregan la cabeza con tus manos, y acaban por ser importunas en fuerza de amables y mimosas.

—Pensaste bien.

—Pero obré mal. Pues no obstante mi experiencia y el esmero que puse en domesticar esa gatita de Phorcía, cada día redoblaba sus bufidos, y por fin llegó á arañarme.

—¿Cómo, pues?

—De la manera más sencilla. Requebrábala yo de amores pensando suavizarla con el bálsamo del matrimonio, y así que oyó hablar de coyunda ¡zás! estampó muy bonitamente sus cinco dedos en mi mejilla con la destreza de un centurion enojado por faltas de disciplina.

—¡Por Belona! que no hubiese tolerado yo semejante desafuero en mi rostro de soldado.

—¿Qué hubieras hecho, Lucio, con una doncella hermosa como un lucero, que al fin y al cabo defiende su virtud?

—¿Qué hubiera hecho Floro? Someterla á la ley de mi capricho, sin más contemplaciones, para hacerla entender cómo se debe tratar á los legionarios de Roma.

—¡Infeliz de tí! ¿Ignoras que al día siguiente el general te hubiese hecho crucificar en el mismo sitio del delito?

—¿Crucificar, dices, Floro? ¿Pues qué, así trata Sertorio á los soldados que defienden su causa y derraman su sangre por él?

—No creas que Quinto Sertorio trata mal á sus soldados; pero le importa mucho atraerse á los españoles, y cada castigo que ejecuta en un romano le vale la amistad de muchos indígenas, porque ven que su valiente caudillo es amante de la justicia.

—¡Por el templo de Jano, que admirado estoy de oírtel! ¿Segun eso el dictador de España no permite á los romanos la más leve travesura, ni tolera un rapto de amor?

—Eso de ninguna manera. Ha mandado que se respete á las mujeres del país como si fuesen vestales de Roma, y el imprudente que traspasa sus órdenes, es castigado al instante como un criminal.

—¡Válgame la proteccion de los dioses! ¿Cuándo á los soldados de Roma se les ha impuesto tan estúpida consideracion con las mujeres extranjeras? ¡Por mi vida, que semejante orden envuelve una ofensa contra el culto que á la diosa Vénus debemos y no la tendremos ya por protectoral!

—Así se lo dicta al oído la diosa Diana, segun es público y notorio entre sus huestes españolas.

—¡Por vida del dios Baco, que no creo en semejantes patrañas! Esa cierva blanca que le sigue y le acompaña como manso falderillo, ¿creeis vosotros que pueda ser la diosa Diana?

—El lo dice y nadie pone en duda sus palabras.

—Yo sí, que no he de creer semejante vision; ni Júpiter consentiría que así se rebajasen los dioses, degradándose hasta los brutos, desde el instante que tomaban forma y ser de animal. No en valde castigóle el dios Marte arrancándole un ojo y dejándole esa señal en su rostro, para que recuerde mientras viva sus rarezas y sus locuras.

—Pues mira, no has visto otro tuerto más orgulloso de su falta que el general Sertorio. Dice que por este solo hecho puede compararse á Filipo y á Anibal, tuertos como él, y que lleva esa señal en su cara con más honor que los príncipes su corona, porque es una prueba de su valor y bizarría, y perpétuo blason de sus hazañas y de sus victorias.

—Ya veo que Sertorio está algo demente: y antes que vivir opreso bajo sus banderas, es preferible guerrear á las órdenes de otros generales más sensatos, en defensa de nuestra ciudad de Roma. ¡Ah! sí es verdad que Pompeyo se dirige hácia aquí como se cuenta...

—Habla bajo: pudieran oírte y ya sabes la pena que está reservada á los cobardes y traidores.

—Bien, callaré: más como se ponga á mi alcance la cierva blanca, tan adorada de los españoles, paréceme que se quedan luego sin su diosa Diana.

Floro se levantó impaciente, como si le molestara aquella peligrosa conversacion, que podia ser oída por los demas soldados; y acercándose á ellos para disimular su desagradable im-

presion, exclamó en tono alegre dirigiendo la vista á lo largo del camino:

—Ved, ya se encuentra Lupo junto á la bella Phorcía: raro será que no salga arañado de manos de esa gatita, hermosa como Vénus, fria é indiferente como una estatua.

Todos volvieron la vista en la direccion que Floro indicaba, porque la hermosa doncella tenía la propiedad de atraerse las miradas de los hombres y de excitar la envidia de las mujeres, por su belleza y singular virtud, siendo ejemplo de entereza cuando se trataba de rechazar los amores de los romanos.

Venia sola casi todas las tardes á llenar su cántaro á la fuente, donde saludaba con afabilidad y dulzura á las jóvenes de su edad y á los ancianos que algunas veces la acompañaban al regreso; pero cerraba los oidos á la galantería de los soldados y á las impúdicas frases que de diferentes labios salian, aprendidas en la escuela de las licenciosas costumbres de Roma. Al mostrarse indiferente la bella lauronesa á las declaraciones, á las pullas y á las insolencias de los soldados romanos, parecia manifestar que un secreto embargaba su corazon, cautivo tal vez de algun gallardo doncel que nadie conocia ni oyó nombrar nunca, de lo cual se deducia erróneamente quizá que Phorcía estaba enamorada de alguna ilusion, no solo desconocida de todos, sino probablemente de ella misma. De este teson que mostraba la jóven nació en muchos romanos el deseo de enamorarla, pero inútilmente: todos salieron desairados, hasta que el soldado

Lupo, sin mostrarse jactancioso y sin apenas revelar su secreto á nadie, tomó á empeño enamorar á la bella desdeñosa, quizá porque realmente se sintiese ya subyugado.

Buscó Lupo alguna ocasion favorable para hablar á la jóven, y aunque sufrió el mismo desaire que los otros, no desistió de su intento, antes renovó sus pretensiones dispuesto á ganar terreno. Ya le hemos visto sentado en el suelo cerca de la fuente, fija la vista en el horizonte de su esperanza, mientras no apareciese á lo lejos la hermosa doncella, objeto de sus miras, por la que sentia violenta pasion, como herido en el alma por el rayo de sus amores.

Cuando el soldado se alejó de aquel sitio para salir al encuentro de la jóven, buscando el atajo, venia Phorcia efectivamente con un ligero cántaro de barro saguntino, en busca de su provision de agua que tomaba de la fuente. Nadie la acompañaba cuando la distinguió Lupo; y á medida que se aproximaba á la jóven sin ser visto de ella, sentia que su corazon se inflamaba, y parecia querer salirse de su centro á la vista de aquella beldad más perfecta que las estátuas mejor acabadas de Roma y de la Grecia.

Era blanca, con ese tinte sonrosado peculiar de las mujeres celtas, que al lado de los tipos rubios de la raza sajona ó gótica, las hace parecer morenas. Sus negros cabellos recogidos en ondulosas trenzas, caíanle graciosamente hasta cerca de sus hombros, haciendo resaltar la blancura de su torneado cuello, al que llevaba ceñido un sencillo collar de jacintos, diminutas pie-

dras semejantes al coral, y esmeradamente labradas por la naturaleza, como pudiera hacerlo el artífice más escrupuloso al tallar en forma cónica sus ocho triples facetas. Sus ojos negros y brillantes como luceros, se hallaban velados por largas pestañas que se inclinaban humildemente al menor asomo de rubor, como guardadores de aquel tesoro. Su boca era pequeña; labios encendidos que contrastaban con la blancura de sus finísimos dientes, pequeños y apiñados como sarta de perlas, escondida en un arca de púrpura, labrada por mano de los dioses. Vestía una túnica de exquisito lienzo de Setabís, larga hasta los piés, calzados con sencillas sandalias de piel de cordero, y toda ella presentaba extremada sencillez, tanto en su traje como en su tocado, revelando por su modestia y envidiable candor que pertenecía á la masa general del pueblo.

Caminaba la jóven con paso seguro y breve, cuando oyó que la llamaban por su nombre. Debió conocer sin duda el timbre de la voz, porque no respondió, y sin volver la cabeza continuó su camino. Notó sin embargo, por el ruido de las pisadas, que alguien la seguía, y así era en efecto, pues no tardó en alcanzarla un hombre á quien conoció sin mirarle, revelándole la sombra de su alta figura, que tenía junto á sí al soldado Lupo.

—Salud, bella Phorcía: los dioses se dignen guardarte como joya preciada de tu pueblo.

—¿Qué quieres, Lupo? Exclamó la jóven deteniendo el paso y dirigiendo una mirada enér-

gica y llena de altivez que cortó la osadía del soldado. Este se repuso en breve y contestó con toda la dulzura que le fué posible.

—Dirigirte mi salutacion y contemplar un instante las gracias de tu hermosura, si no te ofende que un pobre y rudo soldado como yo, indigno de besar tus plantas, te admire como una diosa puesta en el mundo para trastornar la razon de los míseros mortales.

—¿Eso quieres? Tu deseo está satisfecho: me has visto y me has hablado. Déjame.

—¿Por qué me arrojas así de tu lado? Yo te amo, Phorcía, y una palabra tuya me da la vida, y tu desden me desespera, me consume, me mata.

—Yo no puedo amarte, Lupo, y lo sabes ya. Si insistes en perseguirme, labrarás tu propia desventura, porque no está al alcance de los mortales el satisfacer imposibles.

—Esa declaracion me revela que amas á otro.

—Y aunque así fuera, ¿qué te importa!

—¡Oh! le buscaria para matarle.

—Nécio eres, si crees que por eso te amaría.

—Es verdad, no me amarías entónces; pero gozaría con la agonía de tu amor.

Una sonrisa amarga, casi lúgubre, asomó á los labios de la doncella.

—No te gozarás con la agonía de nadie, Lupo, ni tampoco debes abrigar la esperanza de obtener mi corazon.

—Phorcía, Phorcía, amiga mia, ¿qué impenetrable misterio te rodea en la primavera de

tu vida; qué profundo pesar anubla la luz de tus ojos, que así amarga los días de tu hermosa juventud y empaña tu rostro con el velo de una tristeza sombría? ¿Tienes penas? Yo las compartiré contigo. ¿Tienes agravios que vengar? Habla; el brazo de Lupo caerá armado sobre la cabeza del desdichado que te ofendiere sin reparar en condicion ni gerarquía, pues capaz soy por tu amor de atravesar el pecho del hombre más poderoso de la tierra, aunque fuera mi jefe, mi general, aunque se llamára Quinto Sertorio. Dime que deseas, Phorcía, y si nada tienes que vengar y mi brazo es impotente para satisfacerte, y mi corazón es harto rudo para consolarte, y mi condicion de soldado demasiado humilde para elevarte al rango de nobleza que mereces, y si nada pudiera hacer por tí el hombre que te ama y te pospone á la adoracion de los dioses, entónces, Phorcía, pide lágrimas á mis ojos, si así puedes secar las tuyas, y verás á Lupo, el soldado más fiero y terrible en las batallas, llorar como un niño amedrentado, hasta bañar tus piés con el torrente desprendido de mis ojos, ciegos por tí, á quien adoro, como una madre al hijo primero de sus entrañas.

Phorcía no contestó al razonamiento del soldado. Bajó los ojos, tristes y humedecidos, y por sus negros párpados asomó una perla líquida como el rocío del cielo, que desprendiéndose de su sitio rodó al fin por las mejillas, no obstante, su ligereza y disimulo en hacerla desaparecer con el anverso de su mano. Lupo sorprendió aquella lágrima; quiso hablar embar-

gado de inexplicable emoción, pero Phorcía le contuvo discretamente para que al romper su silencio no llamase la atención de las gentes que encontraban; y quizá por un sentimiento de ternura ó de simpatía, ó simplemente de discreción y de prudencia, se apartó del camino dirigiéndose á un grupo inmediato de frondosas y corpulentas encinas, á cuya sombra se sentó ó más bien cayó desplomada, buscando el apoyo de un robusto tronco donde reclinó la espalda.

Siguióla ciego de amor el romano, y se sentó junto á ella, pero á distancia respetuosa, como si no acabára de dar crédito á aquella prueba de deferencia, de amistad, de confianza, que realentaba su corazón trasportado á la realidad de un ensueño delicioso, por donde vaga en forma vaporosa la imágen de una ilusión fantástica. Fuera de sí, radiante de júbilo quiso arrojarse á los piés de la jóven, pero ella le contuvo otra vez con imperioso ademán, y ántes de hablar le puso un dique en los labios con una mirada dulce, propia de la tierna Hebe, á quien superaba en belleza, en juventud, en gracias y en ternura.

--Préstame atención, Lupo, y no me interrumpas hasta el fin de la confesión que voy á hacerte, y cuenta con que eres el primero que va á oír el secreto que encierra mi corazón, donde debe permanecer hasta el fin de mi vida.

—Habla, Phorcía; me tienes subyugado con las cadenas del amor: manda como señora, soy tu esclavo.

—Has logrado enternecerme y tus ojos han

sorprendido en los míos una lágrima.... Soy mujer y soy débil por naturaleza, pero mi espíritu es fuerte; y si mi complexión puede engañarme, mi voluntad y mi razón son superiores á mi organismo, y todo en mi sér queda subordinado al cumplimiento de mis deberes. Podrás creer que al separarme contigo á un lado del camino, arrostrando las miradas escudriñadoras y las murmuraciones de las gentes que nos ven sólos y apartados, podrás creer, digo, que acepto en principio el amor que me ofreces con el apoyo de tu brazo y la esclavitud de tu corazón. ¿No es así?

—Mi vida es tuya, Phorcía.....

—Escucha, Lupo: Phorcía no puede ser de nadie. Amó una vez, ama aún, amará siempre, y ningun mortal conseguirá nunca hacerla quebrantar la fidelidad, que debe á sus juramentos.

Del pecho del soldado se escapó un rujido sordo y reconcentrado, semejante á la amenaza del león. Phorcía sin dar importancia alguna á la protesta del romano continuó con calma su interrumpido relato.

—Tú no conoces al dueño de mi amor. Nadie le conoce..... porque no existe, no existe para el mundo y las gentes: pero vive en mi corazón, donde guardo su memoria como en el tabernáculo de mi amor, que es su templo. ¡Si supieras qué hermoso es, qué gallardo, qué tierno le contemplan los ojos de Phorcía! ¡Qué mirar tan dulce, qué expresión la suya, que flexible y sonora su voz, qué encanto el de su acento!

—¡Por Júpiter celestel!

—Oyeme, Lupo: quiero que conozcas á Belaro.

—¡Belaro es su nombre! ¡Oh! Yo sabré encontrarle.

—Sí, le encontrarás, cuando tu cuerpo convertido en espíritu, vague errante por los espacios imaginarios durante una eternidad.

—¡Ha muerto!

—No; su vida durará tanto como la mia, porque sólo su memoria alienta mi espíritu, y sólo por él late mi corazón. ¿No te lo he dicho? Era Belaro, mi amigo y compañero de la infancia: juntos crecimos y nos amábamos ya antes de nacer. Belaro no podía vivir sin su amada; Phorcía sólo vivía cuando se hallaba junto á Belaro, y los dos teníamos siempre un solo deseo, y una sola voluntad era la de entrambos. Así trascurrió llena de dulces encantos y de tiernos atractivos la dichosa edad de la infancia, hasta que el niño se hizo hombre y la niña llegó á mujer. Su familia y la mia trataron de unirnos para siempre, cuando ya lo estábamos por los vínculos del más puro y acendrado cariño; por el sublime sentimiento del amor. Eramos dos cuerpos en un sólo espíritu: habíamos nacido para amarnos siempre, y hubiéramos sido envidia de los dioses, si el hado impío no se opusiera á nuestra dicha. Un edicto de Roma llamó al servicio militar á la juventud española, y Belaro conscripto por la dura ley de las armas, fué arrancado de mis brazos y arrastrado á tierras muy distantes, para morir

lejos de su Phorcía, transido de pena y de dolor. Mis lágrimas y mi desesperacion no impidieron que Belaro fuese trasportado á las regiones de la Grecia, donde luchó como soldado en las huestes de Sila: allí, en aquella guerra terrible y sangrienta encontró la muerte peleando con un enemigo á quien no conocia y al que ningun daño habia hecho. La infausta noticia trajéronla otros soldados de Edeta, como él, pasados de aquel ejército á las banderas de Sertorio, para sacrificar su vida en defensa de la pátria. Cuando recibí la nueva creyeron mis parientes que moriria yo tambien, y se engañaron: ni he muerto, ni lloré. Sonreí como una loca, sujetándome con ambas manos las sienes, porque yo veia á Belaro junto á mí, le sentia dentro de mi sér, y oí clara y distintamente el timbre sonoro de su voz, recordándome un juramento sagrado que ofrecí cumplir y cumpliré.

— ¿Qué juramento era ese, si puedes revelármelo?

Hizo Phorcía una pausa larga como si reconcentrara su memoria y sus fuerzas en sí misma; exhaló un débil suspiro ahogado en lo más profundo de su pecho, y continuó:

— Casi niños aún, vagábamos cierto día como alegres cervatillos por la aspereza del monte, que se alza enhiesto sobre la ciudad. Rendidos por el cansancio y el calor, venimos á sentarnos al pié de un olivo que se distingue desde aquí, en aquella colina, altivo y corpulento como gigante palmera, lozano y frondoso como un bosque de grata frescura, cuya sombra convi-

daba al descanso. Él se apoyó en el tronco del árbol y yo incliné la cabeza sobre sus rodillas. Belaro comenzó á tañer la flauta pastoril, cuyos sonidos envidiaban las aves canoras, pues superaban sus trinos á los del jilguero y el ruiseñor. Trasmitíale Morfeo las notas de su celeste tañido, y al arrullo de tan grata melodía inclináronse mis párpados, rindióme el sueño y me quedé dormida. Arrobadada de ventura bajo la custodia de mi amado, no pude observar que, dichoso como yo, dejó de tañer para contemplarme, y fijos sus ojos en mí y oprimiendo mis manos entre las suyas, reclinó su cabeza sobre el tronco del olivo; cerráronse tambien sus párpados, y su espíritu quedó trasportado á una region de ventura desconocida de los mortales. Belaro y yo nos quedamos dormidos en alas del blando céfiro, que agitaba sobre mi frente los bucles de mis cabellos. El sueño fué largo y profundo, mecido por las auras de la diosa Hebe que velaba por nosotros, protectora de nuestra dichosa juventud. Ambos sonreimos al despertar, y movidos por un mismo sentimiento, contemplamos las ramas de aquel árbol bienhechor, que nos dió sombra y reposo, librándonos de los rayos de un sol abrasador.

—De hoy más, dijo Belaro sonriendo con amorosa expresion, conservará para mí este árbol un recuerdo querido que no olvidaré nunca. «Estas ramas frondosas, diré siempre, han protegido el sueño de Phorcía, dulce y tranquilo como el de un niño en el regazo materno.»

—De hoy más, añadí, me acordaré siempre que el tronco de ese olivo sirvió de apoyo á tu cabeza cuando la mia descansaba sobre tus rodillas.

—Que los dioses, continuó diciendo, se sirvan protegernos como hasta aquí, sin interrumpir jamás el dulce afecto que nos profesamos; y si el destino me reserva dias amargos en el sendero de la vida, quiera el poderoso Júpiter darme la muerte ántes de ver á mi Phorcía cautiva de otro amor.

—Y yo pido á los dioses cieguen ántes mis pupilas si he de verme esclava de otro hombre ó á Belaro aspirando las caricias de otra mujer.

Belaro me abrazó con ternura al oír la expresion de mi inquebrantable voluntad. Con la hoja de su cuchillo comenzó entónces á herir suavemente la corteza del tronco donde reclinara su cabeza hasta dejar trazado un signo. Cuando le hubo terminado, extendió las manos con solemne gravedad y exclamó:

—Por este signo, que vivirá más que nosotros, y podrán contemplar nuestros hijos y nuestros nietos, juro solemnemente, y pongo por testigos á los dioses, no amar jamás á otra mujer que á mi bella Phorcía, á la que guardaré eternamente la fe de mi amor.

A mi vez cogí el cuchillo, tracé otro signo en el tronco del árbol, y repetí su juramento.

—Por los dioses que nos oyen, dije, juro solemnemente no amar jamás á otro hombre que á mi gallardo Belaro; y si los incomprensibles

misterios del destino nos tuviesen reservado el separarnos en vida ó en muerte, ofrezco erigir en este sitio un templo á las Ninfas para encerrarme en él y consagrar mi corazón eternamente á la memoria de Belaro.

Todo esto se presentó á mis ojos cuando recibí la funesta nueva de la muerte de mi amado; y en vez de llorar sonreí, porque habia cumplido su juramento; murió, sí, pero amándome como siempre, sin pertenecer nunca á otra mujer. Ahora me toca á mí, y aún sonrío de felicidad cuando pienso que voy á encerrarme en el templo que mi amor le erige, donde viviré tranquila con su memoria, donde espiraré al fin amándole con toda la ternura de mi corazón. Este es el secreto que ofrecí comunicarte, Lupo, para que desistas de un amor que no será jamás correspondido, porque no puede pertenecer á otro hombre la amada de Belaro.

—Phorcia, Phorcia, tú no puedes resolverte á sacrificar tu juventud y los dones de tu hermosura por una simple promesa; por una palabra imprudente, pronunciada en un raptó de locura, cuando apenas tenías uso de razón. No, Phorcia; repugna á los dioses aceptar tamaño sacrificio, ofrecido en los dichosos días de tu infancia.

—Alza la vista, Lupo; dirige tu mirada hácia aquella colina: observa el gigante olivo, cuyo robusto tronco contiene el signo de mi juramento. ¿Le contemplas bien? Díme qué descubres cerca del árbol.

—Un muro blanco; una obra en construcción.

—Es el templo que consagro á las Ninfas, el cual servirá de morada y de sepulcro á la constante Phorcía, á la amada de Belaro.

III.

La noche extendía ya su oscuro manto cuando Phorcía terminó la relación de sus amores, para expresar al soldado romano que las mujeres de corazón sólo aman una vez, y que nadie en el mundo podría alcanzar jamás su mano.

Se acercó la jóven á la fuente, llenó su cántaro y se retiró á buen paso hácia su casa, donde la esperaban sus padres.

Lupo la siguió con la vista hasta que la jóven traspasó el dintel de su hogar, cuyo modesto y pequeño edificio parecióle al soldado más hermoso y envidiable que el soberbio Capitolio, y superior á todos los palacios de Roma. Retirábase ya de aquel sitio, fija aún su mirada en la pequeña mansion de la hermosa doncella, cuando sintió que una mano pesada se posaba en su hombro y una voz áspera le saludaba amistosamente. Volvióse el soldado y se encontró con la mirada de Lucio.

—Conozco los desdenes, dijo, de la hermosa jóven por quien suspiras, y paréceme, por mi experiencia de soldado, que ciertas fortalezas no se rinden por la fuerza de las armas, sino por el ingenio del que las sitia.

—¿Qué quieres decir, Lucio?

—Que me basta ver el abatimiento de tu semblante para saber que no eres afortunado

en tus amores, ó lo que es lo mismo, la plaza no se rinde ni se rendirá si no recurres á un ardid de tu ingenio, una estratajema de conquistador.

—¿Te has encontrado alguna vez, Lucio, en situacion análoga á la mia?

—No sólo alguna, sino muchas, y si te resuelves á seguir mis consejos, te prometo y aseguro que serás dueño de Phorcía.

—Habla pues.

—Servicio por servicio, Lupo. Ayúdame en una empresa que pienso llevar á cabo, y Phorcía será tuya.

—Tienes mi palabra.

—Y tú la mia. Se trata simplemente de arrebatarle á Sertorio su cierva blanca.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Tienes ya trazado el medio?

—No, pero lo discurriremos entre ambos.

—Discurrámoslo.

Los dos soldados echaron á andar pausadamente hablando con gran interes en voz baja.

Era indudable que maquinaban alguna infame y horrenda perfidia, de las que cuestan á los pueblos torrentes de sangre y grandes desventuras, pues el inocente animal, al que tanto cariño tenía su dueño, representaba á los ojos de los sencillos españoles el papel de la diosa Diana, y si la cierva desaparecía, corria gran riesgo el ilustre general de perder su crédito y su prestigio entre aquel pueblo que tan bizarramente le defendía, habiendo jurado perecer

todos primero que desampararle y abandonar su causa.

Miéntas tramaban los dos soldados su ale-
vosa é inícuá traición, había terminado la bella
Phorcía su frugal cena, y se hallaba al lado de
sus padres, sentados los tres en el pequeño jar-
dín de la casa, bajo el hermoso techado de una
parra pródiga de fruto, y cuyo tronco se levanta-
ba lamiendo la pared para que sus ramas se
extendiesen sobre las cañas tendidas sobre cua-
tro ligeras pilastras de piedra, formando el em-
parrado un alegre vestíbulo entre la casa y el
jardín, y el cenáculo de la familia en los her-
mosos días de verano.

Reclinada la jóven sobre una de las pilastras,
contemplaba con ojos tristes el astro de la no-
che, cuya luz refulgente daba de lleno en su
rostro pálido por los rayos de la luna. Parecía
contrariada por alguna discusión de familia, á
juzgar por el despecho que revelaba en su figu-
ra y el abandono en que se hallaba algo dis-
tante de sus mayores.

Su padre, viejo soldado que representaba
haber cumplido sesenta años de edad, había
servido en las legiones de Roma, como muchos
españoles de aquellos tiempos, y cuando ya
terminaba la campaña y disponíase á regresar
al seno de su familia, quiso su mala estrella que
fuese trasladado á los pueblos de la Iliria, con
el ejército que mandaba Lucio Metelo, el cual
sujetó con sus legiones á los dalmacios, por
cuyas victorias le dió Roma el sobrenombre de
Dalmático y los honores del triunfo. El soldado

laurónés perdió en cambio una pierna en aquella guerra, amputada por el enemigo, y no fué poca fortuna para él curar de su herida, y recorrer jornada tras jornada el largo camino que média entre aquellos países y la Edetania, llegando por fin, despues de largos años de ausencia y tras una marcha tan penosa como insufrible, á su ciudad nativa, donde se presentó con una pierna de palo y grandes fatigas en su cuerpo, de las que pudo reponerse un tanto bajo el benéfico techo de la casa paterna.

La pierna amputada no fué obstáculo para que el veterano contrajese matrimonio en breve con una jóven lauronesa, de cuya union nació la bella Phorcía, nombre que tomó del de su padre, llamado Phorcio, y del que se derivaban casi siempre los de los hijos y nietos, y éste es en muchas familias el origen de sus apellidos.

Los primeros años de matrimonio pasáronlos contentos y felices los dos esposos con el fruto de su amor; pero con el tiempo abriéronse las heridas del pobre lisiado, y vinieron los achaques de su mujer, y su hija Phorcía, tesoro de aquella casa, cuidaba de sus escasos bienes y atendia solícita á las necesidades de sus ancianos padres.

Al par de estos cuidados atendia igualmente la virtuosa doncella á la construccion del templo que pensaba erigir á las Ninfas, en cuyas obras invertia una buena parte de sus bienes, no sin arrostrar el enojo del anciano que no podia conformarse con la irrevocable determinacion de su hija. Esta era la causa de la contra-

riedad que parecía manifestar la doncella en el instante en que la presentamos en el jardín de su casa, iluminado su rostro por el pálido resplandor de la luna.

—Es una locura lo que estás haciendo, Phorcía, decía con aspereza el anciano; imperdonable en mí que te la tolero, cuando debí haberte prohibido rotundamente que prosiguieses esas obras en las que consumirás el corto caudal de tus bienes.

—¿Y para que los quiero, y en qué puedo invertirlos mejor que en labrar un templo dedicado á las Ninfas que me sirva de morada y de sepultura?

—¡Sepultura...! Nunca á los veinte años se comprende el valor de esa palabra que indiférentemente pronuncias. No has meditado bien lo que es encerrarte para siempre entre cuatro sombrías paredes, cuando apénas has vislumbrado la primavera de tu vida.

—Lo tengo bien meditado, padre; estoy identificada ya con esta idea, y resuelta estoy á llevarla á cabo, en cuanto quede terminado el templo.

—¡Pero no comprendes que para dar cima á las obras que has emprendido no alcanzan ni con mucho todos nuestros bienes!

—Tambien he discurrido sobre ello, y pienso que terminaré la obra sin sacrificar vuestra hacienda.

—Pero hija, añadió con ternura la madre, eres ingrata con nosotros, pues quieres abandonarnos cuando más necesitamos de tu cariño.

Si resuelves encerrarte en ese templo, en mal hora ofrecido por tu loca pasión, ¿quién nos asistirá en nuestra vejez? ¿Quién cerrará los ojos de los ancianos el día de su muerte?

—¿Qué hariais en este caso si fuese yo esposa de un extranjero y hubiese sido trasportada á tierras distantes?

—Nos consolaria tu felicidad.

—¿Y quién os asegura que yo sería dichosa?

—Basta de suposiciones, exclamó enojado el anciano. Yo no consiento que lleves á cabo tu extraña locura: esta es mi resolución y no hay porqué hablar más de ello.

—Si tú lo mandas, tu hija te obedece; pero busca el medio de desenojar á los dioses y de disculpar un acto sin disculpa. Los votos siempre son votos y es forzoso cumplirlos.

—¡Voto imprudente y temerario!

—Bien; que se cumpla el voto, si así lo quieren los dioses; pero no será hasta despues de mi muerte.

—Como gustéis, padres míos; esperaré tranquila hasta que espire el plazo fatal de vuestros días, en tanto continúan con harta lentitud las obras del templo; pero mucho temo que enojados los dioses con mi falta de resolución, no se venguen de nosotros castigándonos con alguna tremenda desgracia.

—¿También vaticinios? Bueno, nos resignaremos con la voluntad de los dioses.

El anciano se levantó arrastrando su pierna de palo: cerró la puerta exterior de la casa; hizo lo mismo con la del jardín, y se retiró á

su aposento seguido de su mujer, no sin dar antes un beso á su hija, que se retiró igualmente á su estancia, arrasados los ojos en lágrimas.

Un momento despues reinaba el más profundo silencio en aquel modesto hogar, por cuya puerta pasaba un soldado romano, que deteniéndose un instante, exclamó con expresion de alegría salvaje.

—¡Phorcia, serás mía, á pesar de tus promesas y juramentos!

Aquel soldado era Lupo. Pronunciado que hubo las anteriores palabras, dirigió una última mirada á la casa de Phorcia, y oprimiéndose el corazon con ambas manos, salió á buen paso de aquella calle que quedó poco despues completamente desierta.

IV.

No era incierto el rumor que corria en boca de los soldados de Sertorio, acerca de la venida á Valencia de un ejército romano, acaudillado por el jóven y afamado Pompeyo. Era indudablemente Quinto Sertorio el primer general de su tiempo, y fiado en sus fuerzas y en su capacidad contaba con vencer fácilmente á su enemigo, á quien llamaba con mofa *aprendiz de Sila*, y se reía de sus pocos años. No era sin embargo nada despreciable el jóven general, pues á más de su génio militar traía un ejército de treinta mil infantes y mil caballos, cuyas fuerzas debian maniobrar en combinacion del

ejército, no ménos numeroso, que por acá militaba á las órdenes del procónsul Quinto Metelo encargado de hacer la guerra á Sertorio. Este tenia tambien á sus órdenes un famoso capitán llamado Perpena, y los hermanos Hirtuleyos, y otros distinguidos guerreros, con lo que se reunió en las riberas de Valencia lo más escogido de la milicia romana, eligiendo unos y otros estos campos como palenque de grandes batallas, donde iba á decidirse el triunfo de Sila ó de Mario, y la suerte de España y de Roma.

Reunidas luégo las formidables huestes de Pompeyo y del procónsul, no les fué difícil rendir algunas plazas, adictas hasta entónces á Sertorio. Codiciaba, no obstante, Pompeyo, la ciudad de Laurona, como base de sus operaciones en el país, por ser aquella plaza capital de la Edetania, y no convenia á sus proyectos el ponerla sitio, porque allí acudiria Sertorio con sus aguerridas fuerzas, y se exponia á sufrir un descalabro, atacado á la vez por los sertorianos y lauroneses, ó sea por el frente y la espalda. Necesitaba, pues, apoderarse de la ciudad por medio de un golpe de mano que no encontraba en su mente, y la casualidad vino á ofrecerle cuando ménos lo pensaba.

Un soldado de Sertorio llamado Lucio, á quien ya conocemos, se presentó en el campo de Pompeyo ofreciéndole la cierva de Sertorio para que la comiese, y desapareciendo el inocente animal, perdia su dueño todo su prestigio en el país, por cuanto creían los sencillos

españoles que la dócil cierva era nada ménos que la diosa Diana.

—Espera, dijo Pompeyo iluminado por una idea de las que acuden con frecuencia á la mente de los grandes hombres. Si pierde Sertorio su querida cierva, creerán los españoles que le abandona su protectora Diana, y no querrán seguirle si les falta la proteccion de la diosa.

—Precisamente.

—Pero si observan que la cierva se halla en mi campo, creerán entónces que soy yo el protegido de aquella deidad, y los que hoy militan bajo sus banderas deberán abandonarle para pasarse á las mias.

—Así debe ser, general.

—Pues no conviene quitarle la vida á la inocente cierva. Al contrario, debe vivir y permanecer á mi lado para que la vean y la contemplan bien los españoles.

—Sois un grande hombre, general.

—Dime, ¿tiénes tú algunos amigos en la ciudad de Laurona?

—Pertenezco á la guarnicion de la plaza, y conozco algunos de mis camaradas que sólo aguardan la aproximacion de vuestras tropas para abandonar las filas de Sertorio.

—Vuélvete á Laurona, y prepara á tus camaradas; yo me aproximaré al instante á los muros de la ciudad, al frente de mis tropas, llevando á mi lado la cierva blanca; si la poblacion se desconsuela viéndola en mi poder, sacad vosotros todo el partido posible de la situacion, y haced por entregarme la ciudad. Vete.

—Todo se hará como deseais, general,

—Cuenta con el empleo de centurion si esta noche soy dueño de la plaza.

—Voy, señor, á disponer el alojamiento.

Pompeyo movió efectivamente sus fuerzas, y se aproximó á Laurona, cuyos habitantes quedaron desconcertados al observar que acompañaba al general romano la blanca cierva de Sertorio. Algunos soldados prorumpieron en alaridos, quejándose amargamente de que les abandonaban los dioses protectores del enemigo, al que era forzoso rendirse para no arrosar la ira celeste. En un instante cundió en la ciudad la más espantosa confusion, á favor de la cual una mano traidora abrió las puertas por donde se precipitaron los soldados de Pompeyo, quedando dueños de la plaza.

Al recibir la nueva de aquel desastre, debió creer Sertorio que se eclipsaba su buena estrella; no sintiendo tanto la pérdida de la ciudad como la desapariciou de su querida cierva, por las funestas consecuencias que podia reportarse. Se armó sin embargo de aquel valor heroico que le era peculiar, disimuló el estado de su espíritu, y preparó sus huestes para reconquistar á Liria y batir á sus enemigos.

Pompeyo á su vez no se dejó fascinar por el brillo de sus laureles; creyó haber herido en el corazon á Sertorio tomándole la importante plaza de Liria, y proponiéndose herirle en la cabeza, vino á buscarle a sus propios cuarteles, estableciendo su campo en Palancia, á las mismas puertas de Valencia. Uno y otro se espia

ban sus movimientos respectivos, pero era Sertorio más sagaz, aunque no era Pompeyo menos valiente.

Habíanse apercebido ya los españoles de la pérdida de la cierva, y murmuraban inquietos y mostrábanse abatidos, y temerosos del éxito de la lucha, habiéndoles abandonado, como ellos decían, la diosa Diana. Comprometido se hallaba ya Sertorio cuando llegó su segundo Perpena con gran golpe de gente reclutada en la Bética; y reuniendo Sertorio sus formidables huestes, dejó á Pompeyo entretenido en sus cuarteles de Palancia, y marchó sobre Liria al frente de sesenta mil hombres y ocho mil caballos.

V.

En nada menos podían creer los habitantes de Laurona que en la aproximación á la plaza de las tropas de Sertorio. Seguras y confiadas se hallaban las fuerzas de la guarnición, descansando bajo la vigilancia de Pompeyo, á quien creían batiendo á Sertorio en su campamento de Valencia.

A la hora en que los rayos de Febo extendidos ya por el Oriente, bañaban con su espléndida luz los feraces campos de Laurona. presentáronse en la modesta vivienda de Phorcía algunos soldados acompañados de un centurion, el cual penetró sólo en la casa dejando los soldados en la puerta. En tono familiar y respetuoso á la vez, el centurion pidió un jarro de

agua al veterano Phorcio, que tenía la debilidad de reanimar su espíritu, y parecía rejuvenecerse cada vez que veía el uniforme y armamento que él había usado en sus años juveniles. Al instante llamó á su hija para que sirviese el agua al centurion y á sus soldados, que revelaban encontrarse de servicio.

Disponíase Phorcia á llenar un jarro, pero el centurion excusando cumplidos, cogió el cántaro de manos de la jóven, diciendo:

—Aquí mismo beberé; no te molestes.

Cuando hubo bebido, alargó el cántaro á los soldados, que bebieron tambien, más al pasar á manos del último, resbaló el cántaro y vino al suelo, dónde quedaron los tiestos hechos añicos.

—¡Mil rayos! exclamó el centurion. ¡Mal haya la torpeza del miserable que así cuida de los bienes ajenos! ¡Salid corriendo en busca de otro cántaro para entregárselo á esta jóven en cambio del que habeis roto. ¡Vivo!

—No tomeis á pecho, señor oficial, una falta tan baladí que en nada afecta á los actos del servicio, replicó el anciano Phorcio. Se ha roto el cántaro, pues se reemplaza con otro, y en paz.

Pero ya los soldados habian salido en distintas direcciones, regresando de allí á poco con otro cántaro igual ó parecido al que acababan de romper.

—Toma, hermosa jóven, dijo el centurion, sólo siento y me aflige grandemente entregártelo vacío.

—El remedio es fácil y breve, replicó el veterano. Mi hija irá en un instante á la fuente y lo traerá lleno.

—Bien haya tu amabilidad, noble Phorcio. Mis soldados pueden servir de escolta á tu bella hija, si no gusta de ir sola á la fuente.

—Sí, gusto de ir sola. Esperadme aquí si queréis más agua, que pronto vuelvo.

Salió la jóven con el cántaro mientras su padre continuaba su conversacion con los soldados.

—Si no me equivoco, exclamó, os he visto otra vez con más humilde uniforme. ¡Por vida de Bacol! Sois el soldado Lucio.

—Hélo sido. Hoy soy centurion, como ves, del ejército de Pompeyo.

Veterano y centurion se engolfaron en larga plática acerca de los azares de la guerra, discutiendo principalmente sobre las cualidades de Pompeyo y de Sertorio y la razon que á cada uno asistia y las probabilidades de éxito en cada uno de los bandos. Pasaba el tiempo entretanto y la doncella no volvía. Disponíase el buen viejo á encaminarse á la fuente para salir en su busca, cuando se oyó la voz de alarma de los centinelas y un grito de asombro en toda la guarnicion al ver aparecer, muy cerca ya de los muros de la ciudad, el formidable ejército de Sertorio.

Todos volaron á sus puestos, y el centurion pálido y demudado, salió tambien con sus soldados sin despedirse siquiera del viejo, que se encaminó cojeando á la fuente cuando ya se hallaban cerradas y en estado de defensa las puertas de la ciudad.

—¡Mi hijal! ¡Dios de los dioses, protege á mi hijal!

Instó y suplicó el anciano porque le dejasen salir en busca de Phorcía pero ni ruegos ni lágrimas bastaron para hacerse abrir las puertas de la plaza, hallándose ya tan cerca Quinto Sertorio con sus sesenta y ocho mil hombres.

VI.

La bella Phorcía habia sido víctima de una infamia cobardemente tramada por el traidor Lucio y su compañero Lupo, autores del robo de la cierva de Sertorio y de la rendicion de Laurona á las armas de Pompeyo.

Fecundo en ardides el cobarde Lucio, buscó el medio de hacer salir á Phorcía y dirigirla á la fuente á la hora en que aquel camino debia encontrarse desierto, porque todas las familias se hallaban abastecidas de agua hasta la caida de la tarde en que salian las jóvenes á renovar aquel indispensable artículo. Confiada y tranquila llegó Phorcía á la fuente, sin observar que alguien acechaba sus pasos, y corria la infeliz á su perdicion si no se dignaban los dioses protegerla en su desventura.

Al colocar su cántaro bajo el caño de la fuente, salió del bosquecillo inmediato el soldado Lupo con su casco dorado y el uniforme de centurion, que debia como su amigo Lucio, á un acto de infamia y de perfidia.

—Salud, bella Phorcía. Los dioses protecto-

resde tu juventud y de tu belleza, te guarden de todo mal y protejan tu ventura.

—¡Ah! exclamó admirada la jóven.

—¡Te extraña ver la prosperidad de mi carrera y mi uniforme de centurion que troqué por el de simple soldado! Todo para tí, bella Phorcia; á tu amor debo este cambio de fortuna, y tal vez llegue á brillar aún en mi dedo el anillo de caballero romano.

—Guárdalo todo para tí, Lupo, y quieran los dioses llevarte al colmo de tus deseos.

—Nada ansío ni quiero sin tí, y todo he de conseguirlo por tu amor; único estímulo que me alienta y me anima.

Phorcia no replicó, cogió el cántaro para marcharse, pero Lupo habíase colocado en el centro del camino cortándole la retirada.

—Espera, Phorcia; quiero que me des tu palabra de amarme un tanto en más ó en ménos, haciendome abrigar la esperanza de que llegarás á ser mia.

—¿Estás loco, Lupo? Sabes que no puedo amar á nadie.

—A mí sí.

—¡Nunca!

—Estoy dispuesto á arrastrarte conmigo de grado ó por fuerza, y serás mia.

—¡Miserable! Serías capaz.....

—Dirige la vista en torno tuyo. Nadie, ¿lo ves? El camino está desierto; nadie puede venir en tu auxilio ni oponerse á mi voluntad, que es amarte.

—¡Socorro! ¡Socorro!

—Es inútil, Phorcía: yo te amo y los dioses me protegen entregándote á mí para que seas mía.

Y cogió á la jóven por la cintura y la introdujo en el inmediato bosquecillo, umbrío, solitario y silencioso, como si la verde espesura hubiese sido creada para encubrir una infamia y un crimen.

Continuó la infeliz víctima pidiendo socorro á grandes gritos, pero la voz se le anudó al fin en su garganta, se consideró abandonada del cielo y de la tierra, y próxima á sucumbir á la torpe pasión del soldado, apeló á un recurso heróico del que sólo hay ejemplo en las edades antiguas. Introdujo las uñas en sus espantados ojos, y los arrancó de sus órbitas para arrojarlos á la faz del soldado.

Mudo de espanto, de terror, de coraje y de repugnancia, retrocedió el seductor ante la horrible vision, asquerosa y ensangrentada, poco ántes tan hermosa, tan sublime como la deidad más preciada de los dioses inmortales.

El dolor agudísimo de la doble herida arrancó á la jóven un grito disforme, penetrante y lastimero que resonó á larga distancia, al cual siguió una série de agudos y prolongados gritos. Lupo quiso huir, sin saber á dónde; sintió que un escuadron de soldados se le echaba encima, y corria dando vueltas el infame desdichado sin poder abandonar el lugar del crimen.

La tropa le alcanzó luego. Eran soldados de Sertorio que venian á custodiar la fuente para proveer de agua el ejército. La desventurada

doncella fué sacada del bosque en aquel estado de lástima y de terror, con sus ojos vacíos y ensangrentados, colgando aún los globos, poco há tan brillantes, tan llenos de luz y vida, tan hermosos.

En aquel mismo instante llegaba á aquel sitio, con su brillante cohorte el general Sertorio.

—Buen Júpiter, ¿qué significa esto? exclamó.

En dos palabras le enteró la jóven de lo ocurrido, y como le sobreviniese un desmayo, hijo de su intenso dolor, ordenó el general la trasportasen cuidadosamente á su tienda donde fuese asistida con todo esmero, y que preparasen un madero donde crucificar al soldado, reconocido ademas como traidor, en tanto disponia la batalla antes de formalizar el sitio, pues le acosaba de cerca con numerosas tropas el jóven Pompeyo.

VII.

Ordenó Sertorio sus legiones, distribuyó sus haces y preparó como hábil caudillo la línea de combate para dar la batalla á su enemigo que venía en su busca desde la ciudad de Palancia.

Y la batalla se dió, terrible, sangrienta y empeñada, pero siempre inclinada la victoria del lado de Sertorio. Pompeyo herido en un muslo demostró su valor y su genio militar, pero con todas sus cualidades hubiera quedado vencido y deshecho sin el eficaz auxilio de Quinto Metelo que llegó á tiempo de salvar el ejército

romano, aunque no le fuese dado arrancar el laurel de la victoria.

En esta batalla, una de las más famosas de aquel tiempo, hubo peripecias que recuerdan siempre los historiadores. Tuvo Pompeyo un momento feliz en que consiguió desbaratar las filas de españoles que peleaban en el opuesto bando. Entónces Sertorio apostrofando á sus soldados gritó con voz de trueno:

—¿Dónde están esos españoles que han jurado morir en mi defensa? Id, id á vuestras casas, que para buscar la muerte basto yo sólo.

Y picando los hijares de su noble bruto, se lanzó sólo en las filas enemigas, donde fueron á buscarle para defenderle, los bravos españoles. Terminada la batalla y en fuga los enemigo, fué cuando Sertorio pronunció las célebres palabras viendo marchar á Metelo.

—Sin la venida de esa *vieja* ya hubiese enviado yo á ese *muchachuelo* muy bien azotado á Roma.

Sus soldados proclamaron el triunfo no tanto por el éxito de la victoria, cuanto por la aparición de Diana, de la blanca cierva, que escapada del campo enemigo venía saltando llena de gozo á lamer las manos del no ménos albóroza-do Sertorio. Feliz con el hallazgo de su querida cierva, hizo ver á los españoles que no le abandonaba su hermosa Diana, y animados todos con tan oportuna aparición, dispusieronse á dar el asalto á la ciudad de Laurona, seguros ya de la proteccion de los dioses.

El combate fué rudo y la resistencia obstina.

da. ¿Pero qué hazañas no llevará á cabo un ejército poseído de una fe ciega, inquebrantable, cuando cree que le asiste un poder sobrenatural é invencible? La guarnicion de la plaza se defendió desesperadamente, y su heróica resistencia no hizo sino agravar su situacion, pues creyendo Sertorio que la mayor parte de aquellos soldados eran traidores, pasados de sus filas al bando contrario, mandó pasarles á todos á cuchillo, empeñándose con esta órden cruel el rigor de la lucha, pues fué necesario sostener un combate en cada calle y en cada casa para desalojar á sus defensores á quienes la muerte pudo sólo rendir antes que entregarse á los soberbios vencedores. La poblacion quedó casi destruida en aquella lucha horrible, porque Sertorio castigó no sólo á los soldados que la defendian, sino también á sus habitantes, á quienes acusó de ligeros y volubles.

Terminada la pelea, y cuando la calma y seguridad personal comenzaba á renacer en la ciudad, salió de ella una mujer desolada, dirigiéndose á todo correr al campamento, en el cual penetró sin resistencia por parte de los soldados españoles, que le abrieron paso hasta la tienda de su general. Allí estaba tendida sobre la cama de Sertorio la pobre ciega, la infeliz Phorcía, á la que se abalanzó aquella mujer, quedando no obstante petrificada como si la hoja de un puñal acabase de penetrar en su corazón.

— ¡Hija mia! Phorcía... ¿Eres tu mi hija?

— Yo soy tu hija Phorcía, madre mia... y soy

feliz aún, pues si mis ojos no verán ya la luz del sol, ni la brillantez de las estrellas, ni el purísimo barniz de las flores, mi corazón en cambio es todo suyo, y nadie, nadie en el mundo, se atreverá á disputarle su posesion á Belaro.

—¡Hombres crueles! ¡Oh, que horrenda desgracia!

—¿Y mi padre, cómo no ha venido contigo?

—¡Infeliz de él... desdichadas de nosotras!

—¡Qué!

—Afanoso por buscarte, ha sido envuelto en la refriega que sostenian unos con otros soldados, y el hierro de una lanza homicida, ha venido á atravesarle el pecho.

—¡Muerto!

—Nuestra casa ha sido destruida, perdida nuestra hacienda, tú sin ojos... ¡Ah! mejor es morir, preferible es terminar aquí mismo la vida.

—No desespéres aún, buena mujer, exclamó la voz de Sertorio que penetraba en aquel instante en su tienda. Los dos soldados autores de las desgracias que te aflijen, acaban de ser crucificados afrentosamente, y sus cadáveres expuestos en el camino de la fuente para ejemplo de malvados y traidores. La vida de tu marido no está en mi mano el devolvértela, como la luz á los ojos de tu hija; pero ambas quedais bajo mi proteccion, y lo que se os antoje será hecho y en todo sereis obedecidas.

El general volvió la espalda para evitar á aquellas pobres mujeres la expresion de su gratitud, mezclada forzosamente con las lágrimas del más acerbó dolor.

Enterado más tarde de los deseos de Phorcía, mandó construir á sus expensas, un templo á las Ninfas, continuacion del ya comenzado á labrar por la virtuosa doncella, donde se encerraron y vivieron hasta el fin de su vida, la anciana madre y su desventurada hija.

De esta tradicion da cuenta una piedra recientemente descubierta en aquella parte del monte, sobre cuyas ruinas se labró más tarde la ermita de San Miguel de Liria, tan renombrada en toda la comarca.

Respecto de la virtuosa lauronesa, se encuentran memorias de su ruda heroicidad en todas las crónicas antiguas del reino de Valencia.

IV.

EL MESON DE LA CALLE DE SAGUNTO.

I.

Pocos viajeros y no muchos valencianos tendrán noticia de un recuerdo curioso é interesante que encierra entre sus muchas tradiciones la histórica y antiquísima calle de Sagunto, extramuros de Valencia.

Saliendo de la ciudad del Cid por la puerta y torres de Serranos, se encuentra á la bajada del magnífico puente del mismo nombre, y al otro lado del Túria, la entrada de la calle de Sagunto ó de Murviedro; nombre, con que ha sido designada por espacio de muchos centenares de años, desde el tiempo de los godos hasta la sétima década del siglo presente. Entre las primeras casas de la acera izquierda, destácase una de buen aspecto y área estensa, de moderna construcción, marcada con el número 25, de espaciosa entrada, para dar paso y cómodo albergue á los carreteros y caminantes que acuden á la ciudad del Túria, procedentes de Aragon y de las comarcas comprendidas entre este reino y el manso Guadalaviar, hábilmente sangrado por los árabes. La referida casa es un meson; utilísimo establecimiento donde halla el viajero abrigo, descanso y comodidad, como

una de las grandes ventajas que ofrecen al caminante los pueblos organizados; pues por indiferente que ello nos parezca, es la instalacion de las posadas uno de los servicios más importantes que prestaron á la sociedad los pueblos cultos.

Nadie que examine á la ligera la reciente construccion de la casa que nos ocupa, creerá, al ver su elegante y risueña fachada, que la planta baja es un meson; aunque así lo expresa una muestra de madera que á guisa de banderola sobresale de la puerta con un rótulo que dice: *Posada de Aragon*. En la parte superior de la fachada hay un retablo de azulejos con las imágenes de San Esteban y San Vicente mártir, con un *de* que precede al nombre de estos santos, y que parece revelar el que ántes de ahora llevaba el meson. No referiremos los cambios de dueños ni las vicisitudes ó prosperidades del referido edificio donde se encuentra la posada; pero sí conviene advertir, que no obstante su reedificacion, consiste su primera particularidad en que está destinado al mismo objeto desde hace ya muchos siglos: pudiéndose añadir con toda seguridad, que es el meson de la calle de Sagunto el más antiguo de cuantos subsisten en Europa y tal vez en todo el mundo.

Su espacioso patio, sus anchas cuadras y sus cómodos aposentos del piso bajo, han sido visitados y servido de albergue á gran número de generaciones de diferentes razas, sectas y familias; y en torno de la lumbre de aquel ho-

gar ó aspirando la brisa de las auras marítimas bajo el tachonado cielo de una noche de verano, hánse reunidos en el interior del meson, cobijados bajo un mismo techo, pasajeros de diversos pueblos, entre los que figuran los antiguos romanos, los vándalos, godos, árabes, moros de todas las razas, judíos, bohemios, castellanos del Cid, soldados de D. Jaime, acompañamiento de los embajadores, misioneros y potentados de lejanos y diferentes países. Si las paredes, el piso, el techo y los materiales de aquella casa pudiesen retener como el teléfono, los sonidos de todas las conversaciones que han resonado bajo sus arcos, para transmitirnoslas como ese preciado y hablador instrumento, creacion de la ciencia moderna, es indudable que constituirían todas ellas un libro más valioso, más científico, más interesante que cuantos puedan brotar de la inspirada pluma de los poetas y producir el talento de los sabios.

Pero á la mente del observador y del curioso acude una duda fácil de desvanecer al preguntarse, no sin cierto asombro de incredulidad: ¿Cómo se averigua la antigüedad del meson de la calle de Sagunto?

La respuesta es muy sencilla: Por medio de la tradicion, que justifica un monumento permanente en aquella casa, el cual viene á poner en claro algunos puntos hasta hoy oscuros de la historia de Valencia.

Junto á la puerta principal del meson se encuentra la segunda, más pequeña y estrecha que la primera, con la escalera que da ascenso

á las habitaciones de los altos. En el primer tramo, y empotrada en la pared, se descubre una columna de piedra toscamente labrada, como basa de una arcada secundaria ó de aposento interior, á la cual estuvo atado San Vicente, segun se lee en una inscripcion sobrepuesta que condensa en dos palabras la breve historia que vamos á referir.

II.

Toca á su término el año 302 de la era cristiana.

Una tarde fria, húmeda y desapacible, como suelen ser las del mes de Diciembre, anuncia á los habitantes de Valencia que la noche será aun más fria, cruda é insoportable para ellos, habituados á un clima suave y embalsamado como el de los jardines del Eden. Pero la inclemencia de un dia de riguroso invierno no impide á la población acudir casi en masa hácia la calle de Sagunto (nombre que ya llevaba en aquel tiempo), la cual se halla invadida de curiosos ó desocupados, al decir de los oficiales de justicia y dependientes del prefecto, á quienes enoja la presencia de tanta gente en aquel sitio. Y no es sólo la calle extramuros la que se halla invadida de familias de la ciudad: el puente de tablas levantado sobre el Túria, como débil broche que une las opuestas orillas, está igualmente lleno de curiosos; y por la extensa superficie del rio, cuyas aguas aparecen rojas y preñadas por las lluvias y las avenidas

de la estacion, surcan varias barquichuelas á remo y á vela, trasportando de un lado á otro nuevos concurrentes que se agolpan á la entrada del arrabal ó se extienden por las orillas del rio, dirigiendo la vista á la calle de Sagunto.

Toda esta multitud se halla contenida por algunos soldados y ediles encargados de mantener el órden y conservar libre el paso de la calle, dejando el espacio suficiente para que puedan transitar por el medio de ella dos hombres á caballo. No lo consiguen sin grande esfuerzo, y sin dejar de oír protestas é interjecciones por parte del pueblo, que murmura y se exalta ante las bruscas maneras de la fuerza pública; pero se apiñan unos sobre otros, cuando los soldados pasan, cierran los labios y obedecen.

—Es particular, dice uno de aquellos ediles dirigiéndose á su compañero: nunca pude creer que dos hombres oscuros, presos y maniatados, excitaran tan vivamente la curiosidad de todo ese pueblo que ahí se agolpa para verlos pasar, como si se tratara de coronar al César de Roma ó de tributar los honores del triunfo á un general conquistador.

—Te expresas así porque ignoras el interés que despiertan en el pueblo de Valencia, esos dos hombres que van á llegar de un instante á otro.

—Sé que son cristianos y esto basta.

—Añade que uno de ellos, el llamado Vicente, es hijo de padres valencianos: aunque nacido en Huesca, tiene aquí todos sus parientes,

sus amigos y sus devotos, y á más del cariño que sus deudos le profesan, produce la admiracion de las gentes por sus virtudes, por sus talentos y por los milagros que se le atribuyen, y más que todo tal vez, por la valentía de sus predicaciones en Cesaraugusta, en Huesca, en Roma y donde quiera que posa su planta, sin que le arredre el poder del imperio, ni le imponga la majestad de los dioses ni de los templos romanos, á los que ha declarado una guerra tenaz y empeñada. Guerra insensata que nuestro poderoso Daciano se ha propuesto terminar por medio de un castigo terrible, que está pronto á ejecutar en la persona de Vicente.

—¿Y el otro que le acompaña, quién es?

—Un anciano llamado Valero; persona de gran representacion entre los cristianos, pues desempeña el alto cargo de obispo cesaraugustano; es el jefe y pastor de Vicente, y obispo y diácono vienen á Valencia de orden de Daciano para hacerles apostatar públicamente de sus creencias, ó hacerles pagar con la vida en caso contrario, la temeridad de predicar en público contra los dioses de Roma.

—¿Y por qué ha elegido el pretor la ciudad de Valencia para castigar á esos cristianos, siéndole más fácil quitarles la vida en Huesca ó en Cesaraugusta donde les cogió prisioneros?

—Precisamente porque son cristianos casi todos los habitantes de Valencia, á excepcion de unos pocos que componen ó viven en torno del mundo oficial. Los repetidos edictos ni las extraordinarias medidas de rigor no bastan para

hacer abjurar á este pueblo de sus creencias religiosas; y para amedrentarle en cabeza ajena con un castigo ejemplar, vienen á la ciudad esos dos cristianos á quienes la poblacion ama y respeta grandemente y cuyas cabezas verá rodar por el suelo si no abjuran ántes públicamente de las doctrinas del Evangelio.

—¿Y no teme Daciano que el pueblo de Valencia se levante en masa dispuesto á libertar á esos dos cristianos?

—Está perfectamente previsto ese caso, y ésta es la razon de encontrarnos aquí nosotros, por lo que pueda suceder, como auxiliares de la fuerza pública.

Los dos ediles continuaron hablando en voz baja, sin dejar de vigilar su puesto de observacion, mientras otros de sus compañeros acechaban cuidadosamente á la multitud, esperando oir una palabra sospechosa ó sorprender una seña, un gesto ó la menor demostracion que les revelase algun plan oculto que por parte del pueblo se temia y se sospechaba, no sin fundamento, encaminado á arrancar del poder de los sayones á los dos cristianos prisioneros.

Ninguno de ellos debió fijarse, sin embargo, en una barca mayor que las demas, conducida por cuatro remeros y provista de su vela, que llevaba plegada, y sentados en la popa tres respetables patricios en quienes se fijaron las miradas de gran número de personas, como si aquellos personajes tuvieran gran representacion social y notable ascendiente entre las masas. La barca cruzó el rio, atracó en la opues-

ta orilla, y los tres personajes saltaron á tierra, viéndose al instante rodeados de muchos hombres que saludáronles con gran respeto y con quienes hablaron misteriosamente en voz baja.

—¿Está todo dispuesto? preguntó el más anciano de los tres.

—Todo como lo ordenaste, Emilio. Apenas aparezcan en el extremo del arrabal los dos prisioneros custodiados por los sayones, todo el pueblo se arremolinará sobre el puente, como para contemplar al venerable obispo y á su fidelísimo diácono, tu pariente. La multitud les cederá el paso hasta que lleguen á la mitad del puente, donde una oleada de la muchedumbre cerrará con los soldados que no dejarán de echar mano á las armas para abrirse paso á traves de las masas. Todos emprenderemos entónces la fuga arrastrando con nosotros á los prisioneros hasta dejarles en salvo. ¿No son estas tus órdenes?

—Perfectamente comprendidas: sólo deseo que sean bien ejecutadas.

—Haremos cuanto humanamente podamos.

—Debo advertiros aún, que mi barca y las de mis buenos amigos irán costeando el puente para prestaros auxilio en el momento supremo: y si en aquel instante de confusion os fuere más fácil y hacedero valeros de las embarcaciones para salvar á los prisioneros, aprovechaos de este recurso por el lado que os convinicre, que si ellos entran en alguna de estas barcas, podeis contarlos por libres, porque están todas las precauciones tomadas para ponerlos en salvo.

—Se hará como mandais, señor.

—¡Más que veol! Parece que el pueblo se agita y todos dirigen la vista hácia la calle de Sagunto. ¡Ah, sí; son los prisioneros que llegan ya. ¡Ea, corazon sereno y cada cual á su puesto!

Toda la gente comenzó entónces á arremolinarse. Los que sólo eran simples curiosos, procuraron penetrar por la apiñada multitud que obstruia el arrabal, mas no así los que obedecian una consigna, que se estrecharon cuanto pudieron en el puente esperando la ocasion de promover el motin, miéntras algunos patriocios gritaban al pueblo que acudiese al puente como punto más á propósito para ver de cerca á los venerables cristianos que acababan de penetrar, convenientemente escoltados, por el extremo del arrabal.

Un grito compacto, unísono y prolongado resonó en el espacio, salido de los pechos de la inmensa multitud.

—¡Ahí están! ¡Ahí están! gritaron millares de voces al distinguir ya cerca á los prisioneros cristianos.

Eran ellos, en efecto, que venian maniataados, como malhechores, entre una escolta de soldados de á caballo y algunos infantes, formando entre todos una fuerza respetable que no bajaba de cien hombres, pues no se necesitaba ménos para custodiar á dos cristianos indefensos, incapaces de soñar con la fuga ni de proyectar la más leve defensa, cuando siempre se hallaban dispuestos á morir exhortando á sus verdugos y bendiciendo á sus perseguidores,

muchos de los cuales convertíanse en aquellos momentos á la verdadera fe de Jesucristo.

Valero, el venerable obispo de Zaragoza ó Cesaraugusta, como entónces se llamaba la capital de Aragon, era un anciano septuagenario, de luenga y nevada barba, de ojos hundidos y rostro macilento por las fatigas de tan largo y penoso viaje, en el que experimentó el santo prelado toda clase de sufrimientos; pero su mirada era tranquila, sereno su semblante, dulce y seguro su acento como la voz de los profetas: su empolvada túnica de lana y las humildes sandalias que cubrian sus descarnados piés, no impedían que el continente del anciano fuese noble, majestuoso y distinguido, como el de los Apóstoles, cuya presencia cautivaba y atraía á las gentes. Una cruz de plata brillaba aún en su pecho, y en el dedo anular de su diestra el anillo de pastor que habian respetado los soldados, temerosos sin duda de que aquellos distintivos que tan grande respeto infundían á los cristianos, no fuesen poderosos amuletos que protegían su vida á despecho de todos los edictos de los emperadores romanos.

El otro prisionero era su diácono Vicente, de poco más de treinta años; llevaba la cara rapada, y sus ojos y su fisonomía expresaban la tranquilidad de un alma que aún moraba en su cuerpo, y ya tenía más digno lugar en la celeste mansion de los santos y de los mártires. Vestía, como su venerable pastor, una túnica de lana burda, traía los piés desnudos y ensangrentados, y su brazo derecho se hallaba fuerte-

mente unido por medio de cordeles al izquierdo del pastor, á quien trataba con gran respeto y sumision, como mayor en edad y dignidad, y á quien amaba por sus virtudes, como sacerdote y como prelado.

El cansancio de tan largo camino, la fatiga que revelaban sus cuerpos encorvados por el sufrimiento, y ateridos por el frio, no les impedía mirar con ojos de piedad á los soldados de la escolta, á quienes exhortaban con palabras de mansedumbre á abjurar de sus errores y á seguir las doctrinas del Salvador del mundo, crucificado en el Gólgota por redimir á los hombres.

Apénas penetraron en el arrabal precedidos del numeroso gentío que habia salido á su recibimiento, la muchedumbre que les vió llegar dió un grito de respetuoso entusiasmo, de simpatía y de cariño hácia aquellos sacerdotes maniatados, dóciles, humildes y sufridos, como discípulos de un Dios de bondad, de mansedumbre y de misericordia, que sólo tuvo palabras de consuelo y de perdon para sus implacables enemigos.

—¡Salud á los apóstoles de Cristo!

Fué el grito unánime cien veces repetido por la multitud, al contemplar á los venerables prisioneros custodiados por los sayones romanos.

Sorprendida y admirada la fuerza pública por aquellas voces de entusiasmo que parecian un grito sedicioso, como enérgica protesta contra la órden del cruel Daciano, prepararon las armas para herir al pueblo, pero los gritos de

salutacion repitiéronse en cien puntos diferentes, coartando la accion de los soldados, que no sabian á qué atenerse, ni los jefes se atrevian á dictar órdenes de rigor para no exaltar á la multitud y provocar una sangrienta tragedia, cuando todo podia evitarse con alguna calma y la necesaria presencia de ánimo. El oleaje de las masas que precedia á los sacerdotes prisioneros invadió en un instante el puente de tablas, que apénas si podia contener el peso de la muchedumbre: allí se arremolinó toda aquella gente, esperando la señal de la consigna, para poner en práctica el plan de la conspiracion proyectado por los parientes y amigos del diácono, que eran tambien las personas más influyentes de la ciudad.

De pronto reinó un silencio misterioso, inexplicable, imponente, porque el mutismo de las masas suele ser casi siempre precursor del huracan popular. La multitud que esperaba sobre el puente permaneció un instante inmóvil, todos con la vista fija hácia la calle de Sagunto, por donde debian asomar los prisioneros, que tardaban en aparecer, y el pueblo comenzaba á impacientarse. El silencio del pueblo estalló al fin en un rumor sordo, confuso y amenazador, al cundir de boca en boca, como una chispa eléctrica, la voz de que los prisioneros habian sido encerrados en el meson de la calle de Sagunto, donde debian pernoctar hasta el dia siguiente, que serian llevados á la presencia del prefecto.

Así se lo decian algunos hombres al perso-

naje que parecia jefe de los conspiradores y deudo cercano del diácono Vicente. Contrariado por semejante nueva el respetable patricio, demostró el despecho de que se hallaba poseido y dió todavía algunas órdenes á los cabos del pueblo para intentar un golpe de mano que pudiese salvar á los prisioneros.

—Es preciso, añadió, vigilar el meson, introducirse en la casa como simples pasajeros, y obsequiar á los soldados de la guardia, dándoles á beber cuanto quisieren. Despues hay que aprovecharse de su sueño; y á media noche, cuando todo se halle en profundo silencio, romperemos las cadenas de los prisioneros, dándoles libertad por la puerta que da al campo. Nada se ha perdido si sabemos aprovechar los instantes.

Antes que el buen patricio terminase de hablar, vióse rodeado de soldados, y sintió que una mano de hierro se posaba en su hombro, y que una voz desagradable como la del verdugo le decia:

—Dáte preso, Emilio, tú y los tuyos. Habeis sido descubiertos y vais á morir ántes que los cristianos prisioneros.

Toda resistencia fué inútil; sus palabras les habian delatado, y hubieron de ceder, dejándose maniatar y seguir á la gente armada: cruzaron por el centro de la multitud, que no tardó en disolverse atemorizada por aquel ejemplo, y ántes que cerrase la noche quedó completamente despejado el puente y el arrabal, y sólo los soldados de la guardia ocupaban el meson don-

de custodiaban á San Valero y á San Vicente.

Las fundadas sospechas de una conmoción popular no habian salido fallidas. Los sabuesos de las autoridades supieron olfatear el rastro de la conspiracion, dando al fin con la cabeza del movimiento, que se desvaneció en un instante, como hemos visto. No esperaba, sin embargo, el prefecto de la ciudad tan sencillo desenlace, pues al contemplar la actitud del pueblo, habia comprendido los sucesos que podian tener lugar en el puente, y á fin de evitar toda escena desagradable, dió orden de que pernatasen los prisioneros en el meson de la calle de Sagunto, encargando á la tropa ejerciese la más exquisita vigilancia sobre ellos y sobre el pueblo, obstinado en dar libertad á aquellos cristianos.

San Valero y San Vicente fuéron separados uno de otro y encerrados en diferentes aposentos. El diácono fué llevado á una pieza de la planta baja y amarrado á una columna de piedra, basa del arco de aquella parte del edificio, la cual se conserva todavía en el mismo sitio, como mudo y elocuente testimonio de la tradicion que referimos. Penosa y horrible debió ser la noche que allí pasó el Santo diácono, y así le expresan los crónistas cuando dicen que comenzó su martirio en la calle de Sagunto.

Al dia siguiente fuéron conducidos á la ciudad los dos prisioneros y encerrados en distintos calabozos. Al llegar al puente del Túria hicieronles observar los soldados hasta una docena de cadáveres que yacían en el suelo separa

das las cabezas de sus troncos. El primero de ellos era el patricio Emilio.

—Ayer, dijo el centurion, estos hombres vinieron á este sitio con intento de salvaros, oponiéndose, insensatos, á las órdenes del pretor: hoy contemplais vosotros sus cadáveres, mandando aún sangre esas cabezas segadas por orden de Daciano, como primer ejemplo que os presenta de su autoridad y omnínodo poder.

—¿Eran cristianos esos patricios? preguntó San Valero.

—Presumo que sí, pues casi todos los valencianos lo son.

—Dichosos ellos, replicó el venerable anciano, que han conseguido la palma del martirio y se hallan ya disfrutando de la presencia del Señor.

Los dos sacerdotes rezaron en voz baja las oraciones de los difuntos, mientras recorrían el camino que les separaba de su cárcel, á donde fuéron conducidos por la tropa que les custodiaba.

La historia de estos Santos mártires, refiere detalladamente el proceso de su martirio y de su muerte, y consérvanse aún venerandos recuerdos de su estancia en la ciudad. La tradicion enmudece allí donde habla la historia, y no nos corresponde prolongar estas páginas refiriendo hechos de todos conocidos y depurados en el crisol de los anales eclesiásticos. Sólo añadiremos que el martirio de San Vicente terminó con su vida el día 22 de Enero del año 303, fecha un tanto combatida y disputada, y la

más generalmente adoptada por sus apolo-
gistas.

Su cadáver fué arrojado á un muladar, donde los cristianos le erigieron un santuario que lleva aún el nombre de San Vicente de la Roqueta, y donde volveremos á encontrarle cuando tratemos de la traslacion de su cuerpo.

Tal es la sencilla historia que nos ofrece la tradicion del meson de la calle de Sagunto, extramuros de Valencia.

V.

LA MADRE HAMBRIENTA.

I.

La orgullosa Roma ha caído derrumbada con escandaloso estrépito, del alto pedestal de sus grandezas.

Socavada en sus cimientos por la asquerosa bacanal de sus desórdenes y sus vicios, la sociedad romana degenerada y prostituida como inmunda ramera que encubre bajo el manto de sus galas las úlceras de su cuerpo, no tuvo fuerzas para defenderse de sus enemigos, y cayó para siempre atacada principalmente por las evangélicas doctrinas del cristianismo, que vinieron á romper las cadenas de la esclavitud en que yacían los pueblos y las familias, dando libertad al mundo.

Vencida Roma por los indomables guerreros del Norte, acaudillados por Alarico, y roto el dique que contenía á los numerosos pueblos de las regiones polares, se desbordaron las corrientes de aquellos rios de guerreros, innumerables como insectos, sedientos todos de sangre, de botín, de pillaje y de matanza, entre los que sobresalieron los vándalos por sus feroces instintos y por sus actos de increíble crueldad. Vino este pueblo como avanzada de las grandes irrupciones de bárbaros, siendo el primero

que franqueó las altas barreras del Pirineo, extendiéndose como el alud de los Alpes por las fértiles comarcas de la España Oriental. El sistema de aquellos bárbaros era devastar cuanto encontraban á su paso; ciudades, campiñas, puentes, obras de arte, mieses, arbolado, cuanto produce la naturaleza y la civilización, era objeto de su salvaje encono, y todo caía á los golpes del hacha ó de la tea incendiaria de aquellas hordas enviadas á la tierra para castigo de los pueblos y espanto y terror de las humanas criaturas.

De los Pirineos corriéronse los vándalos á Barcelona, y desde aquí á Valencia, destruyendo las ciudades, los campos y las riquezas del litoral. Todas estas comarcas fuéron invadidas por ellos, devastándolas con el hacha de la destrucción, con sus instintos salvajes y sus actos de bárbara venganza, cuando ningun daño habían recibido de un pueblo que ni siquiera supo defenderse de tan espantosa invasión. Valencia, rica en aquella época, populosa, culta y morigerada y en estado floreciente por el largo período de cuatro siglos que disfrutaba de paz, era una de las ciudades más famosas de las provincias bañadas por el Mediterráneo, y ocupábanse sus hijos en el cultivo de las letras, de las artes y de las ciencias, felices con la prosperidad de sus industrias y de su población y con los productos de sus fértiles campiñas. Los vándalos, dueños á la sazón de Sagunto, de Liria y de otras cien poblaciones que destruían y arrasaban para dominarlas, sin parar mientes

siquiera en el valor de su inmenso botin, se hallaban siempre inseguros, intranquilos, y como poseidos del vértigo, sin poder echar raíces en ninguna parte, y se sentían impulsados por una fuerza interior para continuar en su camino de salvajes conquistas y proseguir su sistema de pillaje, de matanza y de botin, siguiendo siempre adelante, hasta que el mar les presentase una valla infranqueable y fuesen aplastados á su vez por un enemigo más noble, aunque no muy superior en cultura.

Cuando el hambre y la sed de rapiñas les acosó de cerca, despues de consumir y devastar cuanto á su paso encontraban, ofrecíales bella perspectiva la vista de Valencia con sus riquezas, su prosperidad y sus productos, y aquí se arrojaron en confuso tropel dispuestos á devorarlo todo como una tromba humana. Ni siquiera se cuidaron de saciar su hambre y sus desordenados apetitos: el pillaje, el incendio y la matanza fuéron los medios de que se valieron las salvajes hordas para aniquilar una ciudad hermosa, próspera y feliz, donde arrasaron las viviendas de los confiados moradores, derribaron estátuas y todas las obras de arte, y apénas si quedó en pié algun monumento. Centenares de familias quedaron envueltas bajo los calcinados escombros de sus derruidas moradas, donde aparecian sus cuerpos carbonizados é insepultos. Las calles y plazas quedaron igualmente sembradas de cadáveres ensangrentados por la vandálica matanza, y los más felices de tantos desgraciados vecinos, apelaron á la fuga,

abandonando la ciudad y sus haciendas, para buscar un refugio en el campo, huyendo del hacha destructora, de la tea incendiaria y del puñal homicida de aquellas hordas salvajes y terribles. La ciudad quedó desierta de sus moradores; sólo los bárbaros foragidos recorrían como lobos hambrientos las solitarias calles cubiertas de cadáveres insepultos, corruptos por la descomposicion, y algunas de las más miserables familias vagaban errantes entre los montones de escombros y cenizas, rebuscando algun resíduo de alimento para llevarle á los labios de sus descarnados hijos. La obra de la civilizacion tan penosamente elaborada en el decurso de tantos siglos, despues de costar á los españoles lagos de sangre y torrentes de lágrimas, acababa de desaparecer en un dia, deshecha y arrasada por la espantosa irrupcion de los vándalos.

Agotadas en breve las escasas provisiones de la ciudad escapadas del incendio y de la destruccion, los invasores saliéronse al campo en busca de víveres, entregando á sus caballos las mieses y sembrados, derribando los árboles para cocer sus ranchos, y arrasándolo todo. Las familias de los pueblos y caseríos rurales hubieron de abandonar como los de la ciudad sus albergues, y refugiarse en las cuevas y en las selvas más espesas de los bosques.

Los hombres ocuparon la morada de las bestias feroces, que arrojadas de sus madrigueras y olfateando el festin de carne humana que les ofrecia la llanura, descendieron de los montes,

llenando el espacio con sus terribles aullidos, y amenazando invadir las ciudades como una segunda irrupcion, pronta á castigar á los terribles invasores.

Y los lobos y otras alimañas penetraron en Valencia, segun el testimonio de San Agustín, devorando al par de los cadáveres en podredumbre, á los macilentos y extenuados moradores, naturales y extranjeros, sin espíritu muchos de ellos para resistir y sin fuerzas físicas para defenderse. Las destrozadas viviendas donde se albergaban felices y satisfechas las civilizadas familias de los valencianos, convirtiéronse en cavernas de lobos carniceros y otras béstias no más feroces que los vándalos á quienes acosaban de cerca, enseñoreándose á su vez de la ciudad convertida en hecatombe.

Los rigores del hambre, las emanaciones deletéreas producidas por tantos cadáveres insepultos; los miasmas de la sangre derramada; de tantas y tantas materias incombustibles achicharradas en los incendios; el completo abandono de la limpieza, sin observar el menor principio de higiene pública ni privada, y otras causas consiguientes á los grandes trastornos de la humanidad, produjeron una peste horriblemente espantosa que acabó de extender el velo de la tristeza, del luto, del terror y del quebranto sobre el corazon de los pocos y míseros habitantes que aún quedaban en la sombría ciudad de Valencia.

Huyendo del hambre, de la epidemia y de la muerte, los vándalos llevaron adelante su fiera

irrupcion para causar los mismos destrozos, iguales incendios, igual devastacion en las comarcas de Alicante, Murcia y Cartagena, donde no tardó en enseñorearse el hambre y la peste, con más rigor quizá que en las comarcas de Valencia. Los que por acá quedaron comprendieron, por la dura ley de la necesidad, que no les era posible vivir en una ciudad derruida y en un país devastado; que era necesario, y de todo punto indispensable, cultivar el campo para alimentarse de sus frutos y proteger y fomentar el comercio, las artes y las industrias, para poder vestir, abrigarse y defenderse y atender á las necesidades de la vida. No puede existir la sociedad sin el trabajo, y como aquel pueblo de bárbaros nada sabía hacer sino destruir las obras del trabajo, de la inteligencia y de la naturaleza, apeló al recurso de llamar á los espantados y fugitivos habitantes de la ciudad y de las campiñas, para que saneasen la infestada poblacion y los terrenos de cultivo, volviendo cada familia á ocupar sus antiguas viviendas, reedificando las derruidas, limpiando las calles de escombros y de humanos despojos, desalojando á las fieras y asquerosas alimañas de la morada de los hombres, pobladas de reptiles y otros séres inmundos.

Obedecieron las familias expatriadas al llamamiento de los bárbaros invasores, y regresaron luego á sus antiguos hogares, donde penetraban entre gritos quejumbrosos y ayes doloridos, al contemplar el cuadro de espantoso desorden que ofrecia una ciudad desolada y sus viviendas derruidas.

Poco á poco volvió á renacer la animacion, la esperanza, el trabajo y la vida entre los abatidos valencianos, recordando siempre con terror la funesta fecha de la irrupcion vandálica, ocurrida en el año cuatrocientos nueve de la era vulgar ó de Jesucristo.

Antes que la poblacion recobrase su fisonomía ordinaria, cuando apénas comenzaban á regresar al seno patrio las ahuyentadas familias, ocurrió en Valencia un hecho espantoso que hiela el corazon de terror, y del que vamos á dar cuenta, segun lo refieren algunos autores.

II.

En el sitio en que se extienden hoy las irregulares y estrechas callejuelas, desde el Palau á la parroquia de San Estéban, límite entónces de la ciudad, veíanse en la época romana infinidad de casuchas de pobre aspecto y de míseras condiciones, cuyo estrecho espacio y trazado de ellas se revela aún por las líneas y ángulos de los cimientos que se descubren de tarde en tarde, cada vez que se profundizan un tanto las modernas excavaciones. La miserable barriada que describimos fué, por su aspecto de pobreza quizá, la última que sufrió el azote de los vándalos, lanzados como buitres carnívoros sobre aquellas modestas viviendas que saquearon y destruyeron, y cayéronse desplomadas bajo los golpes del hacha ó reducidas á pavesas por las llamas del incendio.

Cuéntase de una familia moradora de aquel

estrecho barrio, que no pudiendo abandonar la ciudad á la llegada de los fieros invasores, y viéndose acosada en su propio domicilio por la devastacion de aquellas gentes, y por el fulgor de las llamas cebadas ya en las casas vecinas, buscó pronto refugio en el miserable sótano de su vivienda, cuya puerta de entrada quedó obstruida en pocos instantes, cubierta de escombros y cenizas.

Componíase aquella familia de un matrimonio y un niño. El marido de apenas treinta años; la mujer contaba veinticinco y el tierno infante poco más de medio lustro. Bien quisiera el marido alejarse de la ciudad con su amada familia, pero se hallaba su mujer próxima á un nuevo alumbramiento; el niño, por su corta edad, habia que llevarle en brazos, y no pudiendo el desgraciado esposo cargar á la vez con aquellos dos séres para él tan queridos, hubo de resignarse á permanecer en su morada, falto de medios y de recursos para salir de la ciudad con su familia.

Enterrados todos tres en el sótano de su casa, bien que habian salido ilesos de las llamas y de las ruinas, y quedaban en un hueco de suficiente espacio para poder conservar la vida, hubo de cuidarse el marido en primer lugar, de despejar la puerta de entrada, lo que consiguió no sin grandes esfuerzos, imitando en esta operacion á las hormigas; es decir, que tuvo que rellenar ántes la cueva con los escombros que retiraba, hasta que un rayo de luz penetró por los intersticios, reanimándole á proseguir en su penoso

trabajo, en el que nadie podía prestarle ayuda; pues su mujer cuidábase de consolar al niño lloroso y asustado al verse envuelto en aquella oscuridad sombría donde faltaba el aire respirable, y podía sobrevenirles en breve tiempo la asfixia. Así que el aire exterior penetró en la cueva, la infeliz familia prorumpió en exclamaciones de júbilo, porque el peligro de morir enterrados en vida parecía alejarse de ellos á medida que se separaban las piedras y escombros que obstruían la entrada.

El marido descansó algunos instantes para renovar el aire de sus pulmones, emprendiendo de nuevo su tarea, hasta poder abrir un espacio suficiente por donde poder sacar el cuerpo. Entonces extrajo de la cueva los escombros de que la habia rellenado, y cuando esta larga y penosa operacion quedó terminada, habia cerrado la noche por completo. El niño tenía hambre y no habia medio de enjugar sus lágrimas, porque carecian en aquel sitio de provisiones, y no era fácil encontrarlas en una ciudad devastada, donde todo lo habian consumido los vándalos y el incendio. Más que hambre sentia aquella pobre familia el rigor de la sed, y traspasado ya su corazón por el llanto del niño, salió su padre de la cueva, sin saber dónde dirigir sus pasos para buscarse agua y algun alimento.

Dióse á rebuscar por las casas medio derruidas, esperando que la casualidad le proporcionase algun hallazgo con que pudiese atender á las necesidades de su familia, pues un poco de agua y un mendrugo de pan eran en aquellos

momentos de un valor inapreciable, superior al de todos los tesoros. Así fué de grande, inmenso y extraordinario el júbilo de aquel hombre, al regresar á la cueva con un cántaro lleno de agua y un cesto de mimbres con algunas provisiones. Cenó la pobre familia y apagó su sed, y ántes de dar fin á su frugal colacion, el niño se quedó dormido.

Carecian de cama y era indispensable proveerse de ella, porque el alumbramiento de la jóven esposa no debia hacerse esperar; con este cuidado salió de nuevo el marido en busca de algunas ropas que podian haber escapado de las llamas, y hallarse envueltas entre las ruinas. Poco feliz fué en sus pesquisas, porque la oscuridad de la noche le impidió descubrir lo que buscaba; mas á los primeros rayos de la aurora, comenzó á revolver carbones y escombros, y regresó al fin á su cueva cargado con algunas prendas medio chamuscadas, que aseó y arregló como pudo, preparando con ellas una pobre cama á su mujer y á su hijo.

El buen hombre necesitaba descanso, y se entregó al sueño algunas horas, mientras su mujer procuraba contener las lágrimas del niño falto de luz y de libertad. Al declinar el sol despertó el marido, y otra vez salió de su lóbrega estancia para renovar sus pesquisas en busca de provisiones. Despuntaba ya el dia cuando regresó á su morada, donde tuvo un trasporte de alegría al presentarle su mujer un segundo hijo, como una hermosa flor producida por el árbol de sus amores. El tierno esposo

abrazó á su mujer, y besó delirante de gozo al niño recién nacido, y se sintió regenerado á la vista del infante, y con fuerzas atléticas para soportar nuevos y más rudos trabajos y todo género de fatigas, hasta salvar de aquella situación á su amada familia.

—El cielo, decia el marido, nos envia este niño para salvarnos.

—Dí más bien que para agravar nuestra situación.

—No lo creas, porque habiendo salido ya de tu crítico estado, no tardarás en reponerte, y así que recobres algunas fuerzas, abandonaremos una noche esta ciudad desdichada, parecida á un vasto cementerio, trasladándonos al campo, donde podamos respirar aire puro, y la luz del sol, y donde no han de faltarnos medios de subsistencia para atender á la de nuestros pobres hijos.

—¡El campo! ¡Qué hermosa debe ser la vida al abrigo de los árboles llenos de fruto, bajo un cielo tachonado de estrellas: recibiendo de lleno los rayos de un sol vivificante y purísimo!

—Anímate, esposa mia, que tocamos ya el fin de nuestras desdichas.

En estas pláticas pasaban largas horas los dos esposos, trasmitiendo el calor de su vida con sus cariñosos besos al tierno infante, y alimentando con risueñas esperanzas de libertad y de una vida más grata al niño mayorcito. Durante el dia permanecian encerrados en su lóbrega mansion por temor á los atropellos de los vándalos; mas por la noche salia el esposo

y padre de aquella familia en busca de provisiones, de las que pudo abastecerse poniendo en juego un ingenioso recurso, cuando el hambre más terriblemente espantosa cundía en la ciudad y poblaciones vecinas. Armado de paciencia y de prodigiosa voluntad pudo labrarse una tosca y miserable red, con la que bajaba por las noches al río, tomando todo género de precauciones para no ser visto de nadie; porque todos en épocas calamitosas como aquella, se declaran enemigos del que posee un menudrugo de pan, una fruta ó el menor vestigio de alimento, arrebatándoselo de las manos aunque sea necesario para ello arrancarle igualmente la vida. El animoso padre tendía su red en el Túria, y cuando había recogido la provision necesaria, volvíase á su hogar feliz y satisfecho de su trabajo, siendo muy rara la vez que no llevaba á la par de su pesca algunas raíces alimenticias, y algun puñado de zarzamoras, ú otras frutas silvestres, con las que solía acallar el llanto y distraer el aburrimiento de su hijo primogénito. Para asar el pescado buscaba sitios un tanto lejanos y desiertos, para que el humo y el olor no sirviesen de cebo á los hambrientos y feroces vándalos, crueles y voraces como lobos carniceros.

Así trascurrieron algunos días, tristes como noche tempestuosa y largos como siglos. La infeliz parturiente recobraba sus perdidas fuerzas, y ya la pequeña familia vislumbraba como venturosa esperanza el momento de abandonar su hedionda cueva, morada más propia de ani-

males inmundos que de criaturas racionales. Quien más se regocijaba era el niño primogénito, deseoso de romper su oscura cárcel y de correr libremente sobre la verde alfombra del campo. Ignoraba el pobre niño, que á medida que se restablecía su madre, aunque á paso muy lento, declinaba visiblemente la salud del padre, contagiado quizá de la horrible peste que reinaba en toda la ciudad, convertida en foco de podredumbre. Escuálido y devorado por la fiebre, no dejó sin embargo de bajar todas las noches al rio en busca de su provision de pescado que la corriente del Túria parecía ofrecerle á manos llenas. El sol de Oriente bañaba ya un dia con sus rayos de oro las calcinadas ruinas de la ciudad, y el buen esposo y tierno padre no regresaba al seno de su familia. Llegó el esplendente astro á su cénit, y declinó al ocaso y recorrió toda su carrera, y se eclipsó bajo la línea del Occidente, y se extendió por el espacio el manto de la noche, y la familia esperó en vano; ni las lágrimas del niño mezcladas con la amargura y acerbo dolor de su madre consiguieron volver á ver á aquel padre, á aquel esposo tierno y solícito apoyo de tres seres abandonados; báculo y proteccion de sus pobres y desventuradas criaturas. Faltóles aquel dia su ordinaria provision, y la madre pudo satisfacer aún la necesidad de su hijo entregándole los residuos que aún quedaban de la comida de los dias anteriores. Nada probó la infeliz, porque el dolor de su alma era superior á sus necesidades físicas, y cuanto más falta se

hallaba de vida, con mayor solícitud daba el pecho á su hijo recién nacido.

Desesperanzada ya de volver á abrazar á su esposo, probó á levantarse para salir en su busca, y no pudo. Un largo desmayo cortó sus fuerzas, haciendo flaquear sus miembros agarrados y entumecidos. Las provisiones se habían agotado; y la enferma se deshacía en torrentes de lágrimas ante el sombrío porvenir que esperaba á sus hijitos. Lloraba desesperadamente el mayor de ellos pidiendo algún alimento á su madre, y como nada quedaba en la cueva para dar de cenar á su hijo, ocurriósele ponérselo al pecho mientras daba el otro al recién nacido.

En breve quedaron agotadas aquellas fuentes de vida que corrian al par de sus ojos, convertidos en raudales de lágrimas.

La infeliz madre se sintió cercana al sepulcro, y ántes que dejar abandonados en la lobreguez de aquella tumba ignorada á sus hijos, hizo salir al mayor á la calle en demanda de socorro. Pocos pasos debió recorrer el niño, porque regresó en breve á la cueva, tembloroso como azogue y presa de un espasmo. Cuando pudo tranquilizarse y coordinar sus balbucientes ideas, expresó que á poco trecho de la cueva se hallaba tendido el cadáver de su padre, ya descompuesto. La madre dió un grito agudo y penetrante que acabó de desconcertar á su ya asustado hijo; pero le fué imposible moverse para salir á dar el adios postrero á aquel esposo amado, que víctima de la epidemia, había

venido á morir á pocos pasos de su morada, pero sin poder llegar al seno de su familia.

Desvanecida por la angustia y el dolor de su acerba herida, cerráronse los ojos de la pobre mujer; perdió el sentido, y su cuerpo cayó, con la pesadez del plomo, sobre el suelo de la cueva. Así debieron trascurrir largas horas. Cuando volvió en sí encontró á su primogénito exánime, casi sin vida, próximo al idiotismo, en cuyo estado de postracion cayó harto de llorar, y extenuado ya por la falta de alimento. El recién nacido era más feliz: acababa de espirar, volando su espíritu á otra region más venturosa que la de los míseros y orgullosos mortales. La madre contempló á sus dos hijos; examinó el muerto, y ni una sola lágrima asomó á sus ojos. No quedaba ya en su cuerpo ni una sola gota de aquella exuberancia de vida que brota del dolor del alma. Sus espantadas pupilas expresaron una alegría salvaje al contemplar el cadáver de su pequeño hijo: quizá porque no tenía que temer ya el espantoso porvenir que le esperaba, si por ventura le sobrevivía. Quizá también porque habia perdido la razon, porque indudablemente la pobre mujer estaba loca.

III.

Todas las calamidades tienen un término más ó ménos breve, como no hay ventura sin límite, ni dicha que no se resienta de algun vacío. Los habitantes de Valencia regresaron al fin á sus hogares, levantando de nuevo los que se hallaban derruidos, limpiando las calles

de escombros, y volviéndolo todo á su estado normal, ménos el sinnúmero de criaturas que en aquella época calamitosa habian perecido.

Al limpiar las calles de ruinas para levantar de los montones de escombros nuevas y alegres viviendas que albergasen á las familias que á la ciudad regresaban, fué encontrada en su hedionda cueva la infeliz mujer protagonista de nuestra lastimera historia, en un estado de compasiva postracion, pero dando todavía señales de vida. Estaba sola, completamente sola; y esparcidos en torno suyo veíanse algunos huesos, como si en aquella lóbrega estancia se hubiese celebrado un festin reciente de algunos dias.

La enferma fué trasportada por la inagotable caridad de algunas vecinas á otra morada más cómoda, donde se la asistió esmeradamente hasta que recobró sus fuerzas y volvió á la vida. Su razon parecia, no obstante, extraviada, y en un momento de lucidez, ó quizá de verdadera locura, quiso darse cuenta de su estado, preguntándose cómo vivia despues de los trabajos pasados, despues de haber dado á luz un niño en su mísero albergue, de haber visto el cadáver de su marido, despues, en fin, de haberse comido á sus dos hijos.

Un grito de horror se escapó del pecho de las buenas mujeres que la asistian: creyeron que efectivamente la enferma estaba loca, y la curiosidad, mezclada de lástima y de espanto, acosó de preguntas á la desgraciada viuda, que refirió detalladamente la relacion de sus pena:

lidades y desventuras. Que el hambre y el desesperado llanto de su hijo ofuscó su razon, y para alimentarse y poder conservar la vida del niño que la quedaba, le dió de comer del cadáver del recién nacido, del que ella también comió: que ántes que se consumiese aquella carne nacida de sus entrañas, espiró su segundo hijo; y ella, devorada por la fiebre, ciega de razon y embotados sus sentimientos, se alimentó algunos dias del cadáver de su otro hijo.

Horrorizadas las mujeres con la espantosa relacion que acababan de oír de los propios labios de la desventurada convaleciente propagaron, con no poco escándalo de las gentes, el triste relato de la infeliz mujer, llegando á oídos de la justicia un secreto que debió haber quedado oculto en las entrañas de la tierra.

Los jueces son implacables cuando blasonan de justos; pierden todo sentimiento de humanidad, convirtiéndose muchas veces en agentes del verdugo. Cualesquiera que fueren los trabajos que como hombres experimentasen fuera de la ciudad, huyendo de la calamitosa persecucion de los vándalos, no habian presenciado y sufrido el hambre terrible, las inexplicables desventuras de los pocos vecinos que quedaron en Valencia á merced de los invasores, y mal podian apreciar en su justo valor la situacion de aquella mujer desdichada, en quien no vieron sus acusadores más que una mujer criminal que habíase comido á sus dos hijos. En consecuencia de aquel crimen, fué condenada por los jueces á morir apedreada como San Estéban,

cuya sentencia se cumplió, espirando la acusada entre risas convulsivas, que le hacían llamar á grandes voces, descompuestas por la locura, á su esposo y á sus dos hijos.

Tal es la repugnante historia que refiere la tradición de la época de los vándalos, y de los espantosos estragos que aquel pueblo salvaje cometió en Valencia (1).

IV.

Detrás de los vándalos penetraron en España los suevos, pueblo no ménos bárbaro que aquél, esparramándose éstos por las costas del Cantábrico, hasta llegar á establecerse y arraigar en Galicia, así como los vándalos corriéronse por las costas del Mediterráneo, asolando las comarcas de Cataluña, Valencia y Cartagena. De unos y otros dió buena cuenta el noble y generoso Ataulfo, rey de los visigodos, y sucesor de Alarico, que acometió la empresa de vengar á España de los desmanes cometidos por aquellas hordas feroces, acorralando á los vándalos en las bellas regiones de la Bética, donde hubieron de someterse á las leyes del vencedor; y como quedasen desde entónces en aquellas tierras, dieron á todo el país habitado por ellos el nombre de *Vandalucía*, de donde se deriva el de Andalucía que hoy lleva.

(1) *Notas y ampliaciones á las Décadas de Escolano.* Tom. I, pág. 184, col. 1.^a

Ataulfo figuró ya siempre como el primer rey de España, y cabeza de la dinastía visigoda, de la cual se conserva también en los anales de Valencia una historia tradicional y poco conocida, de la que vamos á dar cuenta en el capítulo que sigue.

VI.

EL PRÍNCIPE HERMENEGILDO.

I.

El rey Ataulfo murió asesinado por Sigerico, que se proclamó soberano de los godos, dueños á la sazón de España, sufriendo á su vez el asesino la misma suerte que su antecesor, é inaugurándose una serie de crímenes que repitiéronse con harta frecuencia entre aquellos primeros reyes de la familia goda, como acontece casi siempre en las monarquías electivas.

Habia pasado ya la época de los mártires, el cristianismo imperaba en los pueblos de Oriente y Occidente, los pontífices eran reconocidos y acatados por los reyes y las naciones como jefes supremos de la iglesia, los obispos gobernaban tranquilamente sus diócesis, habiendo adquirido el ascendiente y gerarquía de verdaderos príncipes de la Iglesia, y reunidos en concilio constituían un cuerpo de estado de gran peso y autoridad, superior á la del monarca, cuya elección les correspondía, así como la facultad de hacer leyes: y ciertamente que no es aquella época la ménos brillante de la legislatura española, de la que brotó el *Fuero Juzgo*, ni de la historia parlamentaria inaugurada en aquellas asambleas sinodales, donde desplegaron los obispos grandes dotes de saber, de justicia y de

virtudes, superiores á las que demostró el episcopado de aquellos siglos en las demas naciones.

Elegian los obispos al rey de entre los príncipes ó magnates de la milicia, y ungido inmediatamente por el primado de Toledo, prestábanle todos obediencia, y á su vez juraba el monarca guardar las leyes y costumbres de la nacion y la integridad del territorio. No era ilimitada la autoridad del soberano, ni tenía otras prerogativas que las del mando en jefe del ejército y la administracion de las rentas públicas, siendo responsable de sus actos y quedando sujeto, como los demas ciudadanos, al imperio de las leyes. El gobierno de la nacion correspondia de hecho á los concilios, pero quedábale al rey el derecho de nombrar los obispos, de cuya regalía disfruta aún la corona de España. El rey Wamba fué el que demarcó las diócesis de toda la nacion, que son las mismas y con los mismos límites que las que hoy subsisten con cortas diferencias, á excepcion de algunas que han desaparecido, como la de Játiva, en el reino de Valencia.

Cuando el cristianismo imperaba ya en casi todos los pueblos y parecian extenderse á los últimos confines de la tierra, aparecieron infinidad de sectas que vinieron á combatir las doctrinas del catolicismo, como los arrianos, los gnósticos, los donatistas, priscilianistas y otras muchas que seguian la escuela establecida por un obispo rebelde, por un filósofo, por un loco ó por un ambicioso cualquiera, cuyo nombre

tomaba toda la secta, como ocurrió más tarde con los reformistas protestantes, muy semejantes en todo á los cismáticos de aquella época. Prendió en España, con gran intensidad, el fuego de tan espantoso cisma, dividiéndose la población en várias sectas, cuando aún no estaban bien arraigadas las doctrinas de la iglesia católica, y poco faltó para que no triunfase completamente la secta de Arrio, que era la religion que profesaron por espacio de dos siglos los reyes godos de España.

Católicos eran todos los templos de la nacion, mas como era protegido el arrianismo por los reyes y primeros magnates de su córte, hubo tambien algunos obispos apóstatas que aceptaron las doctrinas de Arrio, quizá por la protección oficial que se dispensaba á esta secta, siendo lo más sensible, por los trastornos que á los pueblos reportaba, que teniendo la Iglesia sus legítimos pastores, nombráronse otros arrianos para regir las diócesis; y como careciesen los cristianos de fuerza material para arrojar á los intrusos usurpadores, dióse el caso muy frecuente de ocupar dos obispos una misma silla, el uno arriano y el otro católico. Esto mismo ocurrió en Valencia bajo el reinado de Leovigildo, en cuyo tiempo regian á la vez la Iglesia valentina dos obispos, el arriano Wigilisco y el católico Celsino.

Disfrutaba este sabio y virtuoso varon de gran crédito y prestigio en toda la España católica, y era tenido como una de las lumbreras del episcopado, especialmente desde que se ce-

lebró en Valencia, bajo su presidencia y direccion, á mediados del siglo VI, uno de los más famosos concilios de aquel tiempo. Con cristiana resignacion sufrió Celsino rudas persecuciones de parte del rey Leovigildo, desde su advenimiento al trono en el año 568 de nuestra era, y consolábase de la injusticia del monarca por el grande amor que le profesaban sus diocesanos, pues casi toda la poblacion valenciana era esencialmente católica, y aborrecia al rey por ser arriano, tanto como amaba á su octogenario y virtuoso obispo.

Tenía el rey dos hijos, igualmente apuestos y gallardos, muy queridos de los españoles: eran aquellos príncipes Hermenegildo y Recaredo: educado el primero en las doctrinas de la religion católica, y muy inclinado el segundo á protegerlas y á abjurar públicamente del arrianismo. Ambos debian ser gloria y blason de los anales españoles: el primero con la fe de sus creencias, prefiriendo la corona del martirio á la del monarca, y el segundo por la sabiduría de su reinado, en el que comienza la unidad religiosa de la nacion, inaugurando una época de paz, justicia y prosperidad, cual no se conocia hasta entónces.

No ignoraba Leovigildo la inclinacion de sus hijos, y trató vanamente de hacerles abrazar la falsa secta del arrianismo. Recaredo no se habia significado aún como católico; pero Hermenegildo no temió arrostrar el enojo de su padre, oponiéndose á seguir aquella secta, por cuya causa fué perseguido por el rey y encar-

celado en una y otra prision como hijo y vasallo rebelde. Debieron comenzar estas persecuciones por los años 580 ú 81, siendo primero encarcelado en Toledo, y confinado más tarde á la ciudad de Córdoba, donde se hallaba á principios del 83, si no hay equivocacion en estas fechas por parte de los historiadores.

II.

El brillante sol de un dia de primavera, vestidos ya los campos de gala, y los valencianos con sus trajes y joyas de los dias solemnes, contribuye al esplendor del bullicioso festival que celebra la ciudad de Valencia.

Las campanas de la iglesia catedral, las del Santo Sepulcro, las de la ermita de San Vicente Mártir y de algun otro templo del que no se conserva memoria, anuncian con sus lenguas de bronce el júbilo de la poblacion valenciana que se agolpa en masa, precedida de instrumentos músicos, hácia la puerta Sucronense, llamada más tarde de Boatella y hoy de San Vicente, por donde penetra en la ciudad el brillante cortejo objeto de la animacion, del entusiasmo y regocijo que revelan los buenos valencianos. Preceden á la comitiva algunos caballeros cubiertos de todas armas, que se abren paso entre la apiñada multitud, refrenando á sus fogosos corceles; siguen cuatro soldados, tambien á caballo, tañendo agudos clarines, cuyos vibrantes sonidos penetran en las fibras del entusiasmo y hacen exclamar á la multitud en compae-

tos ¡vivas! y otros gritos de júbilo que crecen y se reproducen con más intensa alegría al presentarse un hermoso y gallardo caballero ricamente ataviado con su casco de oro, su túnica recamada de perlas, su espada bruñida y reluciente como los rayos del sol, su calzado carmesí con adornos de oro y plata, todo él cubierto con su ancha clámide de púrpura y armiño como el manto imperial de los césares, y cuyos blandos y ondulantes pliegues cubren parte de su hermoso caballo blanco como un copo de nieve, y cubierto de brillantes arneses que corresponden á la riqueza de su dueño.

La multitud al verle prorumpe en entusiasmados gritos de ¡viva el príncipe Hermenegildo! ¡Honor al católico príncipe! Algunas voces se oyen también de otros más decididos, que en su delirante entusiasmo proclaman á Hermenegildo rey de España, grito que revela una ofensa y un acto de rebelion contra el monarca Leovigildo, padre del príncipe á quien tan frenéticamente aclama la ciudad de Valencia.

Detras del príncipe vienen el anciano obispo Celsino, objeto también de las aclamaciones del pueblo, y á su lado el duque gobernador de la ciudad, montado el prelado en su mansa mula y el duque en un brioso caballo: viene despues el clero catedral con cruz alta y detras los regidores, la nobleza, los oficiales reales, una escolta de caballería, y la multitud cerrando la marcha del brillante cortejo, calurosamente aclamado en las calles y plazas del tránsito.

El perímetro de la ciudad era muy reducido

entonces y la línea de las calles bastante diferente de la actual, pues muchas de aquéllas han desaparecido, siendo todas ellas estrechas y tortuosas, si bien podemos fijar aún con bastante acierto la carrera principal que siguió la comitiva al penetrar en la ciudad.

Desde la puerta Sucronense dirigióse el príncipe y su comitiva á la vía Diana (calle de Zaragoza), y de aquí al Foro (plaza de La Seo), apeándose á la puerta de la iglesia catedral, donde penetró con su régio acompañamiento. Príncipe, comitiva y pueblo dirigieron sus preces á la Virgen María, bajo cuya advocacion se hallaba entonces el templo dedicado más tarde al apóstol San Pedro, y despues á Nuestra Señora de La Seo desde la época de la reconquista. Revestido de pontifical el obispo Celsino y acompañado del cabildo, entonó un solemne *Te Deum* en accion de gracias por la venida del príncipe. Dirigió despues el prelado una sentida plática al pueblo excitándole á que dirigiera sus alabanzas al Altísimo, por haber oido los ruegos y preces de una ciudad esencialmente católica, y cuyos sentimientos religiosos habian sido hollados y frecuentemente heridos por los cismáticos arrianos, apoderados, no sólo de los centros oficiales, sino de los templos, villanamente profanados con sus herejías, como ocurría en aquella misma catedral cuya silla ocupaba á la sazón un obispo hereje, el arriano Wigilisco. Compadecido el cielo de tantos males, añadió, y volviendo por el brillo y majestad de su Iglesia, acababa de enviarles

al católico príncipe Hermenegildo, hijo primogénito del monarca, á quien Dios se serviría ungir con el óleo santo para gloria de sus reinos, pues que era el llamado á extirpar las herejías del suelo español; de esta tierra donde el apóstol Santiago implantó las semillas del catolicismo fundando templos, propagando el culto de la Virgen María y sembrando por todas partes la fe de las verdaderas doctrinas evangélicas.

Terminó el anciano pastor su discurso, elogiando las cualidades del príncipe á quien los españoles debían amar, respetar y obedecer, por cuanto era el elegido de Dios para gobernar su pueblo y enaltecer en sus vastos estados la Iglesia de Jesucristo.

Terminada la función religiosa, se dirigió la comitiva por la calle de Sertorio (de las Avellanas), al palacio de los antiguos prefectos, habitado por el duque-gobernador de la ciudad, donde se instaló el príncipe, ocupando la misma pieza donde San Vicente Mártir oyó su sentencia de muerte notificada por el prefecto romano. Recientemente ha desaparecido el templo de Santa Tecla, que ocupaba el mismo sitio que aquel antiguo palacio, del que se conservaba por la piedad de los valencianos la pieza que sirvió de cárcel al primer mártir de la ciudad de Valencia.

La multitud saludó con nuevos gritos de entusiasmo al príncipe Hermenegildo, que quedó instalado en su alojamiento, donde le acompañaban el obispo Celsino, el duque de la ciudad, los condes palatinos, que eran los oficiales de

su servidumbre, y las personas más caracterizadas de la población.

III.

Mientras los habitantes de Valencia bullían de gozo por las calles de la ciudad alborozados con la presencia del príncipe Hermenegildo, murmuraban sordamente los arrianos contra los católicos y contra el príncipe, á quien acusaban de rebelde y de traidor al rey su padre y á las instituciones de la monarquía. Decían que el anciano Celsino se habia convertido en cabeza de motin, y acusábasele de haber urdido una trama ingeniosa, pero semi-diabólica, para conseguir que el rey levantase el destierro del príncipe Hermenegildo, encarcelado en Córdoba, haciéndole trasladar incautamente á la ciudad de Valencia. Era evidente que el brillante recibimiento que la ciudad del Túria acababa de hacer al primogénito del monarca, que debia haber entrado como prisionero y no en triunfo, debia arrostrar el enojo de Leovigildo, y no era difícil presagiar una tempestad que podia sobrevenir á la ciudad de Valencia, á la que trataria el rey como á pueblo rebelde.

Era necesario informar al monarca de cuanto acababa de ocurrir en Valencia, y de esta misión se encargó el arriano Wigilisco en una carta dirigida al rey el mismo dia de la entrada de Hermenegildo, redactada en los siguientes términos:

«Señor: La buena fe de vuestra magnánima

grandeza acaba de ser sorprendida por los católicos de esta ciudad, que no temen acarrear todo género de males á la monarquía, provocando los nobles sentimientos de su glorioso soberano, para envolver en sangre y ruinas las más bellas provincias de la patria.

»Mal avenidos los revoltosos católicos con el triunfo de nuestras santas doctrinas instituidas por el inspirado apóstol Arrio, padre de la verdadera iglesia cristiana, á quien odian aquellos impíos que tienen ojos y no ven la luz de la verdad, tienen oídos y no oyen la palabra divina, tienen sentidos y no distinguen ni aprecian que vuestra alteza y sus dignísimos antecesores y los que vengán á sucederle en el trono de Ataulfo, como los altos magnates palatinos y cuantos hombres de ciencia y de algun valer sustentan la monarquía gótica, todos profesan la religion arriana con desprecio y mofa de las ceremonias católicas, con las cuales tratan estos sectarios de deslumbrar á los ignorantes atrayéndose prosélitos á su engañosa escuela, rebelde á su monarca y á la paz del Estado: digo, señor, que envidiosos los católicos de la prosperidad de la iglesia arriana, y deseosos los de esta ciudad de apoderarse de los empleos públicos y de las rentas del obispado, arrojando de su silla al legítimo pastor, puesto en esta iglesia por su soberano, no temieron, para conseguir sus intentos, recurrir á un levantamiento general, negando la obediencia á su rey y proclamando otro á su gusto, incurriendo en el delito de lesa majestad penado por las leyes divinas

y humanas. Para llegar á este resultado, proyectaron algunos genios inquietos arrancar al príncipe Hermenegildo de la prision donde vuestra alteza le retenia, y acudieron al viejo Celsino, titulado obispo de esta iglesia, á quien rinden acatamiento los de su secta, para que les auxiliase con sus luces, indicándoles el medio más breve y seguro de que podrian valerse acerca de la libertad del príncipe, cuya presencia en esta ciudad les autorizaria para cometer todo género de desmanes y atropellos con los pacíficos é inofensivos arrianos, á la vez que se rebelaban contra la paternal autoridad de su legítimo y bondadoso rey Leovigildo, á quien Dios proteja concediéndole un largo y próspero reinado. El falso obispo Celsino, inspirado sin duda con la astucia de Satanás, les aconsejó que no hiciesen la menor manifestacion ni diesen señal alguna de júbilo, en tanto el príncipe no se presentase espontáneamente en esta ciudad ó fuese enviado á ella por orden expresa del monarca. Mas como desanimasen los católicos con esta respuesta, consolóles como pudo su viejo obispo, diciéndoles que enviasen cartas y mensajeros al príncipe, exponiéndole la necesidad de que alcanzase de su padre y rey la correspondiente licencia para trasladar su prision á la ciudad de Valencia; todo lo cual fué hecho y conseguido abusando de la clemencia de vuestra alteza, que no dudó un momento en conceder el traslado de prision movido de su paternal dulzura, no sólo con el príncipe su hijo, sino con el vasallo rebelde.

»Hoy, señor, llegó el príncipe á Valencia, verificando su entrada pública, no como reo de Estado, sino como monarca conquistador, cubierto de joyas y galas, y en sus hombros el manto real, acompañado de magnates y del clero católico con su obispo Celsino, y de una multitud entusiasmada y delirante que le proclamaba rey de España, festejándole como monarca legítimo, con grandes músicas, gritos, fiestas y aclamaciones. El primer acto de los católicos enemigos de vuestra alteza y de la paz del Estado, ha sido posesionarse de la iglesia catedral, á cuyas puertas se apeó el príncipe, arrojando del templo á los arrianos y á su legítimo pastor, quedando Celsino dueño de la silla episcopal, con gran beneplácito del príncipe aclamado ya rey.

»Vuestro humilde siervo y su fidelísimo rebaño de esta diócesis, os piden justicia, señor, contra los atropellos de los católicos ufanos y engreídos con la presencia del príncipe, á quien arrastrarán á hacer la guerra á vuestra alteza, sin temor de convertirle en parricida; que tales parecen ser las aspiraciones de estos católicos valencianos, tan enemigos de su propio reposo como de la autoridad de su legítimo monarca.

»Tales son las desagradables nuevas que os comunica, señor, vuestro humilde siervo.—*Wigilisco, Obispo Valentino.*»

Terminada esta carta, despachó el arriano un correo á la córte, donde debia estallar en breve la tempestad que amagaba en el horizonte de Valencia.

Menudeaban aún las fiestas en la ciudad por el júbilo que causaba á los valencianos la presencia del príncipe Hermenegildo, cuando vieron sorprendidos de pronto por el rey, que á la cabeza de un poderoso ejército, vino desde Toledo á marchas forzadas á poner sitio á Valencia, si la ciudad no le abría las puertas, y á castigar ejemplarmente á los promovedores de todas aquellas escenas en que tan importante papel representára el príncipe condenado por el rey como hijo rebelde.

IV.

Lleno de enojo y de fiereza, puso sitio Leovigildo á la ciudad de Valencia, pero todos sus habitantes juraron perder la vida ántes que entregar al príncipe, y tampoco quisieron rendirse sin probar la suerte de una batalla que libraron en el llano de Cuarte con las tropas del rey. Ruda y obstinada fué la lucha de uno y otro bando, pero eran superiores las fuerzas reales, carecian los valencianos de un capitán experimentado y aguerrido que supiera coronar el éxito de la batalla con el laurel de la victoria, y sucumbieron en la lucha.

Leovigildo se vengó cruelmente haciendo rodar la cabeza de los principales rebeldes, y sólo esperaba cercenar la de su hijo para penetrar en la ciudad, cuyos habitantes le habian entregado ya las llaves, como señor de ella. Obstinóse el rey en no querer posesionarse de la plaza, en tanto no le presentasen á su hijo y al

obispo Celsino; pero nadie habia osado á tanto, no obstante haber jurado Leovígildo incendiar la ciudad y pasar á cuchillo á todos sus moradores. Impacientábase ya el monarca esperando cercenar las cabezas del príncipe y del obispo, que nadie osaba presentárselos, resolviéndose al fin á ir personalmente á buscarlos, penetrando en la ciudad, pero no sin dar orden á sus tropas de que pasasen á todos sus habitantes á degüello.

Hallábase ya cerca de la plaza, cuando salióle al encuentro el anciano pastor con la frente inclinada por los años, pero altiva, no obstante, con la tranquilidad de conciencia del que ha llenado su deber hasta el postrer momento. Iba solo y á pié, apoyado en su báculo; y con paso firme y el corazón resuelto llegó á la presencia del soberano.

—Me buscabas, oh, rey, y aquí me tienes, para que córtés mi cabeza si te es necesaria.

—Sí, la necesito, viejo obispo, para alcanzar con ella la paz de mis Estados.

—No alcanzarás, rey injusto, sino la guerra y una muerte desastrada. Pero tómala, y si sabes segarla de un tajo, no creas que moriré sin darte mi bendición y de rogar á Dios que ilumine tu entendimiento, para que sepas administrar justicia y tener en paz á tus vasallos.

—Prepárate, pues, porque vas á morir al instante.

—Los ministros del Señor, de un Dios misericordioso que murió por redimirnos, vivimos siempre preparados á morir; y el que ha alcanzado mi edad y el báculo de pastor, aunque in-

digno, no llegaría á tu presencia sin estar dispuesto á la muerte.

Eoanciano levantó tranquilamente su mano derecha, y bendijo al rey con la misma solemnidad que si se hallára oficiando en el altar de su iglesia. Despues elevó los ojos al cielo y pronunció con majestad algunas palabras:

—No le tomes en cuenta, Dios clemente, mi muerte; te entrego mi vida gustoso en expiacion de tantas víctimas inocentes, sacrificadas en aras de su ciega venganza. Muera yo, Señor, y salva al príncipe Hermenegildo, para que sea el iris de paz de este pueblo católico.

—Una palabra aún, dijo con ceño el rey.

—Habla.

—¿Dónde está mi hijo, cuya cabeza quiero ver rodar al par de la tuya?

—En lugar seguro, bajo la confianza puesta en Dios, que dispone de los elementos.

—¿Qué quieres decir?

—Que acabo de dejarle en el navío, que en estos instantes le conduce á merced de las olas, donde no le alcance tu venganza ni el poder de tu soberbia.

—¡Viejo loco! ¿eso has hecho?

El anciano no contestó; permaneció tranquilo esperando su sentencia. El rey pareció, no obstante, que luchaba con sus sentimientos paternales, más poderosos que la pasión de su venganza; y aunque trató de ocultarlo, no se escapó á la penetracion del obispo el júbilo que interiormente le causó aquella nueva, que le evitaba derramar su propia sangre.

—Y pudiendo tú salvarte con él, añadió, ¿cómo has osado desampararle y venir á mi presencia, cuando sabes que aquí te aguarda la muerte?

—No he desamparado al príncipe, ¡oh rey! Le he puesto bajo la proteccion del cielo. He osado llegar á tu presencia, porque no temo tu enojo ni me arredra tu venganza. Mi vida no te pertenece; si dispones de ella porque creas que así te place, te equivocas; tú no segarás mi cabeza sin permission de Dios que nos juzga; y si la contemplas vengativo al verla rodar por el suelo, no serás tú el autor de mi muerte, es que mis dias están contados y Dios me concede el premio de reunirme á él, para que le contemple y le adore al pié de su excelso trono.

—Quizá tengas razon, obispo, pues Dios por mi mediacion te hace merced de la vida; pero te advierto, que si no sales inmediatamente del reino, Dios te concederá igualmente el premio que ansías, porque tu cabeza rodará por el suelo, y será tu rey quien te envíe directamente á la gloria.

V.

El rey entró luégo en la ciudad, y permaneció algun tiempo en el país recorriendo los pueblos de la costa. Las crónicas religiosas refieren otra tradicion acerca de un milagro que presenció el rey en el convento de cabo Martin, y como despues se quejase á su obispo arriano de que sólo los católicos sabian hacer milagros, Wigilisco apostó en cierto camino, por donde debia pasar el rey, un ciego fingido, al cual se acercó para obrar el milagro de devolverle la

vista, pero con tan desgraciada fortuna, que al ponerle la mano en los ojos, el ciego fingido perdió la vista de hecho.

Un año despues de estos sucesos cayó en poder del monarca el príncipe Hermenegildo, el cual fué encerrado en una torre de Tarragona, donde encontró la muerte por mandato de su padre. Así parece justificarlo la crítica de la historia, no obstante hallarse consignado en las crónicas religiosas que murió el príncipe en una torre de Sevilla.

Habia casado Hermenegildo con la princesa Ingunda de Francia, la cual fué por algun tiempo juguete de la fortuna, hasta que murió de pesar al ser trasladada á Constantinopla con su hijo. El niño fué educado en la capital de Oriente, al lado del emperador Mauricio, de donde fué reclamado por su abuela Brunegilda, madre de San Hermenegildo, que consiguió al fin ver á su lado al pobre huérfano, como vivo traslado de su santo hijo, á quien la Iglesia ha colocado en el catálogo de los mártires.

Murió Leovigildo el año 586, sucediéndole en el trono su hijo Recaredo, primer rey católico de España, cuyo reinado fué de los más brillantes de la dominacion gótica en la Península.

Celsino regresó á su iglesia valentina, donde murió al poco tiempo, sucediéndole en la silla el ilustre Eutropio, abad que habia sido del monasterio servitano de Játiva, y uno de los varones más esclarecidos de aquel tiempo, á quien le cupo alcanzar la corona de los santos por su grande sabiduría é inimitables virtudes.

VII.

TRASLACION DEL CUERPO DE SAN VICENTE MARTIR.

I.

La raza gótica habia degenerado lastimosamente, incurriendo á su vez en los mismos vicios y defectos que el pueblo romano. Como fué conquistada por los godos la altiva y poderosa Roma, mientras los patricios se entregaban á la impúdica bacanal de sus desórdenes, y los emperadores á la satisfaccion de sus placeres y de sus vicios, fuéron igualmente conquistados los godos españoles por el regalo y la molicie á que se hallaban entregados los magnates, imitadores de sus indignos reyes, á quienes pinta la historia con los más negros colores de inmoralidad por sus desordenados apetitos, por su desenfreno y sus crímenes. Una raza guerrera, vigorosa, como habia sido ántes la familia goda, venía triunfante desde el fondo de la Arabia, blandiendo la espada de sus gloriosas conquistas, á avasallar la monarquía gótica de España, regida á la sazón por el débil y desgraciado monarca Don Rodrigo.

Los árabes penetraron en España como en una tierra de promision, segun las brillantes y poéticas descripciones que unos á otros se hacian de las fértiles comarcas de la Bética, y realmente quedaron sorprendidos de asombro

al pisar las hermosas regiones que ellos habian soñado y descrito en su portentosa fantasía, inferior, no obstante, á la realidad de lo que veian. Juzgaron que esta tierra era el Eden ofrecido por el Profeta á los creyentes, y resolviéronse á conquistarle á todo trance, cualquiera que fuere el número de los enemigos y los riesgos que necesitáran vencer para llevar á cabo su conquista.

El conde Teodomiro, capitan general de Andalucía, no contaba con fuerzas suficientes para resistir la poderosa irrupcion mahometana, y escribió al monarca pidiéndole los necesarios refuerzos, y aconsejándole viniese personalmente á la cabeza de su ejército. No se hizo esperar D. Rodrigo. Reunió un ejército numeroso, y puesto al frente de sus tropas, vino á acampar en las márgenes del Guadalete, donde se libró la más sangrienta y desdichada batalla que presenciaron los pueblos y los siglos. La traicion de algunos personajes godos decidió el éxito de la lucha. Don Rodrigo sucumbió con el valor, con la dignidad y bizarría de un rey caballero, aunque otra cosa se hayan permitido decir algunos apasionados cronistas. Los árabes vencedores en aquella terrible jornada quedaron dueños de Andalucía, sin más oposicion que la que pudo hacerles, con las débiles fuerzas escapadas de la matanza, el buen conde Teodomiro. Este valeroso caudillo, tan injustamente tratado en las crónicas antiguas, vino molestando dia y noche al ejército musulman hasta penetrar en tierra de Murcia, donde hu-

biera sido aniquilado por los árabes, si no recurriera á un ingenioso ardid, del que supo sacar gran partido, negociando con el generoso Abdelaziz, que le concedió la soberanía de Orihuela, Lorca y toda la tierra llamada desde entónces de Tadmir, nombre que daban los árabes al conde Teodomiro.

La defensa de la nacion fué harto débil por parte de los españoles; los árabes se posesionaron de toda la Península, á excepcion de las montañas de Astúrias y de Jaca, de donde brotó la restauracion de la monarquía española en Castilla y en Aragon, ó sea en los reinos de Astúrias y de Sobrarbe. Valencia cayó, como las demas ciudades y provincias, en poder de las tropas musulmanas, á los tres años despues de la batalla del Guadalete, dada en 711.

Las familias de los valencianos que no quisieron someterse á las leyes del vencedor, emigraron á las montañas de Jaca ó de Astúrias, donde trasladáronse algunos monjes con las reliquias de los mártires, y fundaron, segun se cuenta, un templo para custodiarlas, á cuya sombra y amparo se constituyeron viviendas que vinieron á formar muy en breve una ciudad, á la que se dió el nombre de Oviedo.

Abderramán I, califa de Córdoba, expidió una órden cruel para que fuesen derribadas las iglesias de los cristianos, y se hiciesen desaparecer las reliquias de los Santos, y entónces tuvo lugar en Valencia la traslacion del cuerpo de san Vicente Mártir, segun refiere la tradicion, que es como sigue.

II.

Corria el año 780 de la era cristiana, y hacía ya sesenta y seis que dominaban los árabes en la ciudad de Valencia. Ocupaban los cristianos un barrio extremo de la poblacion, agrupados en torno de la iglesia del Santo Sepulcro (hoy de San Bartolomé), fundada por el emperador Constantino. El perímetro de la ciudad tomaba de dia en dia nuevos vuelos, ensanchada y embellecida por los musulmanes, en tanto quedaba cada vez más reducida la poblacion de los mozárabes, nombre que se daba á los cristianos que vivian entre los moros, pues no ocupaban ya sino el citado barrio, al que la tradicion ha dado el nombre de *Rebatins*.

Un domingo, despues de la hora del medio dia, hallábanse congregados en la iglesia del Santo Sepulcro los principales vecinos de la poblacion cristiana, entre los que se encontraba algun venerable sacerdote á más de los naturales de la parroquia, encargados de sostener el culto y de administrar á sus feligreses los auxilios espirituales.

Parecian reunidos en aquel sitio para tratar de algun asunto muy grave, y así era en efecto, pues habian tomado la precaucion de cerrar las puertas del templo, cerciorándose ántes de que no se hallaba entre los circunstantes ninguna persona que no inspirase á todos la más absoluta confianza. Motivó la reunion un decreto del califa Abderramán, ordenando que se purificasen

las principales iglesias de los cristianos, para convertirlas en mezquitas musulmanas, contraviniendo á los pactos estipulados por sus antecesores en la época de la conquista.

Un sacerdote ya entrado en años hacía uso de la palabra, prestándole su auditorio suma atención, pues á todos interesaba igualmente tomar un acuerdo.

—La órden dictada por el califa de Córdoba, decia el sacerdote, acaba de despojarnos del primer templo de la ciudad, de nuestra iglesia mayor, de la cual fuí el último dean; y ya no he conocido pastor, porque no puede haberlo allí donde no hay rebaño. Los moros juraron respetar nuestros templos y viviendas, nuestras leyes y propiedades, nuestras costumbres y familias, y no ocupar el territorio sino militarmente, y ya veis á qué han quedado reducidas sus promesas. Ellos ocupan los palacios y edificios públicos de la ciudad; han derribado calles, manzanas y barrios enteros, levantando serrallos, jardines y moradas para sus familias allí donde ántes habitaban los cristianos, señores y propietarios de la ciudad, como de las haciendas recibidas de sus abuelos. La poblacion goda no ha podido soportar la miseria á que la condenó ese pueblo de infieles, y el mayor número de familias ha emigrado á las montañas de Jaca ó de Astúrias, para reunirse con los valientes cristianos restauradores de la monarquía gótica, que avanzará paso á paso con la visible proteccion del cielo, á reconquistar las ciudades y provincias que nos legaron nuestros

abuelos y no supieron defender nuestros padres. Los cristianos que no emigraron y sobreviven en esta ciudad han quedado reducidos al escaso número de vecinos que nos hallamos congregados en este sitio, número que cada día decrece y decrecerá tal vez hasta desaparecer por completo, porque no es posible prosperar en la esclavitud, ni tampoco es fácil prever cuál será el fin que nos aguarda, si continuamos viviendo en esta tierra profanada por la planta del invasor, impregnada del ambiente del islamismo importado por los creyentes del falso profeta. No creais que les basta lo hecho, ni les satisface habernos arrebatado los templos. Bien sabeis lo que ordena el califa acerca de las reliquias de nuestros gloriosos mártires: que se destruyan, que desaparezcan por completo, para que se entibie la fé de nuestro pueblo, pues careciendo de objetos de veneracion y de aquellas reliquias que obran milagros, desaparecerá completamente el cristianismo de la tierra española, y dominarán ellos en absoluto sin el menor obstáculo por parte de los naturales. Fijáos bien, hermanos míos, en la bárbara órden del califa, y decidme si podremos consentir que se profane el santuario que la piedad de Constantino erigió al sagrado cuerpo de nuestro mártir San Vicente: decidme tambien si podremos tolerar que manos impías y sacrílegas se posen en el cuerpo del Santo para reducirlo á polvo y esparcirle por el viento.

—No, no: exclamaron todos. Debemos preservar de la profanacion de los islamitas el sa-

grado cuerpo de nuestro glorioso mártir. Debemos morir todos ántes que tolerar que uno sólo de ellos profane con sacrílega planta aquel santuario.

—No basta, queridos hermanos, hacer juramentos; es necesario poder llevarlos á cabo para cumplirlos. Todos estamos dispuestos á morir por la fe de nuestros mayores: pues suponed que morimos todos, y se pierde la fe porque no quede uno sólo que pueda observarla: en este caso habrán perecido tambien las creencias, si no hay quien las observe, y no se trata de que perezcan, sino de salvarlas. Importa, pues, buscar un medio que nos permita poner el cuerpo del Santo á cubierto de todo atropello por parte de los árabes.

—Labremos un altar subterráneo en la misma ermita de San Vicente ó en esta iglesia del Santo Sepulcro, donde podamos depositar el sagrado cuerpo ocultándolo á la vista del invasor, y venerarle nosotros hasta que Dios se apiade de nuestro pueblo y se sirva enviarnos tiempos mejores.

—La idea fuera buena y aceptable si tuviésemos tiempo para labrar el altar subterráneo, y pudiésemos evitar que fuese descubierto por los invasores, y que habian de respetar nuestros templos y santuarios, todo lo cual es muy difícil, pues olvidais que en adelante no respetarán ya los lugares sagrados de nuestra devocion y respeto. Proponed, pues, otro medio más seguro y más fácil.

—Proponedlo, vos, dean, como hombre de

experiencia y de más luces que nosotros.

—Tengo ya estudiado el único medio hábil que encuentro de salvar el Santo, y es el siguiente. Sustraeremos con gran disimulo el sagrado cuerpo, y le llevaremos al Grao, donde una nave aparejada al objeto, le recibirá en depósito. Los sacerdotes que aún vivimos de los que un dia formábamos parte del clero catedral, nos constituiremos en guardia y custodia del Santo, con las familias de vosotros, que gustáreis acompañarnos. La nave dará la vuelta á la Península, y Dios será servido conducirnos felizmente á tierra de Astúrias, donde no ha de faltarnos lugar cómodo y seguro para depositar el Santo entre españoles cristianos.

—Y creéis, venerable dean, que no sufrirá la nave algun contrariempo por parte de los moros?

—Dios se servirá ampararnos y protejernos hasta salir del Estrecho de Gades. Una vez que saludemos las olas del Océano, os respondo de nuestra seguridad, porque nada tenemos que temer en la inmensidad de los mares.

—¿Cuándo creéis que debe ser trasportado al buque el cuerpo del Santo mártir?

—Ahora mismo si fuera posible, pues no hay tiempo que perder, por si los sectarios de Mahoma se les ocurre cumplimentar la orden del califa.

—¿No podria hacerse el traslado despues de cerrada la noche?

—Infundiria sospechas quizá, y juzgo preferible la luz del sol, hora en que despachan sus buques los mercaderes.

—Tomemos, pues, las disposiciones oportunas, y dentro de una hora puede hallarse el santo cuerpo en la nave.

—¿Alguno de vosotros está dispuesto á abandonar esta tierra para venirse con el Santo al reino de Astúrias?

—Várias familias enteras os acompañaremos, venerable dean: los que aquí queden rogarán á Dios por la prosperidad de nuestro viaje, como nosotros rogaremos por ellos, desde el punto á donde Dios fuere servido llevarnos.

III.

Diez ó doce días van trascurridos desde que tuvo lugar aquella congregacion de cristianos en la iglesia del Santo Sepulcro de Valencia.

Una nave de gran porte boga con viento próspero por los últimos límites del Estrecho de Gades, y una tripulacion numerosa compuesta de cristianos de ambos sexos de diversas condiciones y edades, contempla desde el castillo de popa las encrespadas olas del Océano, que hacen cabecear al buque como el casco de una nuez, en cuyo hecho nadie se fija, absortos todos en la soledad del ancho mar, y en la hermosa vegetacion que cubre como espesa alfombra la tierra que á la derecha de la nave se descubre, cuando sólo restan ya algunas brazas para trasponer aquella lengua de tierra y salir á lo ancho del Océano.

—¿Qué tierra es aquélla? Habian preguntado los tripulantes al patron de la barca.

—Los Algarbes, último extremo de la Lusitania.

—¿Hay moros en esta tierra?

—Presumo que no, como no hayan llegado aquí por mar, porque necesitaban haber franqueado el caudaloso Guadiana; pero no lo sé de fijo, porque me cuido poco de las cosas que pasan en la tierra.

Los tripulantes suplicaron al piloto acercase cuanto pudiese la nave á tierra para poder examinar de cerca la costa. Condescendió el piloto, no sin refunfuñar entre dientes, porque temia los riesgos del vajío hallándose tan cerca del Océano. Entónces fué cuando la tripulacion se presentó en masa sobre cubierta á disfrutar de la agradable vista que presenta aquel extremo de la costa portuguesa. Se hallaban próximos al ángulo que forma aquel cabo avanzando hácia el Océano, donde se distingue hoy una vieja torre que embellece la perspectiva que desde muy léjos admira el navegante al salir del Estrecho. Preguntaron al piloto qué nombre llevaba aquella montaña que se interna en el mar, y contestó que era conocida de los geógrafos y navegantes con el nombre de *Promontorio Sacro*.

—Hermanos míos, gritó como inspirado el dean de Valencia dirigiéndose á los cristianos que le acompañaban: que sea conocida de hoy más esta tierra con el nombre de *Cabo de San Vicente*.

—Sí, sí; en conmemoración de haber pasado por aquí el cuerpo del Santo. ¡Honor al Cabo de San Vicente!

—Esta tierra parece desierta, continuó diciendo el dean, ¿no podíamos ponerla bajo la proteccion de San Vicente Mártir, erigiéndole aquí un templo, y fundando una colonia que ofreceríamos luégo á los reyes de Astúrias?

—Si tuviéramos seguridad de no ser atacados de los moros? Contestaron algunos entre confiados y dudosos.

—Por ahora podeis desechar ese temor, replicó el piloto; pero no debeis fiar mucho del dia de mañana, porque bien veis que es corta la distancia que média entre este país y las costas de Africa, y más tarde ó más temprano vendrán á posesionarse de esta tierra, y pudiérais pasarlo no muy bien, á ménos que no hiciera un milagro San Vicente.

En aquel instante la nave dió un chasquido, y como una violenta sacudida que hizo perder el equilibrio á casi todos los pasajeros que se hallaban de pié á bordo.

—¡Maldicion! exclamó el piloto. Encallada la nave en un banco de arena; encallada por mi blanda condescendencia con esta gente. ¡Al agua los botes y todo el mundo á tierra; es forzoso aligerar la nave para que flote por sí misma ántes que sea pasto del viento y de las olas!

En un instante fuéron echados los botes al agua para desembarcar á los tripulantes, mientras los marineros, unos recogian las velas, otros ayudaban á desembarcar á los pasajeros, y otros comenzaban á aligerar la nave de su pesado cargamento.

Así que se vió en tierra el dean, dióse á recorrer la montaña con algunos de sus compañeros, subiendo á los puntos más elevados para dirigir la visual á larga distancia, esperando reconocer el terreno por si veia indicio de poblacion mora ó cristiana. No debió quedar descontento de sus investigaciones, porque al reunirse de nuevo con los aturridos cristianos sus compañeros, presentóse con risueño semblante y procuró consolarles á todos.

La operacion de descargar la nave fué larga y penosa. Allí trascurrió el dia, resignándose los pasajeros á pasar la noche en tierra. Al amanecer del dia siguiente flotó la nave por sí misma por efecto de la marea, fenómeno que sorprende grandemente á los costeros del Mediterraneo por lo poco sensible que es en este mar el flujo y reflujo. Entónces hubo que cargar de nuevo la barca, mas al comenzar esta segunda operacion, advirtió el piloto la presencia de algunas velas que venian hácia el cabo con viento en popa, y temiendo no fuesen piratas africanos que venian en su persecucion, desplegó velas, á favor de un viento fresco, y despues de encargar á los pasajeros se escondiesen en las breñas del monte, se hizo al mar, diciendo que no tardaria en volver por ellos.

Hombres y mujeres, niños y viejos indistintamente prorumpieron en copioso llanto al ver alejarse la barca, como si aquel débil leño fuese la misma patria que les abandonaba en su quebranto, arrojándoles á una tierra desconocida.

Procuró el dean consolarles á todos, diciéndoles que la barca no tardaria en regresar para llevarles á tierra de Astúrias.

—Y si Dios en sus inescrutables juicios hubiese dispuesto que la barca no vuelva más por nosotros, tampoco tenemos porqué quejarnos, es que el glorioso mártir San Vicente no quiere salir de la tierra que lleva ya su nombre; desea, por el contrario, que le erijamos aquí un templo, á cuyo amparo y proteccion fundaremos un pueblo, al que Dios hará feliz y venturoso.

Todos parecieron calmarse con las palabras del sacerdote, pero no era fácil olvidar la advertencia del piloto sobre la peligrosa vecindad de Africa y acerca de la presencia de las naves que parecian enemigas y se acercaban con gran rapidez impulsadas por el viento. Felizmente seguian otro rumbo, pues en vez de dirigirse al Cabo se inclinaron más al Sur, siguiendo la costa de Africa.

Pasado este peligro y reanimados los valencianos emigrantes con las palabras del buen dean, entregáronse en brazos de su fe religiosa, y diéronse á buscar sitio á propósito para fundar una poblacion, en tanto regresaba ó no la nave, que algunos de ellos daban ya por perdida.

Se ignoran los percances que pudieron ocurrir á la barca, pero es lo cierto que no regresó, y de aquí dedujo con gran oportunidad el dean, que habria naufragado ó caido en poder de piratas, cuya desgraciada suerte les estaba reservada á todos ellos, y Dios se habia valido de

aquéllos medios para librarles de la muerte ó de la esclavitud por intercesion de San Vicente, que habia obrado aquel milagro para salvar aquel puñado de familias.

Con esto creció la fe y la confianza en todos ellos, y no tardaron en levantar un pequeño santuario, donde colocaron el cuerpo del santo mártir: en torno del templo edificáronse sus chozas, y de todo ello resultó una poblacion, á la que dieron el nombre de San Vicente, fundada por aquellas familias valencianas en el último confin de España y de Europa.

IV.

No expresa la tradicion con suficiente claridad cuánto tiempo disfrutó aquella colonia las dulzuras de la paz, pero parece indudable que trascurrieron algunas generaciones viviendo en completa calma en aquél lugar tranquilo, sin que los moros africanos se atrevieran á molestarles por el terrible escarmiento que hizo en ellos Abderramán de Córdoba, cuando Alí-ben-Mongheith desembarcó con numerosas tropas al occidente de los Algarbes. Probable es que la pequeña colonia permaneciese segura é independiente al abrigo de algun tratado de paz con los moros vecinos, dueños á la sazón del Algarbe y de la costa occidental de la Lusitania, como supo crearse un estado independiente el conde Teodomiro en tierra de Murcia, y en nuestros dias se conservan tambien independientes algunos estados como Mónaco, y las repúblicas de San Marino y de Andorra, considera-

das por los diplomáticos como una curiosidad política. Así nos explicamos únicamente este punto que no revela la tradición, acerca del largo tiempo que permanecieron aquéllos colonos en el Cabo de San Vicente.

Allí vivían dichosos los hijos y nietos de los valencianos fundadores de la colonia, depositarios de la tradición que acerca del cuerpo de San Vicente recogieron de sus padres. Reinaba ya en Portugal su primer rey Alfonso Enriquez, hácia el año 1112, cuando llegó al Cabo de San Vicente un caudillo moro llamado Abul Hacem. Espoleados los moros por la victoriosa espada de Enrique de Borgoña y de su hijo Alfonso Enriquez, hubieron de correrse al Sur de los Algarbes, y en estas correrías fué cuando Habul Hacem penetró en la colonia de los cristianos, haciéndolos á todos cautivos y arrasando hasta los cimientos sus pobres moradas y su venerado templo.

Alfonso Enriquez ganó á 25 de Julio de 1139 la memorable batalla de Campo-Ourique, en la que venció á cinco reyes moros, asegurando en esta jornada la independendencia de Portugal y la derrota del islamismo en la region lusitana. Entre los prisioneros hechos en la batalla, encontrábanse algunos cristianos del Cabo de San Vicente, cautivados años ántes por el moro Abul Hacem. Conmovido el victorioso monarca al oír la relacion de los cristianos, resolvió rescatar el cuerpo de San Vicente, convencido de que se hallaba oculto entre las ruinas, pues al edificar los valencianos el pequeño templo,

tuvieron la precaucion de labrar una bóveda donde depositaron el cuerpo del Santo para salvarle de cualquier contratiempo.

No era aún don Alfonso dueño de los Algarbes, y mal podia llegar al último límite de aquel reino ántes de conquistarle, poseyendo aún mucha tierra en sus Estados los moros. Felizmente conquistó á Santarem en 1145, y como tres años despues se apoderase de Lisboa, el rey pudo ya permitirse un paseo marítimo hasta el Cabo de San Vicente, donde guiado por los cristianos, descubrió al fin el cuerpo del Santo, sobre cuya sepultura parece que se posaban algunos cuervos.

Trasladado á la nave dió el rey la vuelta á Lisboa, acompañado igualmente de los cuervos, añade la tradicion, que parece no querian abandonar la custodia del Santo. Este es el origen de las armas de Lisboa dadas á la ciudad por Alfonso Enriquez, segun refieren algunos narradores.

El cuerpo del mártir fué depositado en la iglesia mayor, y se llamó de San Vicente la puerta de la ciudad por donde verificó su entrada. Este hecho tuvo lugar el año 1173, despues que el rey hubo firmado una tregua con los moros, para que le diesen tiempo de buscar el cuerpo del Santo y poderlo trasladar tranquilamente á sus Estados. En Lisboa mandó erigir un templo bajo la advocacion de San Vicente para colocar el cuerpo del mártir. Tres años despues fué trasladado á la ciudad de Braga, donde debe conservarse actualmente.

VIII.

LA ESCALA DE LA DONCELLA.

I.

El viajero que penetra en el reino de Valencia por la vía férrea de Madrid, admira ántes de llegar á Fuente la Higuera, primer pueblo de la zona valenciana, el cambio de vegetacion y el diferente carácter que ofrece el terreno, quebrado, fértil y montuoso, contrastando notablemente con las monótonas llanuras de la Mancha. El país se presenta cada vez más bello, más alegre y encantador; y al llegar á la estacion de Mojente, segundo pueblo de la provincia, donde el tren se detiene algunos minutos, el viajero puede observar ya una vega de lozana vegetacion en el hermoso valle que se extiende á la derecha del Cãñoles, entre el cauce casi seco de este rio nominal y una alta montaña cultivada hasta la cumbre.

La villa de Mojente, compuesta de 772 casas, en las que se albergan 4.200 habitantes, forma el principio de la vega y se halla situada al pié de un cerro, donde se descubre una torre moruna, que el pueblo debia conservar, siquiera porque constituye el blason del escudo de armas del ayuntamiento. A corta distancia de la torre, y en el punto más alto de la colina, existen aún restos de un antiguo castillo del tiempo de los

árabes, conservándose en buen estado algunos trozos de muralla, cuyas líneas venian á encerrar en su recinto la antigua poblacion, edificada hace siglos al pié de la fortaleza y en sitio más alto que el que hoy ocupa.

El pueblo está dividido por el arroyo Bosquet, tambien nominal como el Cãñoles, salvo en la estacion de las lluvias, y á poco trecho del pueblo, al pié del cerro donde se levanta erguida la torre, brota una copiosa fuente que abastece á la poblacion y fertiliza la vega, cuyo riquísimo manantial es conducido por medio de un acueducto de obra sólida y antiquísima contemporánea de la torre, de la muralla y del castillo.

Una cueva á la que va unida cierta tradicion histórica, original, tierna y bellísima de los siglos modernos; una vieja casa señorial, ni bella ni artística, ni notable por ningun concepto; un convento derruido, una iglesia antigua, una ermita sobre la colina de Santa Ana y algunos otros recuerdos de los pasados siglos, constituyen otras tantas leyendas que se trasmiten tradicionalmente de padres á hijos, pudiéndose formar de todas ellas un libro. De ninguna de estas vamos á ocuparnos en el presente volúmen, sino de otra más antigua y más fantástica, conocida en el país con el nombre de la *Escala de la doncella*.

Así se denomina un sitio que se encuentra en la garganta de dos montañas por cuyo fondo corre el arroyo Bosquet, distinguiéndose en las piedras de uno y otro lado caprichosos relieves

tallados por el buril de la naturaleza. Cada uno tiene su nombre adecuado á lo que representa, y el último de todos no es sino una escala de tramos gigantescos, construida en la misma montaña, la cual parece remontarse á los tiempos ígneos, siendo labrada por el Autor de la creacion.

Esta es la *Escala de la doncella*, la que no se admira tanto por la obra de la naturaleza cuanto por el número de cuentos y de leyendas á que dá pábulo el nombre con que se la designa, y que revelan todas ellas la fantástica imaginacion de la raza oriental que las legó, á cuya época se remonta la tradicion que sigue, recogida al arrullo del regazo materno en los dichosos dias de nuestra infancia.

II.

Quando Valencia constituia el emirato más poderoso de la España árabe en los revoltosos tiempos del segundo Abdelaziz y de aquella série de reyes de taifas, era señor de Mojente un personaje de representacion en los negocios del Estado: valeroso caudillo, hábil diplomático, dado á las letras y á las artes y apasionado por los placeres del campo, donde residia largas temporadas siempre que le dejaban libre de sus ocupaciones los asuntos de la córte. Llamábase Muhamad ben Abderrahman ben Tahir, nombre que revela su descendencia de Abu-Abderrahman ben Tahir, que vivió en la capital del reino ó emirato y presenció la conquista de la

ciudad por el Cid. Tambien nuestro personaje figura en la historia árabe de Valencia, y de Murcia y en la de Marruecos, donde tenía gran ascendiente y muchas relaciones personales, por haber militado, segun parece, á las órdenes de Abdelmumen el Almumenim.

Ben Tahir tenía una hija hermosa como las huríes del Edem, á la que amaba como padre tierno y solícito, pues que habia depositado en aquella flor de sus amores todo el tesoro de sus afecciones. Habíase cuidado el noble musulman de enriquecer la inteligencia de su hija por medio de una educacion selecta y esmerada, superior á la de todas las hijas de Oriente. Para que la educacion de la jóven fuese tan brillante que excediese á la de todas las mujeres de su raza, púsola el ilustrado Ben Tahir bajo la direccion de un sabio que hizo venir de Oriente, por quien dió una gruesa suma, pues que era éste prisionero de los Almohades y permanecia cautivo en la córte de Marruecos.

La encantadora hija de Ben Tahir llevaba un nombre poético como casi todas las mujeres orientales, pero cuyo sonido se amolda no muy bien á la pronunciacion castellana, y traducido al lenguaje vulgar significa *Flor de los jardines*. Gustaba mucho de la soledad y belleza de las montañas, y su padre, dispuesto siempre á complacerla, mandó construir un pequeño pero hermoso palacio en la misma alcazaba ó fortaleza del pueblo, sobre la que avanzaba la torre que aún se conserva, como mudo centinela y constante atalaya del manantial que brota á sus piés,

para que nadie osase cortar aquellas aguas que daban la vida al pueblo y á su hermosa vega, y producian el encanto de la jóven Flor cuando bajaba con su dorado búcaro á beber al manantial y á contemplar el murmurio de la trenzada y caprichosa corriente. Otras veces se internaba por el camino del Bosquet, en aquella garganta ó desfiladero formado por la vertiente de dos montañas, y admiraba las obras de la naturaleza sin explicarse jamás el objeto de aquellas figuras talladas en la dura roca, que ella creia, en su fantástica imaginacion, que debian encerrar un misterio.

Así creció y se desarrolló la hermosa Flor de los jardines bajo la direccion de aquel sabio oriental que la instruyó en el ejercicio de las artes, de la historia y de la poesía, enseñándola además á descubrir el secreto de las ciencias ocultas. Decíase que el sabio instructor se hallaba muy versado en el arte de la magia y que no habia nada imposible para él; y así debia creerlo su jóven discípula, por cuanto aseguraba á su padre que habia aprendido de su maestro estupendas maravillas.

Trascurria el tiempo entre tanto, y la niña se hizo mujer mientras el sábio se hacía más viejo; y cuanto más avanzaba la jóven en el camino de la vida y de la ilustracion, más se agriaba su carácter, y más gruñon é irascible el viejo se volvía. Procuró el buen Tahir estudiar la causa de tal mudanza de caractéres, pero no llegó su penetracion á descubrir nada que le diese el menor indicio de aquella tristeza ó preocu-

pacion que embargaba á su hija. Era jóven, hermosa, discreta y entendida como una maga: tenía galas, riquezas, tierras, jardines, castillos, esclavos y servidores, y en nada de ello paraba su atencion, siempre melancólica, en pos de la soledad y del imperturbable silencio; y continuamente se la veia al pié de un árbol ó sobre una roca de la montaña, en completa abstraccion, fija la vista en un punto dado, allá en el camino del Bosquet, donde ella creia que se encerraban grandes misterios que el viejo preceptor no la descubria. Su pensamiento vagaba por los espacios imaginarios, y así permanecia horas enteras, con asombro de su padre y de sus servidores.

Ben Tahir trató de distraerla llevándola á la córte ó á las famosas ciudades de Andalucía, pero la jóven se obstinó en no salir de Mojente, cuyas montañas encontraba superiores á todas las ciudades del mundo, y allí se encerraban todas sus aspiraciones. El viejo preceptor á su vez mostrábase tambien mohino, taciturno y regañon como un gato huraño, y el buen Tahir se desesperaba viendo aquella mudanza de carácter en el sabio maestro y en su hija.

Un dia los llamó á los dos para que le diesen una explicacion que le tranquilizase respecto de aquel cambio de genios, y despues de muchos rodeos por parte del viejo y de su discípula, habló el maestro en estos términos:

—Poderoso Ben Tahir, así el Profeta colme tu casa y tu descendencia de dones y bienes, como yo te diré la verdad de lo que saber deseas.

—Habla luégo, mas procura ser claro y conciso.

—Seré breve. Lo que más te importa saber es la causa de la tristeza de tu hija, que debiste haber adivinado por tí mismo. Toda su enfermedad consiste en que ha llegado á la edad en que su corazon siente un vacío, tanto más difícil de llenar, cuanto mayor es el desarrollo de su poderosa inteligencia. A tu hija no puede satisfacerla ya nada de todo aquello que constituye la felicidad de las demas jóvenes. Sabe tanto como los hombres más doctos, tiene un poder superior al de los príncipes y al de los sabios; su corazon necesita un ideal que no existe entre los hombres; su inteligencia ansía traspasar los límites donde se encierra el talento de los mortales; desea, en fin, remontarse á un mundo desconocido donde no me es dado trasportarla, porque sólo pueden llegar hasta allí los espíritus invisibles, superiores á las humanas criaturas, y ni yo puedo convertirme en genio inmortal, ni trasformar á tu hija en hada. Este es, poderoso señor, el pensamiento que constantemente preocupa á la hermosa Flor de los jardines.

—Es decir, viejo loco, que en vez de labrar la ventura de mi hija, enriqueciendo su inteligencia con el caudal de tus conocimientos, no has hecho sino lacerar su corazon, dejándola abrigar vanos deseos, para causar su desgracia.

—Me ordenaste, señor, que diese á tu hija una educacion brillante, y se la he dado superior á la que alcanzan las demas mujeres y mu-

chos hombres que blasonan de grandes. No me dijiste que moderase sus deseos de saber, y si de algo puedes acusarme es de que no puedo instruirla en todas las ciencias que desea conocer, porque yo no sé más de lo que he podido enseñarla.

—Díme aún: ¿nace de aquí la causa de tu descontento y visible tristeza?

—Mi cuerpo, señor, está ya viejo y gastado y próximo á volver á la tierra. Me encuentro léjos de mi patria, y allá me aguarda la tumba que debe recoger mis huesos, si me das licencia para ir á buscarla.

—¡Ah, tu libertad es lo que deseas!

—Si los servicios, señor, que te he prestado son suficientes méritos para obtenerla.

—Por mi parte no te necesito; si Flor de los jardines te deja marchar, eres libre.

El anciano palideció; debió creer que nunca se habia encontrado más léjos de su libertad que en aquel instante en que se le sometia al arbitrio de su melancólica discípula: y como implorando su piedad, la dirigió una mirada suplicante que la jóven no quiso comprender; ántes, adelantándose gravemente hácia su padre, replicó con acento de enojo:

—Bondadoso señor, protegido de Alá: la prevision de tu portentosa sabiduría encargó á este hombre que me educase y trasmitiese á mi humilde inteligencia el tesoro de sus conocimientos, que avaro de ellos retiene y disimula para que yo no conozca lo que me conviene y descubra lo que á mi penetracion oculta. La

causa de la tristeza que me consume está en su mano el poder remediarla; para excusarse de cumplir con su deber te pide su libertad, que no puedes otorgársela, porque mi educación no ha terminado; el día que me considere suficientemente instruida para no necesitarle, entonces le darás la libertad que ansía.

—¡Es decir, que tu preceptor puede curar la enfermedad que te domina y no aplica el remedio que en su mano tiene! Bien está; yo haré que se le destine el más lóbrego calabozo de mi castillo, donde puede excavarse su ansiada sepultura.

—¡Piedad, señor, para este pobre viejo que te ha prestado tantos servicios!

—¿Y por qué no me prestas uno más, el que mi hija te pide?

—Tu hija, poderoso Ben Tahir, me pide imposibles.

—No lo creas, padre; una lección no más, una palabra suya puede revelarme un secreto en el que estriba la suprema sabiduría.

—Ese secreto, señor, pudiera causar su eterna desdicha.

—¡Qué importa, si logro satisfacerle!

—¿De tan grave asunto se trata? Habeis picado mi curiosidad, y ya deseo conocer ese secreto, aunque me cueste la vida.

—Señor, que puedes correr á tu perdición.

—Toma las precauciones convenientes para que así no suceda; y te advierto, que si no me revelas el secreto, dispondré como se me antoje de tu vida. Habla, pues, y elige lo que te convenga.

—Sea como tú quieras.

—Despacha.

—Todo se reduce á que la inteligencia de tu hija ha creído descubrir el secreto de un palacio encantado en el camino del Bosquet, en esa escala gigantesca tallada en la piedra viva, la cual conduce á la entrada misteriosa del referido palacio, que juzgo debe ser mansion de espíritus y de hadas.

—¡Cómo! ¿Es eso verdad, hija mia?

—Verdad en cuanto al hecho, contestó Flor de los jardines; pero advierte que mi preceptor posee el secreto para abrir la puerta de esa mansion que deseo visitar, porque el feliz mortal que penetre en su recinto será tambien el más rico, el más poderoso de la tierra, y más que á las humanas criaturas se parecerá á los celestes espíritus, sobre los que ningun poder tienen los mortales.

—Y dime tú, sabio preceptor, ¿puedo penetrar yo tambien en esa mansion envidiada?

—Esa escala, señor, que los sabios conocemos con el nombre de *Escala de las hadas*, no se ha hecho para que puedan recorrerla los mortales.

—Cierto es, padre mio, lo que dice mi maestro; pero él conoce otra entrada por donde penetraremos bajo su vigilancia y direccion, y ese secreto es el que va á descubrirnos al instante.

—Repara, Ben Tahir, que para conseguir lo que tu hija desea, es preciso que me obedezcais ciegamente. La menor indiscrecion, la milésima parte de un segundo de tiempo que retardáseis

en obedecer mis órdenes, os costaría la vida; ¡qué digo la vida! Peor cien veces, pues quedaríais sepultados en el fondo misterioso de esa montaña, sin morir y sin vivir, sufriendo por toda una eternidad.

—Basta. ¿Qué hora juzgas la más á propósito para conducirnos á ese palacio de las hadas?

—La hora en que el gallo dé la señal de la media noche.

—Está bien; ántes de la media noche partiremos los tres al palacio de las hadas. Si acaso regresas sólo ó sin alguno de nosotros dos, mis fieles servidores se encargarán de cercenar tu cabeza.

III.

Antes que trascurriese la media noche, se hallaban ya junto á la *Escala de las hadas* los tres personajes de esta historia. El anciano preceptor contemplaba las estrellas con gran atención, esperando le señalasen la hora que deseaba. Cuando juzgó que sólo faltaban algunos minutos, encendió una linterna que á prevención llevaba debajo de su albornoz; sacó un libro muy viejo pero cuidadosamente conservado, escrito con extraños caracteres, y á la luz de la linterna comenzó á leer á media voz.

Al terminar la primera página sonó un disforme crujido como si se hubiese abierto la montaña. Ben Tahir y su hija vigilaban atentamente cuanto ocurría, prevenidos de antemano por las instrucciones del viejo, que continuó le-

yendo sin parar mientes en nada de cuanto en torno suyo pasaba. No bien terminó la segunda página del libro, repitióse el crujido anterior, pero más agudo y prolongado. Padre é hija pudieron observar que aquella mole de piedra dejaba ver un resquicio como profunda grieta ó perfecta juntura de una puerta de forma arqueada, que parecía querer abrirse y dejar el paso franco. Cuando el viejo dió fin á la tercera página, no resonó el crujido de las veces anteriores, sino el suave chirrido de una pesada puerta que se arrastra impelida por una fuerza poderosa. Efectivamente, quedó entreabierta la pesada mole de piedra, y continuaba abriéndose con lentitud, al paso que el viejo recorría las indescifrables páginas de su libro.

Pronto quedó el espacio suficiente para poder penetrar un hombre, y este momento esperaba Ben Tahir para lanzarse sobre la entrada, dispuesto á penetrar en su recinto. Su hija le contuvo, sujetándole de un brazo, y advirtiéndole que no debían traspasar las instrucciones de su maestro. El anciano continuó leyendo, y la puerta de piedra se abrió al fin por completo, dejando ver el vestíbulo de una mansion perfectamente iluminada, con columnas de esmeralda que sostenían arcos de nubes; sembrado el suelo de piedras preciosas; paredes de nácar con relieves de oro, y los más caprichosos adornos de figuras desconocidas, revelando todo ello el gusto más delicado y exquisito y la mayor profusion de riquezas maravillosas y extrañas.

Impacientábase Ben Tahir por penetrar en aquel recinto, y sujetábale su hija, esperando la señal de su maestro, que habíales encargado la mayor circunspeccion y ciega obediencia en respetar sus órdenes. Al terminar la lectura de la décima página, llevó el viejo á sus labios un silbato, cuyo sonido esperaba la jóven mora Flor de los jardines.

—¡Ahora! exclamó ébria de júbilo; y cogida del brazo de su padre, cruzó el dintel, átravesó el vestíbulo, y ambos desaparecieron en el interior del encantado palacio ó mansion de las hadas.

El viejo continuó leyendo por espacio de largo rato, sin apartar la vista del libro, verdadero talisman de su poder para descubrir el misterioso arcano de las montañas encantadas. Poco más de una hora habia trascurrido cuando llevó de nuevo el silbato á sus lábios, cuyo sonido se perdió en el interior del abierto palacio, del cual salieron con paso rápido los felices mortales que en su recinto habian prenetrado. Apénas se reunieron con el viejo, cerróse la puerta de piedra con igual estrépito al que hubiese producido el desquiciamiento de toda la montaña.

—¡Ya era tiempo! exclamó el viejo cerrando el libro.

Guardóle despues cuidadosamente, apagó la linterna, y todos tres dirigieron al castillo.

Nadie ha podido referir las maravillas que Ben Tahir y su hija admiraron en aquel palacio llamado de las Hadas. Pero es lo cierto que la

hermosa doncella abrazó á su padre, abrazó al maestro y se sintió trasportada de júbilo y completamente dichosa y la más afortunada de las criaturas.

Cuando llegaron al castillo, el viejo preceptor reclamó la promesa de su libertad.

—He hecho, dijo, cuanto estaba en mi mano por complaceros. Ahora, señor, debes pedir á tu hija me dé licencia para regresar á mi patria.

—Es muy justo, contestó Ben Tahir; pero no saldrá de mi casa sino colmado de riquezas y de presentes y llevándote la consideracion de mi amistad y de mi gratitud por los servicios que has prestado á mi hija.

—Debo imponerle una condicion para dejarle marchar, añadió la doncella.

—¿Cuál?

—Que me deje el libro que tiene la virtud de abrir las puertas del palacio de las Hadas.

—Quédate con él, Flor de los jardines, como un recuerdo del pobre viejo que cultivó tu tierna inteligencia, hasta dejarla en estado de producir sazonados frutos. No trates, sin embargo, de recogerlos ántes de que maduren.

IV.

Han trāscurrido algunos dias, desde que el viejo preceptor de la hija de Ben Tahir ha abandonado el castillo de Mojente y trasladándose á Valencia para embarcarse con rumbo al Africa.

El corazón de Ben Tahir se halla traspasado de dolor, y todos sus servidores se revuelven en agitación extraordinaria. La hermosa doncella Flor de los jardines ha desaparecido de la casa paterna y nadie discurre dónde poder hallarla. Murmúrase, no obstante, que antes de la media noche abandonó el castillo acompañada de un esclavo que tampoco ha vuelto. Ben Tahir tiene una idea súbita, y lánzase como un loco fuera del castillo, y diríjese á la Escala de las Hadas. No léjos de aquel sitio encuentra al esclavo de su hija, el cual revela á su señor que antes de media noche le ordenó Flor de los jardines que la esperase: y allí se halla esperando el regreso de la doncella que no parece.

Ben Tahir llama á su hija á grandes voces y cree distinguir el eco de su voz como un sonido lejano que sale del interior de la montaña. Insiste en llamarla, y oye clara y distintamente el quejido de la jóven encerrada para siempre en el palacio de las Hadas.

Todo se lo explica el desgraciado padre. Flor de los jardines ha ido la noche anterior á aquel sitio; leyendo en el libro de su preceptor se ha hecho abrir las puertas de la roca; ha penetrado sola en el extraño palacio, pero trascurrió la hora, cerráronse las puertas de granito y la jóven quedó prisionera, encantada para siempre en una mansion sin salida, sin principio ni fin, sin fondo y sin entrada.

Los quejidos de la doncella se repiten sin embargo á cortos intervalos, pero confusos, apagados, débiles como los de un moribundo ó

salidos de las profundidades de la tierra, de lo más hondo de aquella roca granítica.

Ben Tahir ordena á todos sus servidores que acudan á aquel sitio provistos de los útiles necesarios para desmenuzar la montaña, hasta llegar á las concavidades que él mismo visitara con su hija. Todos se apresuran á obedecer las órdenes de su señor, y desmoronan efectivamente la roca, que aparece siempre maciza, sólida, sin el menor hueco donde pueda colocarse un grano de arena. Y los lamentos de la doncella se oyen siempre, y todo el mundo los distingue, y allí acuden todas las noches muchas gentes á oír la agonía de la desdichada joven víctima de un encantamiento.

Desesperanzado Ben Tahir de libertar á su hija, ocúrresele llamar al anciano preceptor para que la salve con su sabiduría, pero no sabe dónde se encuentra, y él mismo trasládase á Africa, donde se propone encontrarle. Sabe al fin que el anciano está en Mequinez, y allá vuela el desventurado padre; pregunta, indaga y llega por último á presencia del anciano, que se halla postrado en el lecho de la muerte, de donde ningun poder humano consigue ya arrancarle. Pero todavía le queda un soplo de vida para dirigir su postrer mirada al padre de su discípula.

—Ya sé lo que aquí te trae, exclama débilmente el muribundo, dirigiéndose á Ben Tahir. Tu hija ha quedado prisionera en el palacio de las Hadas.

—¡Ah, lo sabes! entónces me ayudarás á salvarla.

—Si no hace el omnipotente Alá ese milagro, no lo esperes de los hombres; Flor de los jardines permanecerá encantada hasta la consumación de los siglos.

—¡Desdichado de mí!

El anciano no dijo más, porque se sintió herido de la guadaña fatal, y su ánima salió del cuerpo volando á las regiones eternas. El mismo golpe hirió también á Ben Tahir, que bajó al sepulcro dos días después de haber sido enterrado el maestro de su hija.

Flor de los jardines continuó lamentándose aún largo tiempo en el interior de la maciza roca, á la que llamaron las gentes desde entonces *Escala de la doncella*.

Tiempos adelante cesaron del todo los gemidos, pero asegúrase, y de ello dan fe muchas gentes del país, que cada cien años aparece ricamente ataviada y cada vez bajo diferente forma, al pié ó sobre los tramos de aquella gigantesca escalera, donde espera se le presente algún mortal tan sabio como su maestro, para que la saque de su penoso encantamiento.

Así se citan aún nombres propios de personas á quienes se les ha aparecido la encantada doncella, aparte de otros cuentos más ó menos interesantes que sobre el mismo asunto se refieren, de hombres y mujeres que aún viven y presumen haber presenciado estupendas maravillas en el mismo sitio donde suele aparecerse la doncella.

IX.

LA ZAIDIA.

I

No ménos renombrado, ni ménos suntuoso, ni ménos histórico que los grandes monasterios de aristocráticas religiosas, existentes ó que han existido en varios puntos de España, como las Huelgas de Búrgos, las Dominicas Reales en Medina del Campo, las Salesas, las Comendadoras, las Calatravas y otras de Madrid y de diferentes ciudades de la Península, es el histórico y celebradísimo monasterio de la Zaidia en Valencia, fundado en 1260 por doña Teresa Gil de Vidaure, á quienes algunos historiadores han colocado en el catálogo de las reinas católicas, como presunta esposa de Don Jaime el Conquistador.

Bien conocida es de cuantos han saludado los anales de la Corona de Aragon, la interesante historia de amores entre aquel rey gigante, primer coloso de la España cristiana, y la sensible doña Teresa, víctima de la arrogante y seductora gallardía del monarca. Los desencantos de su corazon herido la impulsaron al fin á fundar el monasterio de la Zaidia, cuyo nombre arábigo sirve de epígrafe y asunto á la presente y tradicional leyenda, referida por los antiguos cronistas y narradores de la España mahome-

tana. Ni la apasionada ternura de la dama hacia el rey de Aragon, ni sus raudales de lágrimas, ni el ruidoso litigio reclamando el cumplimiento de la real palabra, pronunciada en un raptó de pasión, bastaron para vencer la repugnancia de Don Jaime en llamarla esposa, escudado con una razón de gran peso que convirtió en secreto de Estado. Realidad basada ante la evidencia del hecho ó excusa aparente para desentenderse de las pretensiones de doña Teresa, sólo á un sacerdote y príncipe de la iglesia fió Don Jaime aquel secreto bajo el sagrado de la confesion. Distraído por un instante el reverendo obispo del cumplimiento de sus deberes ú obedeciendo á otro móvil superior, dió más publicidad de la conveniente á aquel secreto de Estado, sin precaver quizá el enojo del rey, que justamente irritado contra el pastor, mandó arrancarle la lengua en castigo de su falta. Reducíase el misterioso secreto á que la noble dama doña Teresa Gil de Vidaure, padecía, según declaración del rey, la asquerosa enfermedad conocida con el nombre de San Lázaro ó mal de lepra: y de aquí provenia la repugnancia de Don Jaime en compartir con ella el tálamo, mayormente cuando no le obligaba ningun vínculo indisoluble. Sentenció el papa en favor del monarca, no obstante haber tenido sucesion de aquella señora; pues fruto de sus amores era el famoso D. Pedro de Jérica, á quien el rey reconoció y heredó espléndidamente, concediéndole iguales derechos y prerogativas que á los infantes de la corona.

El nombre de la Zaidia, monasterio el más suntuoso de estas provincias de la corona aragonesa, recuerda naturalmente, no sólo aquella historia de amores, y el sublime drama de la conquista de Valencia por el rey más grande de su tiempo, sino también las amarguras de una mujer de corazón, que harta de pleitear inútilmente contra el desden ó la política de su amante, su señor y su rey, buscó en el silencioso retiro de un claustro la tranquilidad de espíritu que no podía encontrar en el bullicio del mundo y en los embates de sus contrariados sentimientos; y aprovechándose de la pingüe donación que le hizo el rey, entregándole para sí y sus descendientes la casa y jardines de la Zaidia, abdicó doña Teresa de su pretendida corona, para cubrir su frente con el velo de la castidad, trocó sus galas por el sayal de la penitencia, trasformó su palacio en casa de religion y de recogimiento, rodeándose de una comunidad de señoras nobles; y la que había aspirado á ocupar un trono de los más egregios de la tierra, contentóse con la humildad de una celda, donde acabó sus días, dando ejemplo de la más severa virtud, y dejando en el mundo la fama de su nombre que, con su cuerpo incorrupto, se conserva en aquella real casa, que parece presidir y sostener todavía con su inanimada presencia.

Este es el único monumento que puede recordar al viajero la antiquísima historia de la Zaidia, cuya arquitectura moderna, de muy reciente construcción, nada revela en pro del nom-

bre arábigo que aún lleva, y con que es conocido de todos, oficial y particularmente, no obstante haber puesto doña Teresa aquel templo bajo la advocacion de *Gratia Dei*.

Conquistada Valencia por Don Jaime, hizo el rey donacion de la Zaidia al arzobispo de Narbona en premio de sus servicios; mas luégo compensó al prelado con otras mercedes, y cedió aquella posesion á doña Teresa, que al incautarse de ella, encontró ser un magnífico palacio árabe, dotado de grandes y pintorescos jardines, como dorada y alegre mansion de una sultana, cuyo nombre de Zaida dió á la rica mansion en que vivia, el cual subsiste áun despues de tantos siglos y generaciones y tan grandes cambios y trastornos como á través del tiempo se han sucedido. Reservado estaba á los hijos del siglo actual el ver desaparecer uno tras otro los más antiguos monumentos de la histórica Valencia, entre los cuales sucumbió la antigua Zaidia; si bien se acaba de levantar un nuevo edificio sobre el emplazamiento de aquél, por donde habian pasado los más notables acontecimientos de dos grandes épocas de la historia de Valencia: la dominacion árabe y la reconquista por las armas cristianas.

A la primera de dichas épocas se refiere la tradicion que vamos á historiar, segun las memorias recientemente descubiertas de los escritores arábigo-valencianos.

II.

Célebre es en los fastos musulmicos de Valencia el nombre del rey Lobo, llamado así por un error de traduccion, semejante al que sufrió el de la madre de Rómulo; pues dicese de éste que fué amamantado con su hermano Remo por una loba, porque su madre ó nodriza llamábase *Lupa*. Así el citado rey moro de Valencia, llamado *En Llop* por aragoneses, catalanes y provenzales, convirtiéronle los traductores en una fiera, cuando aquel nombre equivale á *don Lope* en lengua castellana.

No hemos podido averiguar porqué razon llamaban así los cristianos al rey moro, cuando su verdadero nombre, largo y complicado como el de los buenos creyentes de ilustre prosapia no guarda la menor analogía, con el claro, conciso y elegante nombre español, originario como los más legítimos de las comarcas de Castilla. Llamábase el rey moro, Muhamad Aben Sad el Gazami Aben Mardenis, pero simplificando su nombre llamábanle comunmente Aben Sad, y así se le conoce, con no poca celebridad, en la historia árabe valenciana.

Subió este rey al trono en circunstancias muy difíciles para el reino, y demostró ser valeroso, político, sagaz y prudente, y el más grande de los reyes de taifas, despues del primer Abdelaziz, á quien hubiera excedido con mucho, si la fortuna le hubiese protegido al nivel de su capacidad en los postreros momentos de su rei-

nado. Fué Aben Sad la columna que sostuvo el imperio de la España musulmana contra la terrible invasion de los Almohades; pero apenas espiró, desplomóse el trono de su dinastía y todos sus estados fuéron invadidos por los innumerables africanos del emperador Yussuf, á quien representaba en España como caudillo de todas sus fuerzas, el príncipe su hermano Cid Abu Said.

Ademas del alcázar, córte y asiento de los emires y centro general del gobierno del Estado, tenía cada uno de los reyes moros de Valencia, su palacio de recreo, ya en el interior, ya en las afueras de la ciudad; de los cuales nos son aún conocidos seis, no los edificios, que ya no existe ninguno de ellos, sino el sitio que ocuparon, en cuyo emplazamiento levantáronse posteriormente otros nuevos. Aben Sad tenía tambien desde ántes de ser rey de Valencia, su magnífico palacio, no inferior al de la huerta de Almunia, llamado despues el Real, y superior al de todos los demas reyes que hasta entónces habian ocupado el trono de Valencia. Aquel palacio era la Zaidia, y llevaba entónces el nombre de *Mardenis*, tronco de la familia de Aben Sad, y origen tal vez de *Marchalenes*, nombre que lleva un barrio ó pueblecillo inmediato á aquel edificio.

Aunque el prudente Aben Sad contaba en su harem con hermosas mujeres del país y de las regiones de Oriente, entre las que citan los historiadores á la bella hija de Aben Hamsek, wali de Múrcia y señor de Segura, contrajo nuc-

vas nupcias, años despues de ocupar el trono, con una hermosa hurí, llamada Zobeida, hija del valeroso y afamado caudillo murciano Ibrahim. Amaba el rey con toda la vehemencia de una alma enamorada á su favorita Zobeida, de la que tuvo una hija de singular hermosura, como un dechado de perfecciones, á la que puso por nombre Zaida; la cual se hizo muy pronto célebre en todos estos reinos, por la fama que cundió de su belleza y de sus atractivos.

Cundia entre tanto la invasion de los Almohades, causando estragos como el alud de los Alpes, y avanzando paso á paso hácia la España Oriental, regida por el poderoso Aben Sad de Valencia. Caudillo de las tropas africanas era el príncipe Cid Abu Sad, á quien habia herido en la fibra más sensible de su corazon sólo el nombre de Zaida, por las alabanzas que de la hermosa niña habia oido referir; y aunque sólo contaba diez años á la sazón, resolvió el príncipe hacerse dueño de aquella belleza, á cuyo efecto negoció amistosamente con su abuelo Ibrahim. Parece que este caudillo, engañado con los tratos del príncipe enemigo, no puso la diligencia necesaria en guarnecer los castillos de las fronteras de Murcia, mientras Aben Sad imploraba, por el contrario, el auxilio del rey Alfonso de Castilla, que le envió algunas tropas, con las cuales y el numeroso ejército que pudo reunir, voló al socorro de su suegro, entretenido con pláticas de casamiento entre el príncipe africano y su nieta Zaida. Indignado Aben Sad con la proposición del enemigo, rechazó con

altivez todo trato de paz, y le provocó á la pelea, librando entre los dos ejércitos una de las más terribles batallas de aquel tiempo en los campos de Murcia, donde el rey de Valencia pasó por la amargura de verse derrotado y deshecho por la superioridad de las huestes enemigas. Aquella batalla llamáronla los árabes de *Algelab*, á causa de los espantosos gritos que en ella resonaron, y cuyo nombre significa mercaderes de ferias, porque tal pareció el fragor del combate oído á la distancia de algunas leguas. Tuvo lugar esta batalla, segun los historiadores árabes, el 24 de Octubre de 1165.

La causa de la derrota atribuyóla el rey moro á flojedad de su suegro, por haber pactado con el enemigo, cuando debió haberle rechazado con todas sus fuerzas, disputándole palmo á palmo la posesion del terreno. No pudiendo contener su enojo, le destituyó públicamente de su cargo de general; y para que fuese mayor la afrenta del anciano, repudió á su amada Zobeida, devolviéndosela á Ibraim, como hija de un caudillo indigno.

Aben Sad vino á desahogar su despecho á su magnífico palacio de recreo, donde le esperaban las lágrimas de su hija. La hermosa Zaida no podia consolarse de la ausencia de su madre; y entre llantos y amorosas reprensiones consiguió enternecer el corazon de su padre, que despues de todo amaba á Zobeida y á Zaida como á su única familia. El amor filial desarmó el brazo del monarca, que arrepentido de su ligereza, reclamó de nuevo á su esposa, pidió perdon hu-

mildemente á su suegro, á quien rehabilitó en su cargo, como á otros distinguidos capitanes á quienes igualmente habia destituido. Uno de aquellos caudillos era Muhamad ben Abde-rrahman ben Tahir, personaje que figura en la tradicion antecedente, el cual no quiso volver nunca al servicio de Aben Sad.

Fiestas, músicas, iluminaciones y toda suerte de zambras afluyeron al palacio de Aben Sad á celebrar el regreso de la sultana. Uno de los festejos con que el rey sorprendió á su amada Zobeida, fué una especie de regata nocturna, en la que infinitas barquichuelas lujosamente empavesadas y con caprichosas luces de colores, se disputaban el premio ofrecido á los más hábiles remeros, haciendo volar sus canoas por la superficie del Guadalaviar, cuya corriente iluminada por millares de luces, producía un efecto mágico, semejante á un espejo de plata. Allí se encontraban los caballeros de la primera nobleza, haciendo alarde de las fuerzas de su brazo para manejar el remo de sus respectivas barcas, y confundidos con ellos hacían gala también de su destreza los guerreros castellanos aliados de Aben Sad, á quienes miraba la plebe con marcado ceño, como á enemigos de su patria y de la ley del Profeta.

Sobresalia entre las demas una barca blanca ornada de arabescos, entre los que campeaba el oro, dando brillantez á las artísticas y filigranadas labores; y toda ella cubierta con un toldo de seda de damasco, que á guisa de dosel sostenían cuatro bordones igualmente labrados

con molduras de oro: semejante era la caña del timon que empuñaba con vigorosa mano el rey Aben Sad, sentado en la popa sobre rica alfombra de Persia. Iba á su derecha la hermosa sultana, señora de la fiesta, á quien el rey miraba cariñosamente y parecía hablarla con toda la ternura de su amor, mientras la jóven Zaida, niña aún, apartaba frecuentemente con sus modeladas manos la espesa franja del toldo que azotaba su linda cabeza, para mirar entre curiosa y ruborizada el esplendente espectáculo de la fiesta, nuevo á sus ojos, y tan brillante como deslumbrador y magnífico.

La barca iba remolcada por otras dos que ocupaban distinguidos caballeros, y escoltada por otras con gente de armas y tripuladas de músicos, todas á conveniente distancia, que seguían la barca real, armonizando la fiesta con suaves melodías.

El monótono murmullo de la corriente, el acompasado choque de los remos, las notas vibrantes de los añafles y otros instrumentos músicos, con los gritos de los concurrentes, los aplausos de las odaliscas victoreando á los vencedores en la regata, en aquella lucha donde todo era júbilo y fiesta, formaba en conjunto una deliciosa armonía, tanto más bella, grata y envidiable, cuanto que no había que lamentar derramamiento de sangre, ni resonaban allí los ayes de los moribundos, ni el estridor de la muerte que entusiasma y enloquece á los guerreros familiarizados con los horrores de los campos de batalla.

La niña Zaida, absorta ante el espectáculo que á sus ojos se extendia, fijaba su vista en todas partes para examinarlo todo, dejándose llevar de su ligera barca, que como blanca gaviota, parecia revolotear sobre la superficie. Apénas paraba mientes en la conversacion de Aben Sad y de Zobeida, radiantes los esposos de júbilo y de ternura, como si volviesen á la edad de su primera juventud; como si tornasen á la vida despues de haberse hallado á las puertas de la muerte.

—No puedo dudar cuánto me amas, Aben Sad, decia trasportada de amor la sultana: acabas de darme una prueba evidente.

—¿Has podido dudar alguna vez de mi amor, Zobeida?

—No, nunca dudé, poderoso emir de los creyentes: y para que esta duda no se cobije jamás en mi corazon, quiero que me des una prueba más de tu amor que voy á pedirte.

—Habla, mi reino es tuyo y puedes disponer de él como quisieres.

—Quiero que me ofrezcas tan sólo que no me separarás jamás de nuestra hija Zaida.

—¿Eso pides? Lo tienes concedido bajo el solemne juramento que te hago por Alá, á quien pongo por testigo de mi palabra.

—¡Qué bueno eres, amado mio, y cuál te adora el alma agradecida al oirte expresar así Zaida es luz de nuestros ojos, lucero del cielo de nuestra dicha, y el dia que se eclipse ó se apague, cegarán tus ojos y los míos, porque ella es la flor perfumada, pura como el rocío, produci-

do por el vergel de nuestro amor. ¿No es verdad que la amas mucho? ¿Verdad que sin ella no fueras feliz? Pues por ella, Aben Sad, por la seguridad de nuestra hija, voy á hacerte otra peticion.

—Pide cuanto quieras, Zobeida. Nada hay en mis estados, nada produce el mundo que yo no alcance para Zaida y para tí. Pide.

—Este palacio que habitamos, donde Zaida vió la luz primera y donde se deslizan venturosos los dias de su infancia, quiero que se lo cedas en propiedad, para siempre; ¿entiendes?

—Suyo es, yo se lo regalo.

—Me mueve á hacerte esta peticion el temor de que mañana ofrezcas su mano á un príncipe extranjero y me obligues á separarme de su lado.

—¡Ahl exclamó Aben Sad riendo. ¿Y de ese modo juzgas que el que haya de ser su marido, se verá obligado á vivir aquí?

—Precisamente.

—Está empeñada mi palabra. El palacio de Aben Sad Aben Mardenis, queda desde este instante á merced de nuestra hija. En adelante se llamará palacio *de la Zaidia*; nombre que deberá perpetuarse á través de los siglos y las edades, en memoria de nuestra hija Zaida, su poseedora.

III.

Terminadas las fiestas que la córte del rey moro celebró en honor de la sultana, envió

Aben Sad al palacio de la Zaidia algunas brigadas de artífices, para que ornasen y embelleciesen cuanto fuese posible, bajo la direccion de un sabio alarife, aquella mansion que acababa de regalar á Zaida, convirtiéndola por su riqueza y esplendor en un palacio de hadas, superior á los más ricos alcázares de Oriente. Ni Zaida ni Zobeida querian abandonar jamás su alegre y suntuosa morada, y pues que debian permanecer allí toda su vida, parecíale justo al emir embellecer cuanto pudiese el palacio de la Zaidia, para que nada tuviesen que desear sus bellas moradoras en lujo y comodidades, y en cuanto pudiera apetecer la vista. El palacio se reformó por completo: hicieronse nuevos pabellones y artísticos miradores, fuentes, baños, suntuosos salones de altas y artesonadas bóvedas sostenidas por esbeltas columnas de mármoles y jaspes; paredes de festoneados adornos donde brillaba el oro y la plata en combinacion del azul, del verde, del carmin y otros caprichosos colores. Ensancháronse los jardines, dotándolos de estanques y juegos de agua, cubriendo las paredes y cenadores de jazmines, madreselvas y enredaderas de la India, y sembrados sus artísticos cuadros de flores las más olorosas y variadas, como los árboles y plantas de las especies más estimadas por su aroma, por sus frutos y por sus cualidades, hasta reunir en aquel centro lleno de atractivos y de encantos, lo más selecto de la vegetacion tropical.

Asimismo se aumentó la servidumbre año

diendo á la antigua nuevas doncellas, esclavas y eunucos, más una guardia numerosa de soldados que guarneció las torres y las defensas exteriores. Aben Sad juzgó fundadamente que la Zaidia debía perseverar largos siglos, y quiso mostrar á las generaciones venideras el amor que profesaba á su mujer y á su hija destinándolas un alcázar que no conociese rival por su gusto, esplendor y magnificencia. Tenía el rey muchos hijos varones, y el mayor, Abul Hegiag, era un gallardo príncipe, valiente, discreto, pundonoroso y cumplido caballero, por cuyas cualidades amábanle con delirio sus pueblos, como á su hermano Mudef, no ménos estimado y querido de la nobleza y del ejército. Los demás príncipes eran todos respetados de las masas, y Aben Sad creyó siempre que no perdería nunca el áura popular que le acompañó en los primeros tiempos de su reinado. Así juzgó que nada tenía que temer respecto de la suerte de su dinastía, cuando se hallaban ya excavados los cimientos de su poder, y murmuraba el pueblo y la nobleza, y obedecíale de mala gana el ejército.

Aquel pueblo, voluble como ninguno, sentíase aherrojado por la mano del rey, dispuesto siempre á salir al encuentro de los almohades, cuya dominacion apetecian las masas para librarse de la presencia de las tropas castellanas auxiliares de Aben Sad, sin las cuales fuérame imposible resistir la invasion africana acaudillada por el príncipe Said, obstinado en penetrar en los estados de Valencia.

Con suerte vária sostenia la guerra Aben Sad, conteniendo siempre al vigoroso Said, miéntras el pueblo no cesaba de murmurar anhelando la llegada de los Almohades para derribar la dinastía de su rey. Así trascurrieron algunos años. Varios potentados del reino armaron al fin un complot para destronar á Aben Sad, y el primer rayo de la tormenta vino á descargar en la villa de Alcira, cuyos habitantes se declararon en abierta rebelion. Aben Sad envió al príncipe heredero con numerosas tropas á reducir la plaza sublevada. Abul Hegiag se presentó en las puertas de Alcira é intimó la rendicion de la villa. El sitio fué largo, obstinado y laborioso. Antes que se rindiesen los sublevados, invadió el reino con formidable ejército, por la parte de Tarragona, Alfonso II de Aragon. Allá fué Aben Sad con las tropas que pudo reunir, encargándole á su hijo que terminase pronto la empresa de Alcira para que le acudiese con sus tropas. Abul Hegiag rindió la villa, castigó á los culpables y restableció el órden; pero ántes de llegar á Valencia sublevóse el pueblo, y el príncipe se vió precisado á sitiar la capital. Resistieron los sitiados, trascurria el tiempo y apénas si Aben Sad podia contener las fogosas huestes del aragonés, corriendo gran riesgo de perderlo todo en un dia. Entónces escribió á su hijo ordenándole abandonase el sitio de Valencia; que reuniese el mayor número de naves, y puesto al frente de la escuadra, se presentase en el puerto de Tarragona.

IV.

Cubierto se halla el cielo de algunos nubarrones que eclipsan por intervalos los rayos de la luna en una noche de primavera. Cuando las nubes abren paso al celeste fulgor del astro nocturno, aparecen iluminados los jardines de la Zaidia, con el claro-oscuro de las sombras que forman los bosquecillos y proyectan los árboles. Las negras siluetas de las plantas coníferas azotadas por el viento, parecen vaporosas fantasmas que se mueven y gesticulan, inspirando recelo y temor á los guardianes dormidos en sus casamatas, y al ánimo medroso de algun escarriado amante que vagase cerca de aquellos sitios. Felizmente no alcanzan los rayos de la luna al mirador de la hermosa Zaida, envuelto, como toda aquella parte del edificio, en densa oscuridad. Un corpulento naranjo que se alza arrogante al pié del pabellon donde habita la hermosa jóven, envuelve con las ramas de su alta y frondosa copa la ligera columna del agimez y las festoneadas labores de la cornisa, como si brindára á su dueña con los perfumes del azahar, y le ofreciese las manzanas de oro que vieron los antiguos en el jardin de las Hespérides.

No es este el único fruto que da aquel árbol prodigioso importado de las especies del Paraíso: ni los sabios de Córdoba y de Bagdad, ni los ancianos agricultores más experimentados en arboricultura, adivinarían jamás que entre

las ramas del naranjo se encerraba un misterio conocido tan sólo del corazón de Zaida. Allí estaba su amor, que aparecía periódicamente á través de las noches oscuras, pero siempre con más frecuencia que los purísimos capullos y las perfumadas flores de azahar.

Encontrábase Zaida en aquel instante en su artístico agimez, oculta tras las ramas del árbol protector, que á su vez sostenía el peso de un gallardo y apuesto mancebo, en plática amorosa con la jóven musulmana. Sólo la cabeza descubría el doncel, no cubierta con el turbante ni con el blanco alquicel de los moros, sino ornada de espesa y larga cabellera, como los nobles cristianos de raza goda.

—Loca de mí, decía con triste acento la jóven. ¿Por qué te miré aquella noche de fiesta en las regatas del Guadalaviar, cuando vencías á los más diestros remeros y disputabas á todos el premio de la victoria? Al verte, Ramiro, más apuesto y bizarro que los caballeros moros, al fijarme en tu noble y despejada frente, en tu hermosa y ondulante cabellera, en los distinguidos modales, en la diferencia de traje y de armas que enaltecían tu arrogante figura, cegué, Ramiro; cegué de amor por tí, y estoy loca, porque vivo enamorada; ciega, porque sólo ven mis ojos al dueño de mi amor; confusa, porque faltó al recato de mi condición y de mi virtud, al decoro de mi patria, al sagrado de mi ley; aturdida, desesperada, triste y llorosa, porque no puedo ser tuya, porque es imposible que yo sea tu esposa. Véte, Ramiro, véte por piedad,

y no vuelvas más á la Zaidia. Déjame morir con mi quebranto, pero huye, Ramiro, huye de aquí.

—Escúchame, Zaida. Ya sabes que no puedo volver más á este sitio ni tampoco penetrar en Valencia. Toda la ciudad se halla en armas contra tu padre, y contra nosotros los castellanos, sus fieles aliados, porque así lo dispuso mi rey. Mi gente aguarda en esa llanura, y sólo mis órdenes espera para regresar á Castilla, hartos todos de luchar léjos de su patria en pró de aliados ingratos y revoltosos. Tu hermano Abul Hegiag acaba de levantar el sitio de la ciudad para ir al socorro de tu padre, acosado á su vez por D. Alfonso de Aragon. Los Almohades amagan por otra parte invadir esta tierra de Valencia, y todo hace presumir que la dinastía de tu padre ha tocado á su fin en el gobierno de Valencia. Los instantes son críticos, Zaida: resuélvete á seguirme, iremos á Castilla, donde serás mi esposa á los ojos de Dios y del mundo; y si esto te repugna, te llevaré á la presencia de tu padre, que me otorgará tu mano en premio de haberte salvado. Decídete.

—Imposible, Ramiro; no me moveré de la Zaidia, donde está mi cielo ó mi sepultura. El que sea mi esposo vivirá conmigo en este palacio, pues sólo la voluntad de Alá podrá arrancarme de aquí.

—Observa que tu familia.....

—Seguirá la suerte que le esté reservada, como yo seguiré la mia.

—Si el pueblo sublevado se atreviera.....

—¿A qué? ¿A atropellar mi morada? No lo creas. Podrá derribar el alcázar y los palacios de los caudillos que moran en la ciudad; pero no temas que ose nunca profanar el retiro de una mujer.

—Vendrán los Almohades, acaudillados por el terrible Said.

—Si atacan mi palacio, me defenderé al frente de mi guardia; Alá me protegerá, y si es mi destino sucumbir, me rendiré á la fortuna del vencedor.

—Cruel mujer..... eres implacable con ese fatalismo propio de tu raza. ¡Ah, si tu me amases!

—Te amo, Ramiro, cual mujer alguna amó jamás; pero lo he dicho, no puedo ser tuya. Sigue tu destino y acuérdate alguna vez que el corazón de la mujer musulmana no olvida nunca al hombre á quien amó.

Y ahogando un gemido entré amargos sollozos, desapareció la jóven del agimez.

Trascurridas algunas semanas, se presentó al pié de la Zaidia un aguerrido ejército de cristianos. Eran las huestes de Don Alfonso de Aragón. No pudiendo vencer al enérgico Aben Sad, que acababa de recibir el socorro de su hijo, Alfonso, por un movimiento estratégico, abandonó el campo de la lucha y cayó como un torrente sobre la desprevenida Valencia, resuelto á aprovecharse de la confusión que en la ciudad reinaba, donde no había jefe ni cabeza que mandase. El peligro comun les hizo agruparse en torno de una bandera ó de un caudillo para re-

chazar al aragonés. Entre aquellos valientes venía Ramiro, dispuesto á penetrar en la Zaidia, para conquistar por la fuerza la posesion de su amada. La guardia de la sultana, auxiliada de algunas tropas adictas á la dinastía, no se dejó vencer, y el aragonés, siguiendo las huellas de su antecesor Alfonso I el *Batallador*, abandonó aquella empresa y marchó sobre Játiva, donde supo que Sancho de Navarra acababa de invadir sus Estados. Regresó Alfonso á sus reinos mientras el anciano Aben Sad se trasladaba á Mallorca en busca de aliados y de ejércitos que le ayudasen á combatir tantos peligros.

La muerte le sorprendió en aquella isla, no sin haber nombrado sucesor de su combatido trono á su primogénito Abul Hegiag.

V.

El triunfo de los Almohades ha sido completo en toda la España musulmana.

Cid Abu Said, hermano del emperador Yusuf, ha penetrado al frente de sus tropas en la ciudad de Valencia, cuyos moradores le han aclamado y festejado, preparándole un recibimiento digno de un conquistador. La satisfaccion del príncipe no cabe en los límites de su corazon, porque espera hacer suya á la hija del último rey de Valencia. Su primer cuidado es dirigirse henchido de gozo, al palacio de la Zaidia, donde reside la más hermosa hurí de la tierra.

Pero el príncipe Said encuentra desierto el

palacio de sus ilusiones. Zaida ha desaparecido.

Envia á buscar á Abul Hegiag, que tampoco se encuentra: á su hermano Mudéf, que ha desaparecido igualmente. Uno de los servidores más allegados de los Aben Sad se presenta al príncipe Said.

—¿Por qué buscas á Zaida, poderoso príncipe? pregunta el caballero.

—Porque quiero hacerla mia, replicó Said.

—¡Imposible, señor! Zaida pertenece á otro hombre más poderoso que tú.

—Mientes, villano impostor; nadie, en tierra española, es más poderoso que Cid Abu Said. ¿Dónde está Zaida?

—Con su madre y con sus hermanos y una escolta de caballeros salió de aquí para ir á entregar su mano al esposo que Abul Hegiag le destinó.

—¡Por Alá! Yo haré rodar la cabeza del miserable que ose disputarme la posesion de Zaida.

—No lo harás, príncipe: él es más poderoso que tú.

—Vil lenguáraz, pronuncia ese nombre, dí, ¿quién es él?

—Tu hermano, el emperador Yussuf.

El príncipe cayó desplomado sobre un mueble divan; él, guerrero vencedor en tantas y tan rudas batallas, se sintió acongojado al oír aquel nombre, y de sus ojos se desprendieron abundantes lágrimas por la pérdida de una mujer que amaba sin haberla visto.

Zaida pasó efectivamente á Marruecos para

désposarse con el emperador. A este precio habia conseguido Abul Hegiag con su hermano Mudef el señorío de Dénia, de Játiva y de otros Estados de Valencia, ya que no pudiera titularse, como su padre, rey del vasto señorío que en parte acababa de perder.

Añaden los historiadores árabes, que el emperador Yussuf recibió con tanta pompa y ostentacion á la princesa valenciana, y con tal pasion se prendó de ella, que mandó construir para su estancia y recreo un suntuoso palacio que eclipsase las riquezas y esplendor de la Zaidia, donde la sultana no echase de ménos aquella mansion de su infancia.

Pero Zaida no era feliz en el imperio de Marruecos. Echaba de ménos su mirador y los jardines de la Zaidia, y afectada por la tristeza palideció su hermosa tez, veláronse sus ojos, y fué preciso que el poderoso Yussuf accediera al consejo de los médicos, que propinaban por todo medicamento para la dolencia interior de la sultana, que pasase una temporada en Valencia, donde pudiese aspirar los aires nativos, si queria que recobrase la salud y la perdida alegría de sus ojos. Accedió el emperador y trajo la sultana á Valencia, y ambos se hospedaron en el palacio de la Zaidia.

La hija de Aben Sad no se restableció. Pasaba horas y dias enteros en su mirador, acariciando las ramas de aquel naranjo, que encerraba para ella un secreto de amor. Sus doncellas encontráronla un dia exánime, estrujando con sus crispados dedos las hojas de la rama

más próxima. De sus labios moribundos se escapó aún una frase:

—¡Ramiro... te amo!

Y espiró.

Yussuff mandó embalsamar su cuerpo y convirtió en sepulcro el mirador donde su amada sultana había exhalado el postrer suspiro.

Cuando los cristianos, conquistada la ciudad se posesionaron de la Zaidia, encontraron intacto el sepulcro y en estado incorrupto el cadáver de Zaida. Una inscripción de relieve colocada en el frontispicio del fúnebre aposento, recordaba á los mortales, que el Dios Todopoderoso castigaria con los rayos de su cólera á los que osasen profanar con sacrílega planta el sepulcro, y los últimos restos de la sultana, que vivió y murió en su palacio de la Zaidia.

X.

LA PUERTA DE VALLDIGNA.

I.

Entre los escasos monumentos antiguos que restan en la ciudad de Valencia, figura aún la puerta de Valldigna, cuya construcción se remonta al tiempo de la dominación mahometana, aunque carece de arabescos, de inscripciones y de todo adorno que revele con certeza la verdadera época en que se construyó. Es indudable que debe ser muy antigua; pero las memorias históricas de los musulimes nada revelan de esta puerta hasta la época del Cid, en cuyo tiempo hubo reñidos combates en su ataque y defensa, y hechos memorables que consignan las crónicas, al hablar de las revueltas y trastornos que entonces sufrió la ciudad.

Denominábanla los árabes *Baab-el Fenesch*, que significa *puerta de la Culebra*; traducción que aceptaron los cristianos, y así la nombraron siempre en todas sus crónicas.

Trascurrió el tiempo, y el nombre de *Baab-el Fenesch* ó *puerta de la Culebra* vino á trocarse por el de *Babelaix*, que significa, aunque algo corrompido, *puerta de la Reina*. Mas á este nombre sucedió más tarde el de *Baldina*, in-

ventado como de intento para confusion y martirio de historiadores y arabistas, quienes no encontrando el significado de esta palabra en su correspondencia oriental, inventaron á su vez, en fuerza de buscar etimologías y derivaciones, el de *Baab-ed Din* ó *puerta de la Religion*, de donde creyeron que proviene aquél, ya que tan poca analogía guarda con el de Valldigna que hoy lleva.

Todo esto ha dado lugar, como se deja comprender, á que algunos curiosos se ejerciten en estudios de etimologías arabescas, castellanas y lemosinas, y que hayan dejado sentado como hechos incontrovertibles, los que no pueden figurar sino en el terreno de las probabilidades y de las vagas congeturas.

No creemos que la puerta de Valldigna haya llevado nunca el nombre de Baab-ed Din, pero no cabe duda, en cambio, que era una de las más principales y famosas de la bella ciudad de Valencia, como se consigna en las crónicas árabes y cristianas.

Límite entónces de la poblacion musulmana, la puerta de la Culebra comunicaba con los caminos de Castilla y de Aragon, y con los arrabales extramuros extendidos por aquel lado de la ciudad, subsistentes aún, á excepcion de los situados á esta parte del rio, y que fuéron anexionados á la ciudad en los diferentes ensanches que sufrió tanto en aquella época como en tiempos posteriores. Hoy se halla aquella puerta en el centro de un barrio populoso; y habiéndose corrido las edificaciones modernas

por ambos lados y por encima de su techumbre, sirve de paso y tránsito de la calle de su nombre á la del Arbol, pero sin otro aspecto ni perspectiva que el que ofrece un boquete de obra antigua, cuyos extremos se hallan empujados entre edificios de moderna construcción.

Como algun periódico político de la ciudad acaba de exponer la conveniencia de que debe desaparecer la citada puerta de Valldigna para ensanche y ornato de la calle que ocupa, y parecernos que no pasará desapercibido el consejo, por lo que encierra de poco útil y mucho de destructor, vamos á presentar la relacion de un hecho tradicional que guardan las memorias arábicas de aquella famosa puerta, hoy *Portal de Valldigna*, el cual figura como uno de los sucesos aislados é independiente de otros no ménos dramáticos que registran los anales históricos del tiempo del Cid y de Don Alfonso de Castilla.

La tradicion que sigue es posterior en un siglo á la conquista de Valencia, por el inmortal campeón burgalés, y al abandono é incendio de la ciudad por el citado monarca castellano, primero que pudo llamarse rey de Valencia, si bien se vió obligado á desprender de su corona la hermosa perla conquistada, llamada por los árabes la sultana del Guadalaviar.

II.

En la tradicion VIII de este volúmen figura incidentalmente Abdelaziz II, rey moro de Va-

lencia, cuya interesante historia transcribiríamos con gusto si tuviese cabida en este lugar. Este desdichado monarca, arrancado casi violentamente de la paz de su retiro para sentarle en el trono que le preparó el aura popular; traído despues de Játiva, donde buscó un refugio contra las aclamaciones del pueblo afanado por buscarle para revestirle con el poder de la suprema magistratura; descubierto y aclamado rey con toda la pompa y ceremoniosa ostentacion propias de la raza oriental, el segundo Abdelaziz no tarda en ser destituido y arrojado del trono por la inconstancia de aquel mismo pueblo que tan entusiasta y frenéticamente le aclamára y tan inconsideradamente le destituyera, cuando reunia el aclamado ídolo todas las grandes cualidades que necesita tener un buen rey para hacer ilustre y glorioso su reinado.

Vencedora la revolucion que le derribó del trono, Abdelaziz, decíamos en la historia de este monarca, al narrar los fastos de la dominacion mahometana en Valencia, «vióse precisado á salir del alcázar y á buscar un asilo en casa de sus amigos. Tampoco allí creyóse seguro, y valiéndose de un disfraz, consiguió salir de Valencia, descolgándose por el muro, como el reo condenado á la última pena que vislumbra un rayo de libertad.

«Caminando por veredas y caminos excusados, el atribulado fugitivo ganó los montes de Almería, donde le aguardaba un percance más sensible que la pérdida de su corona. Como el guía que le acompañaba se hubiese extraviado

en las fragosidades del monte, Abdelaziz cayó en poder de un alcaide llamado Maimun, que le conoció, y tratándole como rebelde, le envió á Aben Gania, último wali de Valencia, vencido en Játiva por el que ahora recibia como prisionero. No le quitó la vida, porque no hubiera podido gozarse con el castigo que le tenía reservado. Se contentó con encadenarle, y así, cautivo y maniatado, hacía que le siguiese en sus algaras, correrías y expediciones que aquél llevaba á cabo desde Almería á tierras de Játiva y Valencia: precisamente en aquel reino donde el mísero cautivo habia sido soberano.»

Obligado Aben Gania á trasladarse á las Baleares, donde supo crearse un estado independiente, arrastró consigo al prisionero, que no dejó de sobrellevar con heróica resignacion su adversa fortuna. Cansada de perseguir al desventurado rey de Valencia, le dió ocasion para rescatar su libertad, la cual aprovechó Abdelaziz para trasladarse á Marruecos y buscarse un oscuro retiro en Mequinez, cuya ciudad sirvió de refugio á gran número de distinguidos personajes de Valencia y Murcia, arrojados á las costas africanas por los sucesos políticos ocurridos en España.

Abdelaziz era jóven y vigoroso cuando fué aclamado rey de Valencia en el año 1145, y así pudo resistir los grandes trabajos á que le arrastró el rigor de su fiero destino. Mientras permanecia cautivo de Aben Gania, proclamaron los valencianos, para suceder á Abdelaziz, al emir Safad-Dola, recién destronado de Cór-

do, pero el nuevo soberano perdió muy luego la vida en una batalla dada en los campos de Albacete, y á su muerte ocupó el trono Aben Ayadh, á quien sucedió despues de su muerte, ocurrida dos años despues, el renombrado Aben Sad, llamado el rey Lobo. En la tradicion que antecede hemos visto que á la muerte de Aben Sad fué invadido por los almohades el reino de Valencia, y que la mano de la bella Zaida fué el precio de la paz que el emperador Yussuf concedió á los hermanos de su esposa, como hijos y sucesores del último soberano de Valencia. Tambien sabemos el prematuro fin que le cupo á la hermosa sultana de la Zaidia, y que Yussuf, al ausentarse de Valencia, dejó como gobernador del reino al príncipe Said su hermano, aquel que tuvo la flaqueza de enamorarse de Zaida sin haberla visto nunca.

Todo esto ocurrió en Valencia mientras el destronado Abdelaziz permanecia en su retiro de Mequinez entregado al cultivo de la poesía, en cuyo ejercicio encontró un lenitivo á sus penas, que no dejaron de acompañarle toda su vida, si bien servíanle de consuelo para mitigar el dolor de su suerte los continuos trastornos de su patria, que amó siempre como soberano y patricio; amor que no pudo apagar el hielo de su vejez.

Conocidos los sucesos históricos de aquella época turbulenta, daremos principio á la tradicional leyenda de la puerta de Valldigna, llamada entónces, como ya sabemos, de la Culebra ó *Baab-el Fenesch*.

III.

Corria el año 1182 cuando el ex-rey Abdelaziz bajó al sepulcro en la ciudad de Mequinez, rodeado de muchos y respetables personajes de gran distincion por haber desempeñado altos puestos en el ejército y en la política, y prestado brillantes servicios al Estado. Los más de ellos eran hijos de Valencia, y los restantes naturales de Murcia, y todos servidores de Abdelaziz ó adictos á su dinastía.

Rodeábanle en su lecho de muerte para recoger de sus labios el nombre del heredero á quien legase sus derechos de monarca, y á quien apoyarian todos los personajes allí reunidos, ayudándole á recobrar su perdido trono de Valencia. Oponíase Abdelaziz á nombrar sucesor como monarca, pues no podia olvidar el venerable anciano las grandes penalidades que habia sufrido al descender de aquel trono que nunca codiciára, y que tan adverso le habia sido. «Los derechos que puedo legar á mi heredero, decia, no son los que están reservados á los monarcas, sino á los príncipes proscriptos, cuya vida es siempre más azarosa y llena de penalidades que la reservada á los mendigos y á los desheredados de la fortuna. Dejad que mis hijos vivan felices en la oscuridad, y no me obligueis á arrojarles en el abismo de sus desdichas.»

En vano insistieron aquellos personajes en arrancar de labios del moribundo el nombre

del heredero que debía recoger sus derechos. Abdelaziz se obstinó en no pronunciarle, y cuando ya se extinguía la luz de sus ojos y el aliento de su vida, presentóse en la estancia una mujer ricamente ataviada llevando de la mano un mancebo.

Aquella mujer era Aleydah, esposa de Abdelaziz, y el jóven era su hijo, llamado como su padre, y á quien la noble matrona acompañaba á la estancia del moribundo para que recogiese su postrera voluntad. Hijo y madre se postraron á la cabecera del enfermo, cuyos ojos se reanimaron con la presencia de aquellos seres para él tan queridos. Aleydah estrechó entre las suyas, y besó respetuosamente las descarnadas manos de su esposo; le dirigió una mirada llena de amor y dulzura, y le habló con melodiosa entonacion, como sólo saben hacerlo las mujeres de tiernos sentimientos y de superior inteligencia.

—Abdelaziz, esposo mio; aquí tienes á tu hijo, que viene á recoger de tus labios tus postreras disposiciones. Ordena lo que te plazca; tu heredero será digno de tí, sabrá honrar tu nombre y vengar tus agravios, y brillará como el sol de Oriente en tu trono de Valencia.

—Ah! tú tambien, Aleydah... murmuró Abdelaziz.

—Te amo, esposo mio, como te ama tu hijo, y no podemos consentir que abandones la herencia que debes legarle, y que él sabrá recoger salvando todas las dificultades y venciendo los mayores escollos.

—Sí, padre, añadió el jóven, quiero que me nombres tu sucesor para vindicar tu memoria en el trono que ocupaste. Yo lo reconquistaré y derramaré mi sangre para vengarte de tus enemigos.

—Enemigos... no los tuve jamás. Culpa más bien, Abdelaziz, al rigor de mi estrella, que despues de todo no hizo sino demostrarme cuán fugaces son los bienes de este mundo, y lo poco que deben fiar los mortales en la prosperidad de su suerte. De los hombres no me quejo, me quitaron lo que me quisieron dar; no me hicieron dueño de sus vidas, sino administrador de las rentas públicas y del gobierno del Estado; ó no tuve yo suficiencia para tan alto puesto, ó no tuvieron ellos paciencia para esperar el resultado de mi administracion; pero es lo cierto que se cansaron de mi gobierno, destituyéronme, y colocaron otro en mi lugar. Esto es todo, y en verdad que no puede ser más sencillo, pues ellos eran los amos, y yo el siervo de todos; á mí me tocaba velar por su hacienda, y no á ellos por la mia. Al destituirme no consultaron mi voluntad, sino la suya; tuve, pues, que resignarme, y ningun derecho me queda que pueda yo trasmitirte, sino el de la resignacion y el de la confianza que debes tener siempre en los altos designios de un Dios misericordioso, como es el omnipotente Alá.

—Por esa confianza que no se separa jamás del corazon de los buenos creyentes, confía nuestro hijo, venerable esposo y señor, que la proteccion del Profeta vendrá en su auxilio pa-

ra que pueda recobrar el reino que te pertenece y perpetuar tu ilustre dinastía para brillo y defensa del islamismo en aquella tierra de judíos y cristianos.

—Quimeras, Aleydah, ilusiones no más.

—Repara, señor, que no puedes desheredar á tu hijo, y el Juez Supremo ha de pedirte estrecha cuenta de tu conducta en la tierra y de la injusticia que tratas de cometer con tu familia.

—Observa, Aleydah, que nuestro hijo, mozo de trece años, no tiene amigos que le protejan, ni parciales que le defiendan, ni pueblo que le conozca...

—Los caballeros aquí presentes, señor, exclamó uno de los personajes allí reunidos, aclamaremos á tu hijo el príncipe Abdelaziz; le llevaremos á Valencia, donde radican nuestros bienes, donde nos esperan nuestros amigos, nuestros parciales y servidores, y con la ayuda de Alá, el príncipe será rey y perpetuará el tronco de tu dinastía y de tu glorioso nombre.

—Y si se os frustrára la empresa, ¿qué sería de mi hijo?

—¿Olvidas, Abdelaziz, que quedo yo para ampararle y protegerle, y no cejar hasta verle sentado en el trono que le pertenece?

—¡Tú, Aleydah! Más fácil es que mi hijo corra á su perdición, arrastrado por la ambición de su madre.

—Señor...

—Haced lo que queráis. Proclamadle rey si está en vuestra mano. Yo le declaro heredero

de cuanto me pertenece; quisiera labrar su felicidad, pero me temo mucho que no labre su desventura con la imprudente declaracion que me arrancais.

—Gracias, señor, el cielo premiará tu justicia.

Abdelaziz vivió pocas horas. Bajó al sepulcro martirizado por un funesto presentimiento: el de que su hijo Abdelaziz no fuese heredero de sus desventuras.

Apénas espiró, los magnates que le rodeaban proclamaron rey de Valencia á Abdelaziz III, y desde aquel momento quedó decretada una nueva guerra civil, que vendria muy presto á ensangrentar las feraces campiñas del manso Guadalaviar.

IV.

Junto á la puerta de lá Culebra ó de Baab-el Jenesch, álzase un edificio de sólida construccion y de área extensa, cuya riqueza y ostentacion interior compite con la magnificencia del régio alcázar; y á juzgar por los escudos de extraños geroglíficos que ostenta la portada del edificio, y brillan tambien en los cóncavos y filigranados techos de sus salones, débese creer que aquel palacio ha servido de morada á los reyes ó á los magnates más poderosos del reino de Valencia. Así es en efecto; aquella casa fué la que habitó el primer Abdelaziz ántes de proclamarse rey. Lególa naturalmente á sus herederos, y habitábala el segundo y desventurado

Abdelaziz, cuya historia conocemos desde su destronamiento hasta su muerte, ocurrida en Marruecos. Nadie, despues de su emigracion, le disputó la propiedad de aquella casa, que custodiaron antiguos y leales servidores, esperando poder entregarla á su dueño el dia que se presentase á ocuparla, no obstante los treinta y siete años trascurridos desde que abandonó la ciudad hasta el dia de su muerte.

Un anciano servidor de Abdelaziz presentóse por fin en la citada casa para renovar el mobiliario, hacer las obras y reparos que juzgó convenientes, y preparar un digno alojamiento á las personas que vendrian á habitarla.

¿Habian vendido aquella casa los herederos de Abdelaziz á algun príncipe de Marruecos? ¿Era el hijo del antiguo soberano el que venía á ocuparla?

Nada de cierto se sabía, porque el anciano que dirigia los trabajos de reforma que en su interior se practicaban, nada dió á entender respecto de las personas á quienes esperaba; mas cuando todo estuvo dispuesto para recibir á los nuevos propietarios, presentáronse éstos con sigilo á hora avanzada de la noche, y por una puertecilla excusada ocuparon las habitaciones que preparadas tenian, sin que la antigua servidumbre pudiese enterarse ni siquiera del sexo á que perteneciesen sus nuevos señores.

Escasa era la servidumbre recién llegada, pero esclavas y guardianes, doncellas y gente de armas eran todos del tostado suelo africano, y hablaban con gran respeto y mayor reserva

de la persona á quien servian; pero cuando necesitaban nombrarla, en su trato y comunicacion con la antigua servidumbre de la casa, llamábanla simplemente Aleydah, nombre que alguna vez cambiaron por el de *la Reina*, y ya no se necesitó más para que todos la titulasen siempre así, y que corriese muy luégo la voz de que era una reina la persona que habitaba la casa de Abdelaziz.

No carecia aquel rumor de fundamento, pues realmente era la viuda de Abdelaziz II la persona que habitaba la casa de la puerta de la Culebra.

Algunos meses despues de la muerte de su marido se hallaba la viuda Aleydah en un artístico y régio mirador de su casa, reclinada sobre un divan con la vista fija en la ciudad, que contemplaba la reina á través de la celosía de un agimez.

Declinaba el sol hácia el ocaso, y las cúpulas y minaretes de los alcázares y mezquitas recibian los dorados, aunque débiles rayos del astro vivificador, que la sultana parecia contemplar con tristeza.

—Se va, se va el sol á las ignoradas regiones de la noche, y Aloski no llega. ¡Otro dia perdido! ¡Oh! ¡Cuán breve pasa el tiempo y cuánto tardan esos hombres en quienes deposité mi confianza! ¡Que no fuera yo hombre! Sería capaz de dar la vuelta al mundo en ménos espacio de tiempo del que necesita ese astro luminoso para terminar su carrera.

Una esclava levantó en este instante la corti-

na de damasco que cerraba la entrada del gabinete, y cedió el paso á dos hombres, uno casi niño, y el otro ya anciano, que se inclinaron reverentemente cruzando los brazos sobre el pecho así que se hallaron en presencia de Aleydah.

—¡Por fin! exclamó la viuda al distinguir á su hijo y al anciano. ¿Qué hay, Ahmet?

—Vengo á anunciarte, poderosa sultana, que Abderrahman Aloski, terror de las batallas y rayo de la guerra, tu fiel servidor, ha abandonado por fin la caza de los leones, su pasión favorita, y acaba de desembarcar en Málaga para venir á tu servicio y ponerse á la cabeza del movimiento que ha de aclamar rey de Valencia al príncipe tu hijo.

—¿Y por qué no venir directamente á Valencia, en vez de ir á desembarcar á Málaga?

—Porque en aquella ciudad se hallan sus deudos, sus amigos, sus servidores, y necesita solicitar ántes el apoyo de los walíes de Andalucía y de Murcia, y pactar poderosas alianzas.

—¿Qué otras nuevas me traes?

—Nuestros parciales de Játiva y de Eñguera, de Liria, de Segorbe y de Murviedro, esperan sólo la señal para levantarse unánimes y aclamar rey de Valencia al príncipe Abdelaziz III.

—Y del valle de Bayren, ¿qué noticias tienes?

—Ninguna favorable, sultana. Desde la ciudad de Dénia al valle de Albaida, dominan aquella tierra los hijos de Aben Sad; y salvo algunas opiniones aisladas, está todo el país por ellos, á quienes no es fácil vencer.

—Les venceremos, Ahmed, si la mayor parte del reino nos presta su apoyo. Pero queda todavía un punto más interesante que los demas, del cual no me has hablado aún.

—¿De mis gestiones en el interior de la ciudad?

—Precisamente. ¿Cómo se presentan los valencianos?

—Los cuarteles de la ciudad donde habitan los almohades, habrá que rendirlos por la fuerza de las armas. Los barrios restantes no pueden olvidar el paternal gobierno de los Abdela-ziz, y todos cooperarán á restablecer la ilustre dinastía de tu noble hijo mi señor.

—¿Y es adicta á mi hijo esta parte de la ciudad?

—Aquí habitan los mozárabes, sultana, y todos ellos recuerdan con satisfaccion al primero y al segundo Abdelaziz.

—¿Cuándo piensas provocar el movimiento?

—En la hora misma en que se presente el poderoso Aloski, encargado de la direccion de todo.

La esclava que custodiaba la entrada en la antecámara, levantó la cortina y anunció á su señora, que un correo llegado de Andalucía traia un mensaje para el valeroso Ahmed.

—Vé, vé corriendo, dijo Aleydah al anciano, serán noticias de Aloski; tal vez nos anuncia su llegada.

Salió el anciano, y regresó á poco pálido y demudado, trayendo en la mano un papel.

—¿Qué es eso? ¿qué sucede? preguntó la viuda con vivísimo interés.

—Un contratiempo, sultana, que puede reportarnos consecuencias funestas. Toma y lee el mensaje que acabo de recibir. Consta en él, que enterado el gobernador de Málaga de las gestiones de Aloski, ha hecho rodar su cabeza por el suelo y ha escrito al hermano de Yussuf, gobernador de Valencia, enterándole de nuestros planes y de tu presencia y la de tu hijo en la ciudad.

—¡Estamos perdidos! exclamó con terror el hijo de Abdelaziz.

—¡Perdidos!... replicó su madre con la altanería de un monarca conquistador. Al contrario, la sangre derramada inflama el corazón de los valientes; la cabeza de Aloski clama pronta venganza, y nos pide desde la otra vida que corramos á la lucha para vengarle, y no hay tiempo que perder. ¡Hijo mío! añadió la reina, irguiéndose como el guerrero vencedor; ha llegado la hora de poner á prueba tu serenidad y las dotes de tu corazón. Muéstrate digno de tus valerosos ascendientes para saber vencer ó resignarte á morir. Ahmed, en cuanto cierre la noche, da la señal del movimiento: ponte al frente de mis parciales y da el grito de ¡Valencia por Abdelaziz!

V.

Dos horas despues de esta escena hallábase convertida la hermosa ciudad de Valencia en un campo de batalla.

Hábilmente distribuidos los parciales de Ab-

delaziz, proclamaron á una hora dada, en diferentes barrios de la capital, el entronizamiento de la vieja dinastía, cuyo recuerdo sólo vivía ya entre los ancianos que pertenecían á otra generación. Pero el oro, las promesas y la habilidad de los agentes de la reina viuda habían soliviantado los ánimos de los descontentos ó perturbadores, mal avenidos siempre con todo gobierno de paz y con todo sistema político; y este elemento de desórden, sagazmente explotado por el viejo Ahmed y algunos de sus oficiales, fué suficientemente activo y poderoso para poner en pié de combate numerosos partidarios de aquella causa perdida que volvía á renacer, si no para triunfar del poder constituido, bastante á lo ménos para turbar el reposo público y hacer correr la sangre á torrentes por las calles y plazas de la ciudad.

Despues de dar el grito de ¡Valencia por Abdelaziz III! como grito general de la sublevación, acudieron los rebeldes á apoderarse del alcázar, cuya guardia, desprevenida y atónita por aquel acontecimiento inesperado, titubeó largo rato ántes de acudir á la defensa del edificio, casi abandonado por la confianza de los soldados, entregados ya al reposo. Mas no tardaron en darse cuenta del hecho, y todos acudieron á sus puestos á defender con teson la entrada del régio alcázar, atacado por gente inepta y desorganizada y no mejor dirigida, compuesta al fin de aventureros y mercenarios.

La lucha fué, no obstante, ruda y empeñada: corrió la sangre de ambas partes, y permanecía

indeciso el triunfo, cuando un escuadron de caballeros, acaudillados por el príncipe gobernador de la ciudad, atacó á los rebeldes por la espalda, esparciendo en sus filas la confusion y la muerte, y obligándoles á declararse en retirada.

El anciano Ahmed, que dirigia el movimiento, se retiró hácia la puerta de la Culebra para proteger la huida del príncipe Abdelaziz y de su madre la reina viuda, á quienes tenía ya prevenido alojamiento en Játiva, donde reunian mayor número de parciales. Puesto á la cabeza de su abigarrada hueste, defendíase de calle en calle el anciano guerrero con notable bizarría y denodado corazon; y aunque flaqueaban sus gentes ante el vigoroso empuje de los soldados del gobernador, consiguió el valeroso Ahmed llegar hasta las inmediaciones de la puerta de la Culebra y cubrir con su gente aquella salida de la ciudad y el palacio de Abdelaziz, dando tiempo al jóven príncipe y á su enérgica madre para que se pusiesen en salvo.

Perfectamente previsto tenía el anciano el resultado del movimiento; y á fin de dar tiempo á su soberana para que huyese con el jóven príncipe, prolongó indefinidamente la lucha, sin otra esperanza que la de ganar una hora más de tiempo, aunque no ignoraba que no le era posible resistir. Agravábase su situacion por momentos, porque á medida que eran vencidos los rebeldes en otros puntos de la ciudad, acudian los vencedores á la puerta de la Culebra á engrosar el número de los combatientes que luchaban al lado del príncipe gobernador.

La más horrorosa gritería resonaba en aquel sitio de combate, cuyas descompasadas voces, salidas de uno y otro bando, peculiares á los moros en toda accion de guerra, aumentaban la confusion del campo de batalla, donde resonaban á la par los agudos relinchos de los caballos, como protestando contra la horrible matanza de aquella noche sombría y tenebrosa. Los gritos de los heridos y los ayes de los moribundos tomaron nuevo incremento y mayor espanto al presentarse en el campo de la lucha un escuadron de refresco, que venía á reforzar las tropas del gobernador contra los secuaces de Ahmed.

No aguardaron los rebeldes el ataque de las nuevas tropas: juzgáronse irremisiblemente perdidos, y ántes de verse envueltos y acuchillados, emprendieron desordenadamente la fuga por la puerta de la Culebra, que abierta tenian como punto de retirada. Mas al agolparse los desbandados fugitivos hácia la estrecha salida, viéronse detenidos por un pequeño escuadron que penetraba en aquel instante por la puerta á los gritos de ¡viva Abdelaziz! ¡viva la reinal

Una mujer á caballo, ceñida á su cabeza el acerado turbante y en la diestra un corvo alfanje, acaudillaba la pequeña hueste que hizo retroceder á los fugitivos, apostrofándolos con voz dulce y melodiosa, pero con acento varonil.

—¡Atrás, cobardes! gritó. Si hay entre vosotros algun corazon honrado, que venga á mí, sabrá cómo mueren los valientes acaudillados por una reina.

—¡Tú aquí, oh, Aleydah, cuando debias estar en camino de Játival!

—Las reinas como yo, Ahmed, saben pelear al lado de sus buenos servidores, pero desconocen la cobardía y no apelan jamás al recurso de la fuga.

La noble matrona espoleó con el duro acicate los hijares de su caballo, y se lanzó como la tromba de la tempestad á las filas enemigas, atónitas un momento al observar tanta osadía y valor.

No fué menor el asombro de las huestes de Ahmed viendo á la arrogante amazona esgrimir su alfanje como un guerrero encanecido en los combates. Su cobardía ante la superioridad del enemigo se trocó en entusiasmo ante la presencia de la valerosa viuda; y rehechos y reanimados los fugitivos, volvieron al combate, ansiosos de salvar á la heroína ó dispuestos á morir á su lado con la bravura del honor.

La reaccion de aquellas huestes ya vencidas fué terrible para las tropas de la ciudad. Los que ya se juzgaban vencedores, viéronse de pronto acometidos y envueltos por la guardia de Aleydah, compuesta de indómitos africanos, que penetraron en el combate repitiendo los gritos de ¡viva Abdelaziz! ¡viva la reinal!

La oscuridad de la noche no permitia distinguirse unos á otros, y los combatientes dirigian terribles golpes allí donde oian la voz que proclamaba á Yussuf ó victoreaba á Abdelaziz. Animaban los jefes á los suyos, gritaban todos, y hendian el aire los clamores de éstos y aqué-

llos, sumidos en la lóbreguez de las tinieblas para que fuese mayor la confusión. No se sabía quiénes eran los vencidos ni los vencedores, ni quién adelantaba ni retrocedía; y allí probablemente hubiesen perecido todos, los de éste y aquel bando, si no brotara de repente una inmensa hoguera que vino á iluminar la sangrienta escena y á dar cuenta á cada uno de su respectiva posición. Los soldados de la ciudad habían prendido fuego á las casas que más á mano tenían, por creer que desde allí se les hostilizaba. Propagáronse las llamas de una á otra vivienda, y la luz del incendio vino en auxilio de las tropas regulares, acosadas por los terribles africanos, aunque no lo pasaban éstos muy bien.

La calle estaba sembrada de cadáveres: miembros esparcidos acá y allá; cráneos rotos; cuerpos mutilados; rostros aplastados por los piés de los caballos; heridos en la agonía de la muerte; vivos deseando les abandonara la vida para descansar del sufrimiento de sus acerbos dolores; armas empuñadas todavía por los crispados dedos de algún valiente que ya no existía; caballos muertos, asfixiando al jinete herido ó á los moribundos que yacían debajo de sus cuerpos. Era el cuadro que presentaba aquella escena, iluminada con la siniestra luz de las casas incendiadas.

Una mirada del gobernador de la ciudad bastó para comprender la situación de los combatientes. Reanimó á los suyos, púsose al frente de la caballería, y acometió denodadamente á

la escasa fuerza enemiga, á cuya cabeza peleaban la reina Aleydah y el anciano Ahmed. La flor de sus guerreros habian dejado de existir: los restantes fuéron aplastados por el número de sus enemigos. El incendio se extinguió cuando se consumieron las casas que constituian el cuerpo de una manzana. Eran pequeñas y miserablès, y atajadas las llamas por los vecinos, no se propagaron á las calles inmediatas.

Cuando los albores del dia derramaron nueva luz sobre el campo de batalla, sólo cadáveres encontraron de los defensores de Abdelaziz. La reina yacía entre ellos y á su lado el cuerpo de Ahmed.

Tan cruel fué el hermano de Yussuf con aquellos inanimados despojos, que mandó cortar la cabeza de la régia amazona para clavarla sobre la puerta de la Culebra, donde permaneció largos años como trofeo y memoria de tan sangrienta jornada.

A la vista del cráneo de la valerosa Aleydah, tomó el vulgo la costumbre de llamar *puerta de la Reina* á la que se denominaba de la Culebra, y de aquí el nombre de *Babelaix*, que ha conservado la tradicion.

Antes de ponerse al frente de sus guerreros, tuvo Aleydah la precaucion de vestir de mujer á su hijo el príncipe Abdelaziz y de ponerle en camino de Játiva con su servidumbre; y merced á su disfraz, pudo el jóven regresar á Marruecos, donde permaneció toda su vida sin pensar volver más á España.

Tal es la tradicion de la puerta de *Babelaix*

ó de la Reina, llamada siempre en las crónicas y documentos históricos *puerta de la Culebra*.

Resta aún explicar porqué tomó el nombre de *Valldigna*, y aunque pertenece este hecho á otra época posterior, lo aclararemos en dos palabras como complemento de la tradicion.

VI.

Sabido es que á los ejércitos de los conquistadores acompañaba en los siglos de la Edad média otro ejército de monjes, dispuestos siempre á fundar casas de religion allí donde los monarcas posaban su planta y se posesionaban de una torre donde ondeára al viento su gloriosa enseña. Conquistaban los monarcas tierras y ciudades; y los monjes, más poderosos que los ejércitos y las escuadras, sin otras armas que las de la fe, conservaban aquellas conquistas y extendían pacíficamente los dominios del rey y la grandeza de la patria.

Cuando Don Jaime el Conquistador emprendió seriamente la conquista de Valencia, acompañábanle también muchos prelados y abades y un ejército de monjes, y entre ellos los Bernardos, cuya órden se hallaba entónces muy extendida en las provincias de la corona aragonesa. Felizmente terminada la conquista de Valencia, heredó el rey en la ciudad á todos los que habian tomado parte en tan grande empresa, distribuyendo entre los caballeros, prelados y órdenes religiosas, las tierras de la hermosa vega, los montes, valles y dehesas del país con-

quistado y las casas de la ciudad abandonadas por los moros.

Entre los bienes repartidos por el rey á los monjes Bernardos, les tocó un hermoso valle, llamado entónces de *Baldina*, por derivacion quizá de *baldío*, ó porque así le llamasen los árabes, fundados en alguna razon que no se nos alcanza. La puerta de *Babelaix* habia correspondido en las donaciones de la ciudad á los guerreros de Teruel que acudieron á la conquista; mas posteriormente establecieron su administracion los monjes de Baldina en la casa de Abdelaziz, de la que queda hecho mérito en la presente tradicion. Pronto el nombre de *Babelaix* se trocó por el de *Baldina*, y así lo escriben siempre los antiguos cronistas del reino; mas el vulgo, amoldando aquel nombre á la pronunciacion valenciana, lo corrompió un tanto hasta venir á quedar en *Valldigna*, que es el nombre que lleva el valle y el monasterio que administraban los Bernardos establecidos en la puerta de *Babelaix*, á la que se nombró ya siempre de *Valldigna*.

XI.

LA PLAZA DE SAN FRANCISCO.

I.

Ni el viajero que por primera vez se sienta al pié de los pródigos y frondosos naranjos de la plaza de San Francisco en Valencia, ni muchos de los hijos del país, indiferentes á los recuerdos históricos que les rodean, podrian sospechar ciertamente que en aquel mismo sitio se decidió, en los últimos tiempos de la dominacion árabe, la conquista de la ciudad por las armas cristianas.

En el espacio de terreno que comprende la citada plaza, más la extensa área de la iglesia y convento de San Francisco, habilitado para cuarteles de caballería y de infantería, levantábase en aquella época el suntuoso palacio del moro Zeit Abu Zeit, cuyos parques y jardines comprendian los dilatados terrenos que actualmente ocupan la estacion, talleres, almacenes y todas las dependencias de la vía férrea, y aún se extendia la huerta del citado palacio hasta más allá de la puerta actual de San Vicente, incluso el terreno que ocupa hoy la edificacion desde el convento hasta San Gregorio, y desde este punto hasta los ya referidos.

De todos los personajes que figuraron en el largo período de la dominacion mahometana en

Valencia, solo el nombre del moro Zeit se ha hecho popular en la ciudad del Turia, por haberle inscrito en una calle moderna, y aunque no era ésta la más á propósito para rotularla así, es no obstante de las pocas de la capital que llevan un nombre razonable, bajo el punto de vista histórico.

Era Zeit Abu Zeit, llamado en las crónicas árabes Cid Abu Abdallah Muhamad ben Almanzor, hermano del emperador Yussuf, el cual se habia envalentonado por los triunfos que alcanzára sobre los cristianos en las memorables jornadas de Zalaca y de Alarcos, pero aniquilados los moros en la gloriosísima batalla de las Navas de Tolosa, disgustóse el emperador con los primeros caudillos de su ejército, á quienes hizo decapitar, y entregando el gobierno de las provincias españolas á sus hermanos, regresó á Marruecos para no cuidarse ya de otros asuntos que los halagosy deleites del harem.

Gobernaba Zeit Abu Zeit en Andalucía cuando falleció su hermano el emperador. Los trastornos políticos que sobrevinieron en Sevilla, en Granada y en Murcia, obligaron al príncipe Zeit á encargarse del gobierno de Valencia á nombre del emperador su sobrino, no á título de rey, como dicen las crónicas cristianas, sino como gobernador general del reino. Era á la sazón *wali* ó prefecto de la ciudad y general de ejército, un nieto del rey Aben Sad, llamado Abu Giomail Zeyan ben Mudafe Algiuzami ben Mardenis, conocido en nuestras crónicas con el conciso nombre de Zaen.

Tocaba á su fin el imperio de los almohades en España: príncipe de aquella dinastía, Zeit Abu Zeit, contaba con muchos enemigos que deseaban derribarle y con pocos partidarios dispuestos á defenderle. Su despótico gobierno y la inmoralidad política de su administracion enemistáronle con los buenos muslimes, no obstante los elogios que ha merecido de los cronistas españoles, por su feliz inspiracion de convertirse al cristianismo.

Su gobierno en Valencia hubiese pasado como el fulgor de un meteoro, si la casualidad prevista y decretada siempre en el libro misterioso del destino de los hombres y de los pueblos, no hubiese venido en su auxilio, haciéndole prolongar su gobierno algun tiempo más, para que viniese la ciudad de Valencia por este medio á poder de las armas cristianas. Dos caballeros de la primera nobleza aragonesa, llamados don Blasco y D. Artal de Alagon, habian sido desterrados de aquel reino por el jóven Don Jaime el Conquistador, y al salir de Aragon, seguidos de sus deudos y servidores, viniéronse á Valencia á servir al moro Zeit Abu Zeit, á quien defendieron valerosamente de sus enemigos y le aseguraron en el gobierno de la ciudad, donde apénas podia ya sostenerse.

El lector habrá de dispensarnos todos estos detalles históricos que le ofrecemos para mayor claridad de la tradicion.

II.

Hacia el año 1226 hallábanse en Valencia dos frailes franciscos, sacerdote uno de ellos y el otro lego, nombrados fray Juan y fray Pedro. Habian recorrido casi todo el territorio aragonés predicando el Evangelio, y desde Teruel trasladáronse á la ciudad moruna del Guadalaviar para continuar sus predicaciones entre los mozárabes, y ganar por este medio la palma del martirio. Llegados efectivamente á Valencia, buscaron alojamiento en el barrio de los *Rabatins*, nombre que se daba á los cristianos españoles que residian en la ciudad desde el tiempo de los godos.

Cátedra de sus sagrados discursos fué la iglesia del Santo Sepulcro, donde los cristianos sostenian el culto de la verdadera fe, y allí acudieron todos los de la ciudad y de sus contornos á oír la palabra divina que brotaba de los labios de fray Juan, el religioso franciscano.

Entre el numeroso auditorio que se reunia diariamente en la iglesia á oír las elocuentes homilias de Fr. Juan, hallábanse casi siempre los caballeros aragoneses ya citados, los cuales disfrutaban de gran ascendiente en el ánimo de Zeit Abu Zeit. Puestos en comunicacion los religiosos y los caballeros, alcanzaron aquéllos de éstos cierta autorizacion oficiosa para extender sus predicaciones por las calles públicas de la ciudad. Precisamente profesaba el príncipe moro odio implacable á los cristianos, aunque

retenia á su lado á los caballeros aragoneses por los relevantes servicios que le prestaban, mas no por consideraciones de linaje ni de secta, y á quienes no mostró nunca el debido agradecimiento.

Las protestas de los árabes contra las predicaciones de los cristianos eleváronse á ruidoso clamoreo, que no tardó en llegar á oídos de Zeit Abu Zeit, á quien dirigiéronle sus alfaquíes serias quejas por la libertad otorgada á aquellos religiosos, que públicamente dirigian una ofensa á los sentimientos del pueblo musulman.

Zeit Abu Zeit hizo llamar á los franciscanos.

—Hánme dicho que predicais públicamente vuestras doctrinas por las calles de Valencia, dijo Zeit á los religiosos.

—Te han dicho la verdad, príncipe, contestó fray Juan.

—Mi ley prohíbe semejantes predicaciones; mi autoridad os ordena que no propagueis vuestras doctrinas más allá del templo de los cristianos, que los musulimes tienen á bien respetar y yo protejo generosamente, manteniendo á todos en los límites de su libertad personal y del respeto que deben al Estado. Idos.

—Nos vamos ya, príncipe, mas no á encerrarnos en el círculo que nos limitas, sino á continuar nuestras predicaciones por las calles públicas de la ciudad.

—¡Cómol Os aríais oponeros á mi mandato?

—No tienes autoridad sobre nosotros, ni ningún príncipe de la tierra es superior á nuestra ley.

—¡Insensatos! Os mando por última vez que

no prediqueis en Valencia fuera del templo que para ello teneis destinado.

—No obedeceremos tus órdenes, Zeit; los apóstoles de Jesucristo recorrieron todas las naciones difundiendo la luz del Evangelio, y nosotros, sucesores de ellos, aunque indignos, hemos de cumplir la mision que nuestras santas doctrinas nos imponen.

—Salid de aquí, miserables. Si la vida tiene algun valor para vosotros, la conservareis únicamente observando mis prescripciones.

Salieron los frailes del palacio de Zeit Abu Zeit, donde penetraba poco despues D. Blasco de Alagon, llamado por el príncipe almohade.

Refirió éste al aragonés la escena que acababa de tener lugar, y se quejó de la insolencia, decia, de los religiosos, á quienes no habia hecho arrancar la vida por respeto á sus servicios y á su amistad.

—No conseguireis, señor, contestó D. Blasco, lo que deseais. Los ministros de la religion cristiana están autorizados para predicar el Evangelio en todas las regiones, y obligados á difundir sus doctrinas por todos los pueblos y naciones.

—Y los príncipes de los pueblos que profesamos otra secta y guardamos fielmente la ley del Profeta, estamos obligados tambien á cercenar la cabeza de los audaces cristianos que vengan á soliviantar con sus predicciones el ánimo de nuestros súbditos, y á turbar la paz del Estado.

—No hareis tal cosa, Zeit, porque desde el

rey hasta el último siervo de mi nacion se levantarían indignados contra vos, y todo el poder de mi soberano caeria sobre vuestro pueblo pidiendo venganza del acto que os proponéis ejecutar.

—Pues escribid á vuestro rey que no deje salir de sus Estados á esos frailes predicadores, y evitará todo motivo de rompimiento entre su pueblo y el mio, cuando ningun daño por nuestra parte le hemos hecho.

—La jurisdiccion de mi rey no alcanza á las predicaciones de los ministros de la religion, éstos obedecen, en asuntos de su ministerio, al vicario de Jesucristo, que es la cabeza visible de la iglesia.

—Nada tengo que ver con el jefe de la Iglesia, á quien no conozco. Os he llamado simplemente para haceros saber que si esos misioneros cristianos se traslimitan de las órdenes que les he dado, haré rodar su cabeza por el suelo.

—Pues si á tanto os atreveis, príncipe, no lo hagais sin darme licencia para retirarme á mi reino con todos los aragoneses que me acompañan.

—¡Cómol! ¿A tal extremo llevais vuestra susceptibilidad, D. Blasco?

—Sí, pues creerian los míos que autorizaba con mi presencia un crimen que debo evitar á todo trance, cuando estoy en el caso de proteger á los misioneros cristianos.

—¿Crimen llamais á un acto de equitativa justicia, en un príncipe que defiende la paz de sus súbditos?

—Dadle el nombre que gustéis, y obrad como mejor os parezca; pero os prevengo que si cometéis un atropello con los indefensos franciscanos, provocareis la venganza de mi nacion y puede costaros la pérdida de vuestro reino.

—Exajeráis, don Blasco.

—No, príncipe.

—Sea como quiera, no debo dar importancia á vuestros consejos, que por otra parte estimo en mucho y sabeis que agradezco. Mas aunque creyera perder mi reino, no dejaria de administrar justicia, cumpliendo con la obligacion que tengo de mantener en paz á mis súbditos, sublevados contra las predicaciones de esos cristianos.

III.

El dia 24 de Junio, en que la Iglesia cristiana celebra la festividad de la degollacion de San Juan Bautista, presentaba el patio del palacio donde residia Zeit Abu Zeit, el fúnebre aparato de un acto de justicia que iba á tener lugar allí mismo.

Dos filas de soldados con los alfanjes desnudos extendíanse á ambos lados custodiando á los maniatados religiosos que permanecian en el centro del patio.

Miéntas esperaban la órden de la ejecucion, dirigíanles los soldados denuestos é imprecaciones, mofándose de los misterios de su religion, contraria á la ley del Profeta. Exhortaban en cambio los religiosos á aquellos hombres á que abandonasen sus falsas creencias y abrazasen la fe del cristianismo como única religion verdadera.

Un oficial de palacio se presentó ante los misioneros para conducirlos á la presencia del príncipe.

Llegados á la régia estancia, recibióles Zeit Abu Zeit con severo semblante, cuyo ceño contrastaba con la tranquilidad y entereza de los dos franciscanos.

—Osasteis desobedecer mis órdenes, dijo, y os ofrecí haceros degollar, cualquiera que fuese el precio en que tuviereis la vida. Si pensasteis salir airosos con vuestra terquedad, os engañasteis, porque todo el poder de vuestras creencias y del Dios á quien adorais, no bastará á libertaros de mi severa justicia.

—Sabíamos de antemano, príncipe infiel, el destino que Dios nos reservaba en la tierra. Sabíamos que mereceríamos al fin la gloriosa palma del martirio, que el Dios omnipotente reserva á sus hijos predilectos. Sabíamos también que, para mayor honra nuestra, nos destinaba Dios para morir sin, tú saberlo, el mismo día en que murió el precursor del Mesías, y que nos reservabas el mismo género de muerte que sufrió San Juan Bautista. Todo esto lo sabíamos con la misma certeza con que sabemos que es necesaria nuestra muerte para que á la vista de ella abras tus ojos á la luz de la verdadera fe y te conviertas al cristianismo.

—¡Yo cristiano! Locos sois para venir con semejantes patrañas á un príncipe musulman que corre por sus venas la sangre de mi egregia dinastía.

—Ni tu sangre ni tu poder te han de salvar

de la ruina que te amenaza, ni de la pérdida de tu reino, del que vas á ser arrojado en breve. Pero Dios no quiere tu perdicion, dispuesto tiene que abracés su ley para concederte la ventura que no gozarán los príncipes de tu familia. Y pues sabes ya que la muerte ni nos acobarda ni nos sorprende, y que la deseamos como glorioso tránsito de la tierra al cielo, apresúrate á dar la órden que acabe con nuestras vidas, que ántes que castigo de nuestras faltas, recibiremosla como premio de nuestros escasos merecimientos.

—Y si yo os hiciera merced de la vida á condicion de que abandonaseis inmediatamente el suelo de Valencia, ¿que hariais?

—Despreciar tu perdon y tu justicia, y proseguir nuestras predicaciones en la ciudad, hasta que Dios se dignára llamarnos á su lado, segun pluguiera á sus altos designios.

—Pues place á sus designios que termine hoy vuestra vida, porque vais á morir ahora mismo.

—Así debia suceder, y te damos por ello la bendicion que ha de regenerar tu alma redimiéndote del error, y del pecado. Hoy hemos rogado á Dios por tí en accion de gracias por la honra que nos dispensas concediéndonos la corona del martirio, y Dios se ha dignado revelarnos que morirás en su gracia despues de recibir el agua del bautismo.

Fray Juan extendió su mano derecha y bendijo solemnemente al moro como si fuese ya cristiano.

Los dos religiosos cayeron de rodillas para elevar al cielo su plegaria.

Zeit Abu Zeit hizo una seña al oficial que aguardaba, y los dos cristianos fuéron sacados de allí y trasladados al patio.

Un momento despues habian dejado de existir. Sus cabezas fuéron separadas del cuerpo, y sus almas volaron á la eternidad para descansar en la dichosa morada de los Santos mártires.

Poco despues salia por la puerta de Troteros una lucida cabalgata de caballeros cristianos que abandonaban el suelo de Valencia para restituirse á su tierra nativa en el reino de Aragon. Eran D. Blasco y D. Artal de Alagon, que iban con su comitiva á buscar al jóven rey Don Jaime, su señor natural, para referirle cuanto habian visto en el reino de Valencia, aconsejándole que emprendiese su conquista, á la que ellos le guiarían como prácticos en el terreno é impuestos en la lengua, usos y costumbres de los moros. Aprovechó D. Jaime el consejo de sus caballeros, y desde entónces comenzó á prepararse para llevar á cabo la difícil y gloriosa conquista de Valencia.

IV.

Los cadáveres de los religiosos fuéron recogidos por los cristianos mozárabes de la ciudad para darles honrosa sepultura. Más tarde rescató aquellos cuerpos el rey de Aragon, dando libertad en cambio y como precio del rescate á varios caballeros moros apresados en la toma de Ares y de Morella.

Por despreocupado que fuese Zeit Abu Zeit,

no dejó de impresionarse vivamente por las proféticas palabras de los franciscanos; pero su admiración creció hasta el asombro y el estupor cuando creyendo gozarse en el martirio de los cautivos cristianos, presenció el milagro de la cruz de Caravaca, cuya interesante leyenda pertenece á las tradiciones de Murcia.

Cada vez más descontentos los valencianos con el gobierno del príncipe almohade, conjuráronse para derrocarlo del poder, lo que consiguieron fácilmente proclamando soberano de Valencia á Aben Zeyan (el Zaen de nuestras crónicas), como nieto, y sucesor de Aben Sad. Todo el reino siguió la voz de su rey legítimo, á excepcion de Segorbe y los pueblos de su partido, que permanecieron fieles al príncipe. Aquí vino á refugiarse Zeit Abu Zeit, mas no contando con fuerzas para recobrar su perdido reino, trasladóse á Aragon para solicitar el apoyo del rey D. Jaime, á quien ofreció convertirse al cristianismo y cederle algunos castillos de importancia si le ayudaba á reconquistar la ciudad y reino de Valencia.

Más diplomático D. Jaime que el destronado moro, asintió á todas sus proposiciones; dejó que se hiciera cristiano, y no tardó en emprender la conquista de Valencia, en cuya laboriosa campaña le fuéron de gran utilidad los conocimientos prácticos de D. Blasco de Alagon, á quien cupo la gloria de ser el conquistador de la importante y fortísima plaza de Morella.

Zeit Abu Zeit tomó en la pila bautismal el nombre de Vicente, en memoria del santo már-

bir que los cristianos veneraban como patron de Valencia.

Don Jaime de Aragon conquistó felizmente la ciudad y el reino de Valencia, concediéndole á Zaen, último rey moro de la ciudad, un refugio en Dénia y valle de Bayren hasta Cullera, como postreros dominios de su pasada grandeza. Pero olvidó el monarca conquistador las promesas ofrecidas al converso D. Vicente, y sin solicitar su vénia, se tituló naturalmente rey de la ciudad conquistada, como la empresa más grande que hasta entónces habian llevado á feliz término los monarcas de Aragon á costa de la sangre española.

Nada tuvo que observar D. Vicente, pues mal podia aspirar ya á gobernar un pueblo de moros siendo cristiano, ni á regir un pueblo de españoles, el que era un príncipe converso. Hubo de contentarse, pues, con su nueva posicion de caballero ilustre en la córte del rey más grande del mundo cristiano, y emparentar, por medio de enlaces de familia, con la primera nobleza de Aragon.

Parece indudable que fué D. Vicente buen cristiano, y por conviccion ó por cálculo político protegió cuanto pudo la religion católica, acordándose siempre con dolor de los tormentos que habia hecho sufrir á los cautivos españoles.

Nunca apartó de su memoria el recuerdo de los religiosos franciscos decapitados en la plaza de su palacio, y poseido al fin de una inspiracion generosa, cedió aquel mismo palacio con sus vastas dependencias á la órden de aquellos

religiosos para que fundasen un convento del orden de San Francisco.

Así se hizo, y no tardó en aparecer el monasterio que destrozado ya y completamente desfigurado sirve aún de cuarteles, como dejamos referido. Valencia se olvidó al instante de aquel hombre que tan diversos papeles habia desempeñado en la escena social del mundo, y á nadie se le ocurrió que sus cenizas debian reposar en la iglesia del convento de su fundacion. Pero más que Valencia débele aún la ciudad de Segorbe, y ni siquiera su nombre figura en ninguna de sus calles ni plazas, cuando es la referida ciudad la primera quizá de España que ha mostrado mayor sensatez en rotular sus calles, en las cuales puede leer fácilmente el viajero su antiquísima historia. Segorbe, Cádiz y Liria son las poblaciones que han mostrado mayor criterio histórico en este asunto. Valencia no tanto, y otras ciudades importantes mucho ménos.

Hemos llegado al fin de las tradiciones antiguas de Valencia, las que siguen á éstas pertenecen todas á la época cristiana.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

	<u>Página</u>
Dedicatoria:.....	3
Al lector.....	5
I.—Adon Hiram.....	13
II.—Indibil y Mandonio.....	28
III.—La virtuosa Lauronesa.....	58
IV.—El meson de la calle de Sagunto.....	101
V.—La madre hambrienta.....	117
VI.—El príncipe Hermenegildo.....	136
VII.—Traslacion del cuerpo de San Vicente mártir.....	153
VIII.—La escala de la doncella.....	169
IX.—La Zaidia.....	186
X.—La puerta de Valldigna.....	209
XI.—La plaza de San Francisco.....	233

123

Vertical text or markings on the left side.

Vertical text or markings on the left side.

MCD 2019